

Gustavo Díaz Solís

CUENTOS ESCOGIDOS

Colección Bicentenario Carabobo

200 BATALLA DE CARABOBO

Gustavo Díaz Solís Escritor, traductor y profesor universitario. Nació en Güiria, Sucre, en 1920. Se doctoró en Ciencias Políticas en la UCV y luego cursó estudios en Estados Unidos. Su obra narrativa, caracterizada por la precisión verbal y por apuntar a la perfección, recibió varios reconocimientos, entre ellos, el Premio Nacional de Literatura en 1995. Murió en Caracas en 2012. Entre sus obras vale destacar *El niño y el mar* (1967), *Ophidia y otras personas* (1968), *Exploraciones críticas. Once estudios de literatura inglesa y norteamericana* (1968).

« *Las tejedoras* (detalle)
de Luis Guevara Moreno, 1966

200 BATALLA DE CARABOBO

122

Cuentos escogidos

Gustavo Díaz Solís

Colección Bicentenario Carabobo

En homenaje al pueblo venezolano

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **Libertador Simón Bolívar**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e "independencia o nada". Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **Batalla de Carabobo**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **Colección Bicentenario Carabobo** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **Comisión Presidencial Bicentenaria de la Batalla y la Victoria de Carabobo** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Comisión Presidencial Bicentenaria de la Batalla y la Victoria de Carabobo

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Ñáñez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Cuentos escogidos

Gustavo Díaz Solís

200
BATALLA DE
CARABOBO

Contenido

Un diseño indirecto*

"Cuando uno escribe se está expresando; y la forma de hacerlo puede ser más o menos directa. Así, en vez de interesarse uno por una forma directa se siente más atraído por la forma indirecta. Es una tendencia a la indirección. Para mí resulta difícil practicar eso que hacen algunos poetas: no buscan un *correlato* sino que exponen sus sentimientos de una vez", precisaba Gustavo Díaz Solís durante una entrevista, en octubre de 1969.

Cualquier aproximación a este hombre debe comenzar necesariamente por ubicar su sensibilidad verbal: un lenguaje oral discreto, nítido, anuncia la imagen de otra correspondencia: la de su escritura. Porque esa misma concisión oral adquiere un matiz turbador cuando se vuelve textura de un cuento; entonces la exactitud delata su múltiple poder: inesperadas conexiones, variaciones secretas en el enlace de las palabras. Haga el lector el ejercicio de buscar su conclusión sobre los cuentos "Cáchalo" o "El punto", por ejemplo, y comenzará a recorrer un espacio reluciente y evasivo: el descubrimiento de un diseño móvil e indirecto bajo las palabras.

[*]_ Este prólogo pertenece a la 2da edición de Ophidia y otras personas, Caracas, Monte Ávila Editores, Colección Continentes, 1989.

La duración de un autor es proporcional a la numerosa extensión de lectura que sea capaz de recibir y en este sentido Gustavo Díaz Solís parece inagotable. Así, algún explorador convencional quedará satisfecho con la metamorfosis de una serpiente —usual para cierto cazador— en señal de adoración para los indios, según lo muestra el relato "La efigie"; satisfacción de suspenso que también le ofrecerá la venganza de "Ophidia", y que habrá de hallar en muchas historias de este libro.

Pero distinto placer —y diferente, deseable, lectura: algún desplazamiento de la estabilidad racional— se iniciará cuando los mismos textos que hayan sido revisados buscando el interés de la anécdota vuelvan a ser tocados por el ojo de la secreta sensualidad mental. Entonces comenzará a vislumbrarse cómo todo personaje de Díaz Solís se cumple alrededor de un especial momento, cuya expresión puede estar nítidamente señalada o sugerida de manera tan vaga que apenas logremos ubicarla. Tal signo podría ser concebido como un elemento básico para explicar la tensión verbal de los cuentos, y comprender dos fases de un mismo movimiento: primero, el desconcierto profundo, la separación de los mecanismos internos en el protagonista; y enseguida la comprensión del cambio, una inmediata decisión. Véase así en "El niño y el mar", cómo el pequeño "por breve espacio pareció perderse, fundirse en el ambiente. Pero luego se fue como reuniendo de nuevo en sí y se sintió nítido en el aire..."; proceso también expuesto de manera muy directa cuando la serpiente de "Crótalo" entra a la casa: "Reunió después todas estas sensaciones dispersas y se las reservó y las puso a trabajar en su interior hasta que su sangre se tranquilizó y pulsó acompasadamente".

Para un tercer lector (primera forma en verdad del lector único) será gesto frecuente ese hallazgo —el núcleo de los personajes—, porque en la escritura de Díaz Solís es característica tal irradiación. Entrenada su percepción, iniciará entonces el lector una nueva conjunción con el texto —seguramente más delicada y asombrosa: errónea, desde luego, porque cada quien hallará sus propias determinantes, pero imprescindible cuando se trata de este autor.

El mecanismo consiste en penetrar todas las redes formales del relato para obtener —transitoriamente, ya lo hemos dicho— una última jerarquía, casi ajena a lo verbal: la correspondencia profunda de los equilibrios narrativos, el fulgor de un punto único. El riesgo se refiere a la búsqueda de las movilidades intratextuales: al apoyo sucesivo del texto, según nos lo descubra la mirada, desde un segmento totalizador, que únicamente se revela por el primero y entre los cuales —entre ambos— el relato se agrupa con una configuración milagrosa.

Frecuentes y variables, las correlaciones intratextuales anudan las historias de este libro. Veamos cómo en "Crótalo", justamente al comienzo, la serpiente mira hacia la mujer y el niño. Esa acción animal condensa el cuento, pero nuestra lectura inicial no destaca el párrafo. Sólo al final la revelación se abre para nosotros y —ya por completo— para la serpiente. Ahora sabemos por qué el animal "se ensimismó en aquella inesperada claridad". El contacto fundamental no había sido con la mujer ni con el niño: fue con los sonrosados talones.

En "Arco secreto" —cuento de cuentos, ensamblaje magnífico de párrafos que maduran hacia sí mismos— la revelación obedece a una composición compleja. El cuento es la aproximación paralela a un instante doloroso y catártico de David, su protagonista. La historia arranca, y el texto convoca hacia un primer momento del diseño: la cacería por un gato del lagarto "untado de colibrí": la tensión de esta escena toca el instante nocturno en que David luchará con "el animal torpe y negro, caído del tiempo".

Entre ambos polos de la revelación fulgura el cuento, se ajustan los elementos (la mujer de Oklahoma, el jefe, un campo petrolero) y casi de manera imposible crece un *nuevo lector*: esa mirada que inventará las páginas siguientes.

José Balza
Caracas, 1973

El niño y el mar

Sobre la duna apareció la copa redonda de un sombrerito de paja y el rostro trigueño de un niño y la camiseta a rayas rojas y los pantalones azules y los pies en alpargatas.

El niño se detuvo un momento sobre la duna. Traía en la mano derecha una lata alargada con un asa de alambre. Después, ladeado, bajó por la suave pendiente de arena blanca, frenando un poco con los talones. Abajo se quedó quieto un rato, separado del mundo que estaba detrás de la duna. Quieto, solo y separado frente al mar.

Por breve espacio pareció perderse, fundirse en el ambiente. Pero luego se fue como reuniendo de nuevo en sí y se sintió nítido en el aire con su sombrerito de ala muy corta y su camiseta a rayas rojas y sus pantalones de gruesa tela azul que le quedaban zancones y los pies en las alpargatas negras. Detrás sentía la mole de la duna y miraba delante el pedazo de playa descubierto en el bajante donde el sol de la tarde ponía sus brillos.

El niño venía a coger cangrejos. Allí mismo veía las chatas jaibitas parduscas que se aventuraban fuera de sus escondrijos. Las jaibitas se alejaban en línea recta, caminando de lado, deslizándose hacia la parte

húmeda de la playa, pero regresando velozmente a sus hoyitos tan pronto percibían algo extraño.

Mas las jaibitas pardas no interesaban al niño. No tenían nada que comerles. Una vez había despachurrado una de una pedrada y lo que tenía adentro era una cosa gelatinosa y amarilla, pero nada de carne. Al niño le interesaban los grandes cangrejos moros, rojos y azules. Pero éstos no podían encontrarse sino debajo de las piedras o entre las rocas grandes y limosas que desnudaban la bajamar. Esas piedras y esas rocas que él estaba viendo allá sobre la arena mojada y brillante que era el fondo desnudo del mar.

El niño se puso en cuclillas. Se estuvo así un rato, quieto, pensando. A su lado estaba tumbada la lata con su asa de alambre. Sobre sus pies comenzaban a zumbar los activos jejenes. En el silencio muchas jaibitas salían y corrían unas hacia abajo, otras hacia arriba, siempre de lado en rápidas líneas rectas por la rampa de la playa.

Detrás del niño estaba la duna. Delante un trecho de playa reluciente. A ambos lados dos grandes macizos de rocas negruzcas frisados de limo al nivel de pleamar. Arriba, sobre las crestas ríspidas, las manchas blancas y grises del guano de las aves marinas. Y lejos, al frente, más allá de un terraplén de arrecifes cubierto de algas, el mar muy azul, vivo de olas y espumas que corrían en el viento hacia el oeste.

El niño comenzó a animarse. Se levantó. Se dio dos nalgaditas rápidas para sacudirse la arena que sentía húmeda en los fondillos. Después, con el talón del pie derecho se quitó la alpargata izquierda. Al pisar descalzo sobre la arena tuvo ganas de orinar. Allí mismo —nalgas metidas, barbilla en el hueco del pecho— levantó un chorrito cristalino y trémulo que al caer en la arena desaparecía instantáneamente. Recogió la lata por el asa de alambre y caminó un poco en torno mirando al suelo. Buscaba un palo o caña adecuado a su propósito. Con el moverse

espantó a las jaibitas que corrieron veloces y se metieron precisamente en los pequeños escondrijos. Cerca de un tronco espeso de agua encontró una cañita que le pareció buena. La tomó en sus manos, la limpió de arenisca, se dio en el flanco de los pantalones dos azotes secos y, satisfecho, bajó hacia el pedazo de playa que lo separaba de las grandes rocas negras.

Así, caminando sobre el desnudo fondo del mar, se veía pequeñito, íngrimo, pero como animado de una movilidad resuelta. Todo a su alrededor estaba quieto. Se oía en el viento el rumor de la distancia. Lejos corría la mancha azul del mar.

El niño avistó una piedra chata que tenía un borde apenas levantado. Parecía guardar algo. Se acercó cautelosamente. Con cuidado puso la lata sobre el suelo. Luego hurgó con la caña por debajo de la piedra. Se oyó un gorgoteo de agua y el roce de la caña con la arena.

Hurgó así varias veces. Pero nada salió. Como a horcajadas sobre la piedra y con ambas manos trató de voltearla. Primero ni se movía. Pero poco a poco se fue aflojando y, de pronto, se despegó con ruido ventoso. El reverso de la piedra era amarillento y estaba poblado de caracolitos que en la luz comenzaron a moverse con una ciega palpitación de vida. Sin embargo, no había ningún cangrejo. El niño revolvió el pocito de agua que se formó en la huella de la piedra, pero no mostró sorpresa ni descontento. Apenas sacó un poquito la lengua y se la pasó por los labios resecos. Volvió a colocar la piedra y prosiguió. Adelante estaba otra piedra, un poco más pequeña, redondeada, gris y limosa. Hurgó también debajo de ésta y después la volteó. Sin haber visto supo que había algo allí.

Esperó que aclarara. Ahora surgían en la luz del agua aquietada dos, dos cangrejitos moros, rojizos y gordos. De inmediato se movilizó. Apartó la piedra. Aprestó la caña. Aprontó la lata. En el fondo del pocito veía los dos cangrejitos que se deslizaban entre nadando y caminando.

Después se juntaron y se apretaron en sus conchas. El niño acercó la caña a uno de los cangrejos. De primeras pareció no hacer caso. Se contrajo más aún. Pero después, cuando el niño lo hubo molestado de veras, mordió de pronto la punta de la caña con la macana grande a tiempo que levantaba la pequeña y la abría ciega y airada.

El niño sintió en la caña el tirón del cangrejo. Y con un movimiento rápido y diestro lo metió en la lata. El cangrejo comenzó a dar vueltas locas en el fondo, pegado a las paredes de la lata. El niño fue por el otro cangrejo. Este pasó por el mismo trance. Primero nada. Después, súbito, mordió la caña. Y de pronto se sintió volado al fondo de la lata, donde encontró al compañero ya un poco sosegado.

El niño seguía adelantando. Los ojos oscuros se le habían avivado. Casi sonreía. Ahora llegaba a las grandes rocas. El mar había abierto oquedades en la piedra por las que podían verse pedazos del paisaje. El niño se metió entre las rocas. Sentíase seguro y afortunado. Sentía el peso de la lata, el movimiento de los cangrejos en el fondo. Examinó la superficie áspera de las rocas. Por allí no andaban sino unos cangrejitos verdinegros que apenas lo sintieron llegar huyeron a esconderse del lado opuesto.

Entonces el niño se agachó y miró atentamente en las cavidades y cuevitas. Con la caña hurgaba aquí, hurgaba allí. Se incorporaba. Volvía a ponerse en cuclillas. Hurgaba otra vez. Nada aquí, nada allí. Nada en ésta. Nada en ésta tampoco. Estaba debajo del hueco de la gran roca. En la sombra verdosa sentía sobre su cabeza la proximidad cóncava de la piedra. Olía el aire salado y frío, el olor que había dejado el mar.

Entonces descubrió otra cuevita negrísima. Tenía delante un poco de agua empozada que reflejaba la oquedad verdosa. Hurgó rápidamente. Y brusco, por instinto, sacó la caña porque sintió que había tocado algo móvil y duro como una piedra viva. Repuesto de la sorpresa volvió a introducir la caña en la cueva. Ahora sentía una fuerza que mordía la

caña y casi se le arrancaba de la mano. Sentía sin ver la oposición de algo vivo escondido en la cueva.

Se agachó todavía más. En la frente el sudor le oscurecía el pelo castaño. Sabía que estaba solo y al mismo tiempo sentíase frente a algo que se le oponía vivamente, oscuramente. Oía su propia respiración anhelante. Se miró las manos trémulas, los pies hundidos un poco en la arena mojada que rezumaba agua salada del mar. Arriba pesaba en el aire frío la cuenca oscura de la gran roca y a los lados las paredes húmedas de la piedra. Otra vez oía su respirar anhelante. Con cuidado fue introduciendo la caña en la cueva. Sintió cuando llegó al fondo. Cuando tocó la dura cosa viva. Cuando la cosa viva se contrajo y cuando tiró firme de la punta de la caña. Soltó la caña. La veía moverse un poco sobre la arena mojada. La veía moverse por una fuerza contraída que le venía de adentro de la cueva. Sentía la conexión con algo vivo escondido que se obstinaba, se defendía, no quería salir.

El niño no hallaba qué hacer. Miraba a un lado y a otro como queriendo comunicarse. En la luz verdosa vivían las paredes de la roca y la gran oquedad sobre su cabeza y el olor friolento y salado. No hallaba qué hacer. Pero tampoco se decidía a dejar la cueva y el animal que estaba allí escondido. Pensó que sería un cangrejo grande y colorado. Grande y fuerte y gordo, con grandes macanas. Sin haberlo visto lo imaginaba como recordándolo.

Terminó por sentarse en la arena mojada. Se restregó el dorso de las manos sobre los ojos que comenzaban a arderle. Vigilaba, pensaba, esperaba. En el silencio debajo de las rocas oía lejos el ruido del mar, un ruido lejano y continuo. Y un rumor de agua como acercándose, creciendo como una mancha de ruido de agua.

Frente a la mirada del niño la caña estaba ahora inmóvil. Todo estaba inmóvil. Había allí un silencio perfecto separado del ruido lejano y con-

tinuo del mar y del rumor del agua que se acercaba. El niño sólo oía su respiración y a veces algún cangrejito que escarbaba en la roca y el vuelo del viento y el ruido lejano del mar.

Y entonces los ojos asombrados del niño vieron el cangrejo asomarse a la entrada de la cueva. Era enorme, rojizo con sombras azules. Arriba tenía dos ojitos brillantes disparados a los lados. Y una gran macana robusta y dentada que al momento no dejaba ver la otra, pequeña pero afilada y amenazante.

El niño, tomado de sorpresa, se retrajo como en defensa. Pensó en la caña. Pero el cangrejo la tenía dominada, estaba sobre ella.

El cangrejo parecía mirarlo con todo el cuerpo. Se desplazaba, se distendía, como agrandándose. Y el niño sentía que el cangrejo lo estaba mirando. Sudaba ahora copiosamente. El cangrejo, alzado en sus largas patas espinosas, avanzaba al sesgo con un movimiento infinitamente sutil y sigiloso, como si el aire se le fuera acercando.

El niño, atemorizado, apenas pudo estirar la mano y alcanzar el asa de alambre de la lata. Encorvado y de espalda salió a la luz de afuera. Entonces advirtió que estaba pisando en agua, que el mar asaltaba el terraplén de las algas y avanzaba espumoso y vivo por todos lados, recobrando piedras y rocas y plantas marinas que vivían de nuevo en el ritmo del agua. El niño vio lejos la playa y la duna y el cielo detrás de la duna. Envuelto en el ruido del repunte corrió hacia la playa saltando y chapoteando en el agua tibia y clara del mar. Las huellas desaparecían rápidamente en el pulso del agua que sobre ellas hacía girar la arena en veloces y diminutos remolinos.

Ophidia

Mi vida está detenida al margen de su vida apagada. Refugiado en la oquedad de este árbol, al abrigo del relente de la madrugada que desciende de lo alto de la selva, evoco sus gestos que ya no podrán repetirse. Hace frío y la humedad pesa en el aire y en la niebla que se desplaza despacio entre el ramaje. El suelo está mojado, y por el brillo de las hojas carnosas la luz huye de la sombra verde.

¡Ah, qué hermosa era Ophidia! En el duermevela retorna su perfil exacto, sus ojos donde crepitaba una diminuta y misteriosa astronomía. Ya no podré olvidar su fina boca que aun en los momentos de abrirse desmesuradamente para dar asilo al alimento era tan graciosa; ni su cuerpo pardusco adornado de cruces rojinegras. Persiste en mis sentidos la suavidad de su vasto pecho amarillo, la quietud de sus maneras, su personal garbo al arrastrarse, la inefable elegancia con que iniciaba el ascenso a los árboles.

Hace un momento ha partido Cazadora, mi pequeña y fiel amiga. Y en el insomnio me he puesto a repasar este amargo suceso de mi vida. Cazadora ha acercado a mí su gesto de consuelo y, como siempre, ha repetido parte de la triste historia. La parte que yo no vi.

Aún parece que vivieran allí aquellas gentes. Habían construido una cabaña en la linde de la selva. Eran un hombre y una mujer. El hombre, alto, rubio. La mujer, baja y muy blanca. Curioso que hicieran tal contraste. Ophidia y yo teníamos mucho parecido. ¡Acaso por esto pude amarla tanto! Pero el hombre y la mujer eran distintos. Él tenía una voz estentórea que hacía eco. Ella, una voz suave que resbalaba en las cosas.

Vivían una extraña vida. La mujer salía poco. No he podido explicarme cómo lograba alimento dentro de aquella cabaña. Seguramente se lo llevaba el hombre, como hacemos nosotros con nuestros familiares cuando están demasiado viejos. El hombre era muy de vida afuera. Tanto, que en varias ocasiones casi nos topamos en la selva. Entonces yo me apresuraba a subir a un árbol. O quedaba inmóvil en la hojarasca. Desde arriba veía su cabeza redonda, poblada de pelos amarillos. Desde abajo me aporreaba el ruido sólido que hacía al desplazarse.

Al hombre gustábale sorprender a su mujer con rarezas que hallaba en sus incursiones a la selva. Frente a su asombro, él soltaba la risa escandalosa, desproporcionada.

Cazadora conoce bien estos detalles que yo nunca he podido verificar, porque ella vivía en el maderaje de la cabaña. Desde su discreto mirador pudo ver cómo se desarrollaba la vida de aquellos seres y también todo lo que después ocurrió...

El hombre a veces entraba en la selva y abatía las aves con un arma que proyectaba fuego y ruido en el aire. Asimismo alcanzaba otros animales en su carrera. Parecía que su principal propósito era matarlos para mostrar los cadáveres a su mujer. Cazadora me ha contado que precisamente las aves más hermosas eran lanzadas a la maleza después que pasaban la sorpresa y los comentarios. Otras veces, de noche, el hombre salía. Entonces botaba un gran chorro de luz por la frente.

Cierto día Ophidia me dejó antes del alba para regresar al árbol de sus padres. Hacía tiempo que no iba por allá y pensó que saliendo a esa

hora hallaría algunos conejos que llevarles (los pobres estaban tan viejos que podían subsistir durante todo el invierno con un par de conejos).

Esforzándome por traer a mi memoria los hechos de aquel amanecer, recuerdo que aún estaba semidormido cuando por el aire un gran ruido subió como un humo muy rápido.

Después Cazadora me contó que ese día el hombre regresó a la cabaña arrastrando el cadáver de Ophidia. Esa vez no entró de súbito. Esa vez flanqueó con sigilo la cabaña, y por la puertecilla lateral se introdujo en la estancia.

Cazadora entonces se deslizó rápidamente.

El hombre limpió del cuerpo de Ophidia el barro que había recogido en la travesía y lo dispuso en tal forma que un extraño podía creer que estaba dormida.

Luego salió afuera de puntillas y sólo se alejó por la vereda que conducía a la cabaña para devolverse a poco, silbando distraídamente.

Lo que sucedió después es ridículo. Aquel hombre se valió para su placer del más abominable procedimiento. No estuvo satisfecho con quitar la vida a Ophidia, sino que preparó aquella farsa.

La mujer entró a la estancia. Vio el cuerpo de Ophidia. Rayó de un grito el aire y trató de ganar la puerta. Pero antes de que pudiera hacerlo vino al suelo, tomada de una parálisis de pánico.

Entonces ocurrió algo extraordinario.

El hombre saltó de su escondrijo. Entre risotadas deslizó melosas palabras a su mujer. Ella se fue sosegando poco a poco y el color habitaba de nuevo su rostro. Mientras tanto el hombre la acariciaba prolijamente. Por último, allí mismo, realizó con ella un precipitado acto lleno de ruidos y movimientos.

Esto lo supe después de una larga espera en la que filtrábase la angustia. Comencé a estar urgido de venganza.

Entonces el árbol familiar y las noches lóbregas de la estación lluviosa fueron de especial soledad. Un total desgano anuló todas mis normales apetencias. Supe, en aquella imprevista conjunción, cuánto había amado a Ophidia; cómo estaba aferrada mi vida a la suya, bruscamente abolida. Quise morir. Pero cómo es de cierto que la muerte no prospera donde hay demasiadas fuerzas sosteniendo la vida. Así, en aquellas tristes horas, mi inmensa energía no me dejó perecer. Mi aflicción era rechazada por esa vasta posibilidad vital que caracteriza a los seres de mi especie.

Probé mudar de paisaje. Imaginé huir a una comarca desierta donde no hubiese espiral de liana ni redondez de árbol que me trajese su recuerdo. Intenté la evasión. Pero al llegar a la margen del gran río me faltaron fuerzas —¡increíble!— para cruzarlo. Torné, pues, al cotidiano ambiente. Visité los sitios que habían sido de nuestra predilección. Trepé, torturándome, nuestros árboles favoritos. Verifiqué las sinuosas huellas que habíamos trazado, sobre las cuales comenzaba a cerrarse la hierba. Experimenté no sé qué placentero dolor en el dolor de revivir los días placenteros. Y en toda aquella peregrinación de congoja me acompañó —aguda esquirla— la idea de la venganza.

Todavía estaban allí. Para el asesino la muerte de Ophidia fue seguramente un hecho más, recuerdo a la deriva en el pasado. Cómo era posible que una aberración de perspectiva hubiese convertido la más hermosa realidad de mi vida en razón de bastarda, irracional complacencia. Aquellas horas fueron de interior consulta. Medité sobre la importancia que tenía este desconocimiento de las distintas especies en relación con sus respectivos ciclos vitales. Cómo una intervenía violentamente en el ciclo de otra, sin reparar en las consecuencias de su intervención. Cavilando de esta manera llegué a la conclusión pavorosa de que la creación era la obra de un poderosísimo e inspiradísimo inepto, puesto que no parecía haber otra manera de subsistir

sino por la destrucción de los demás y la incorporación del organismo de otros seres a nuestro propio organismo. Y por debajo de estas convicciones recurría el rencor.

La necesidad de tomar venganza circulaba ya en mi sangre —hielo en el hielo.

Necesitaba explorar, analizar las circunstancias. Tenía que acercarme a la cabaña. Y así lo hice durante varias noches.

Desgraciadamente, aquella gente no parecía dejarla a esa hora. Debían de temer la oscuridad, porque apenas invadía llenaban la cabaña de una gran claridad amarilla. Yo no podía observar con precisión, pues la prudencia me aconsejaba instalarme entre las ramas de un árbol que se alzaba en el patio. Con todo, conocí algo de la apariencia de la compañera del hombre. Me llamaron la atención sus ojos, que eran como diez veces los de Ophidia. Carecían, no obstante, de la vivacidad de éstos, de su encantadora fiereza. El hombre miraba mucho a su mujer y extendía hacia ella repetidas veces las manos y los brazos. A mi entender la finalidad de tales movimientos era poner su piel en contacto con la piel de su compañera. Advertí en esto cierta analogía con nuestros hábitos.

La mujer logró interesarme. Debo confesar que tenía gracia. No sé si las flexiones de sus brazos me obligaban a asociar la imagen de los movimientos de Ophidia, o si en su andar había algo de las voluptuosas contorsiones de mi desaparecida compañera.

Una noche mientras vigilaba, otro hombre, pequeño, llegó a la puerta de la cabaña. Yo nunca le había visto. El recién llegado golpeó en la puerta con los nudillos. La puerta se abrió. El hombrecito penetró en la luz interior. La puerta tomó a cerrarse. Poco después se abrió de nuevo y salieron el desconocido hombrecito y el hombre.

Era una oportunidad incomparable...

Avanzaron. Detuviéronse casi debajo del árbol donde me hallaba agazapado. El hombre se acercó las manos a la cara. Hizo una pequeña luz y luego exhaló humo por la boca.

Ya estaba pronto a saltar. Y no pude, ¡no pude hacerlo...! Inesperada parálisis inmovilizó mi cuerpo. Parecía estar vivo en piedra. Temí caer. Y entonces, sin previa sensación de alivio, se me aflojaron los músculos, como si lo que me mantenía rígido se hubiese derretido suavemente. Miré hacia abajo. Nada había. Maleza adentro una lucecita saltaba en la oscuridad.

Desconcentrado, comencé a buscar el descenso.

Entonces percibí que entre la pared y la puerta había una gruesa raya de luz.

Sin vacilaciones me deslicé hasta el suelo. Traspuse la pequeña distancia y me asomé por la rendija. Con la cabeza empujé poco a poco y me arrastré pegado a la pared hasta que tuvo fin. Creo haber visto de soslayo que la mujer, sentada, jugaba con unos hilos de colores. Crucé y me hallé en una estancia afortunadamente oscura. Allí pude orientarme.

El corazón me brincaba en la espalda.

Resolví ocultarme para poder recobrar todos mis sentidos. Pensé con regocijo que el hombre tenía necesariamente que entrar allí durante la noche. Con esfuerzo pude enrollarme todo debajo de la cama. El recuerdo de Ophidia me estimulaba como una convicción.

Después oí pasos. Eran pasos de la mujer, menudos, nerviosos. El recinto se llenó de luz. La mujer movíase de aquí para allá. Deteníase brevemente y recomenzaba.

Arriba de mí, la cama se hundió un poco. Sentí crujir las maderas. Vi muy cerca los pies de la mujer.

Finalmente, la estancia quedó a oscuras otra vez y se hizo un amplio silencio. Torné a sosegarme.

Recordé el rostro de aquella mujer. Yo había estado viéndolo tantas noches que manchó indeleblemente mis pupilas. ¡Por cierto que ella quería a aquel canalla! Acaso tanto como Ophidia me quiso a mí. Ah, pero aquel hombre no podía querer como yo a mi compañera desaparecida. Caí de nuevo, inevitablemente, en mi congoja, en la pena de mi soledad irremediable. Me entristecí. Estuve a punto de abandonar la cabaña. Pero la urgencia de vengarme prevaleció.

Me conforté con el pensamiento de que, antes de entregarme definitivamente a mi dolor, debía proporcionar al asesino el más grande que yo podía proporcionar. ¡Pero era tan fácil para mí estrangularlo! Para él serían, cuando más, unos pocos momentos de horrible miedo, de angustia, de dolorosa impotencia, cuando mis anillos quebraran sus huesos frágiles, aplastaran sus débiles músculos, exprimieran la vida. El dolor que yo deseaba para él debía acompañarlo conscientemente, irrevocablemente. Debía ser como este que desde la muerte de Ophidia yo sufría. Sí, ¡eso era! Tal vez la venganza perfecta era esa. Era producir en él un dolor exactamente igual al mío. Era otorgarle la contrapartida exacta de mi propio dolor.

Entonces vi todo claro, como una pista en la noche.

Distendí lentamente mis anillos y subí, subí a la cama.

La mujer estaba inmóvil. Dormía. Un pedacito de piel anulaba el brillo de los ojos. Extrañamente, esta vez no me hizo recordar a Ophidia.

Experimenté hacia aquella mujer un absurdo agradecimiento. Ella hacía posible esta cabal venganza.

Árbol de aire, el recuerdo crece en el silencio y en la soledad.

Arco secreto

La habitación estaría a oscuras si no fuera por esas verdes cuchillas de luz que agita el viento nocturno. Hace calor. El calor vive en la sombra como presencia metálica y humana. David reposa en la cama, desnudo, febril. Quisiera dormir, pero está seco de sueño. En sus sienes golpea la imagen de aquel hombre repulsivo. La almohada sofoca. Bruscamente, la tira al suelo. Se oye un sonido aplastado y, después, la almohada brota, blanca, en la sombra baja. Ahora de costado toma un cigarrillo. La luz de la cerilla hace oscurísima la habitación. Pasa suavemente el humo sobre la brasa que late viva y roja en el humo. Caen como súbitas cortinas las paredes amarillas y las cosas emergen lentamente en la sombra, como si miraran.

El cuerpo destaca, casi negro, sobre la cama, y en el silencio parecen abolidas las cosas de afuera.

Ahora recuerda. Recuerda que, cuando llegó a este campamento petrolero, pensó que su estada no dejaría huella. Sería libre, verdaderamente libre, porque no dejaría huella. Sin embargo, la experiencia de aquellos meses recurre en golpetazos a las sienes. Encuentra difícil detener las imágenes que pasan resbalando, superponiéndose, revocándose,

multiplicándose en la fuga infinita de cierta estructura absurda de pulpo entre espejos.

Ahora recuerda. Era la media tarde de un día de marzo, y por la ancha ventana él se había asomado al nuevo paisaje. Afuera la luz en el caliente día de verano. Y en la luz, bajo el cielo exaltado, las casitas rojas, verdes, blancas. Y una calle-carretera entrelazando las casitas; y una muralla oscura de selva, allá en la lejanía zarca. Sus ojos abiertos a la luz coruscante y, en lo hondo, vagas, imprecisas sensaciones. Pero más adentro, en lo secreto de la sangre, los impulsos tendían, seguros, sus arcos innumerables.

Apartándose de la ventana había entrado al dormitorio. Se quitó los zapatos y la camisa blanda de sudor. Terminó de desnudarse y se metió, tibio, elástico bajo la ducha. Abrió el grifo y el agua de transparencia plomiza salió violenta, gruesa de frescura. Saltó el agua en la cabeza y los hombros; le azotó las espaldas que brillaron con luz de cobre. El pelo vino sobre la frente. Los músculos del abdomen levantaban suaves colinitas de cobre y sombra. Y el agua fresca que lo cubría todo, abajo, sobre los pies amarillos, caía ruidosamente.

Después vistió de limpio y salió. Caminó hacia el este, hacia el Club de los empleados. La casa del Club —amplia, verde y blanca— estaba desierta durante aquella hora. Solo, detrás del bar un mozo del servicio leía en un diario, completamente desprevenido de su oficio. Él se proveyó de un *magazine* grande y brillante que estaba sobre una mesa de mimbre y fue a sentarse a un corredor abierto al aire. Llegaba desde el oeste un vago trepidar de maquinarias. A poco descansó en las piernas lo que leía y miró al frente, lejos, las casitas alineadas de los obreros. Más acá, contrastaban las casas de los empleados. A su derecha pendía hacia el sur un pedazo de carretera polvoriento, por el que a ratos pasaba algún camión ruidoso; algún oscuro, silencioso caminante. Aquí, en un plano inferior, la piscina verde, pulida y honda de nubes altas.

Detrás de la piscina, una alargada caseta de madera —la cancha de *bowling*—. A su izquierda, al fondo de una hondonada pequeña alinderada por grandes árboles, dos canchas de tenis. Y rodeándolo todo bajo un sol de fuego, los verdes campos de golf, esponjosos, ondulantes.

Quieto frente al paisaje, se había sentido solo, separado, concreto en el aire. Allí terminaban veinticinco años urgentes: la Universidad, los amigos, los libros, alguna mujer, los viajes. Y él constataba que cada experiencia de aquellos años se manifestaba en la manera como estaba allí, aparentemente quieto frente al paisaje. Él era lo que había sido.

De pronto, por una puertecilla lateral asomó el mozo del servicio. Él percibió agudamente la presencia extraña del muchacho que sonreía. Le ordenó un refresco y a poco el muchacho volvió con una bandejita sobre la que tintineaba un vaso pesado, alto y frígido.

Entonces por allí cruzó un lagarto verde y oro. Vibraba, como untado de colibrí. Inquieto, el lagarto se detuvo sobre el piso blanco que espejeaba de sol. De ninguna parte apareció, suave, un gato negro, lustroso. El gato miró al lagarto, verde y oro bajo el sol. Agudo de sigilo, el gato comenzó a encogerse, encogerse. Así debió estar susceptible a las más sutiles impresiones, porque volvió la cabeza hacia arriba, donde él estaba, y lo miró con el fuego frío de dos almendras de azufre. Luego volvió a concentrarse sobre el lagarto que vibraba desapercibido en el sol. Así estuvo el gato durante varios segundos, tenso, vigilante. De pronto *estaba* sobre el lagarto. Se le veía ondular, negrísimo, redondo de brillos y de eléctrica armonía. Debajo de la cabeza asomó la cola del lagarto, agitada, como la punta de un látigo. La cola del gato ondulaba elásticamente, viva de una certeza escondida en lo secreto de la sangre.

En el silencio sonó, agudísima, una sirena. El gato huyó, ágil. Llevaba el lagarto atravesado, convulso, en la boca delicada.

Todavía la sirena gemía hondamente cuando él se puso de pie, conmovido. El aire comenzó a llenarse de un ruido numeroso. El ruido despertaba, crecía en la luz, se desplazaba sobre las cosas, como derramándose. Después, un gran silencio se hizo en la fuga del eco clamoroso que se perdía más allá de las últimas casas.

Llegaba gente al Club. Adentro de la casa sonó música estridente. Sobre el campo de golf aparecieron pequeños grupos. Algunas parejas bajaban en silencio hacia las canchas. Él se había sentido casi molesto ante todo aquel movimiento inesperado. Por la puertecilla lateral salieron animadamente una mujer y un hombre. Ella, de pelo rojizo recogido y oscuros ojos grises. El hombre, rubicundo, pesado. Le saludaron con breves inclinaciones de cabeza y en una mesa verde y ancha comenzaron a jugar al *ping-pong.* Él, desde su asiento, aparte, miraba cómo la pelotica blanca saltaba nerviosamente del hombre a la mujer, de la mujer al hombre. Inesperadamente, desde la caseta de *bowling* llegó un estrépito formidable. Él se sintió como electrizado. Sudó rápidamente. Aún tenía el vaso helado en la mano. Succionó entonces con fuerza y produjo un ruido indiscreto. La pelotica cayó al suelo en ese momento, brincando. La mujer —de pronto sola, única— sonrió con benevolencia. Él vio extraviadamente las grandes nalgas del hombre agachado, y se encaminó a la cancha de *bowling.*

Allí había alguna gente que jugaba y, al cabo de las pistas pulidas, dos muchachos borrosos. Miró tan ávidamente el juego, que le invitaron a participar. Tomó tiza en los dedos y atrajo una pesada bola, negra y brillante. Juntó las cejas y miró finamente hacia el fondo. Se irguió en equilibrio sobre la tensión de sus músculos, luego inclinó el tronco y partió, suave. La bola se fue velozmente por el brillo de la pista y al fondo explotó en los bolos que fueron aventados. Detrás, hubo un ruido sordo en el cojinete y se vio al muchacho saltar para no ser alcanzado.

Ante el elogio de los otros, sus ojos flameaban. Tenía las cejas abiertas, sonreía. Sentíase descargado, corporalmente feliz.

Aquella noche comió en el *mess-hall,* que era un salón-comedor muy iluminado, lleno del olor de guisos vagos y donde unos mesoneritos cetrinos servían entre comensales rubicundos. Cuando salió respiró el aire húmedo de la noche. Sentíase la presencia oscura de la selva. Las casas, las luces, las instalaciones, todo aparecía transitorio en oposición de aquel mundo vegetal que emergía de la noche. Un silencio vivo, formidable, burbujeaba entre los árboles.

Él se encontraba ligero y apto, seguro en su contenida, separada humanidad. Por eso aceptó lo que le sugiriera el compañero de mesa. Tomaron una camioneta y por un brazo muy pendiente de la carretera, bajaron al poblacho criollo, húmedo y triste en sus luces mortecinas. El vehículo trepó las gibosas callejas agrietadas que oleaban frente a la luz de los faros. Pasó umbrales foscos, hombres y mujeres hieráticos, vestidos de telas claras. Él, aparte, ignoraba al otro, oscuramente, y experimentaba una compasión violenta, un disgusto avergonzado ante aquella sordidez inexplicable pero real, aquella miseria.

El automóvil dobló una esquina ruidosa que obstaculizaban agrios olores de borrachos. Por último, se detuvo bruscamente frente a una casita torcida.

La patrona les dio una bienvenida que fingió ser malhumorada. El compañero se introdujo con soltura de parroquiano, pero él quedó a la zaga, sofrenando de cautela, de secreta voluntad de distinguirse. En el recibo penumbroso estaban varias muchachas hacinadas promiscuamente en un diván destartalado. Él vio con sorpresa una vieja mecedora que allí había y tomó asiento en ella, inexplicablemente. Todavía estaba honda y tibia de contacto humano. Entonces comenzó a mecerse frente a las muchachas y la patrona que sonaba plata entre las manos gordas.

Sintió cómo su presencia les era impertinente, les molestaba, les desnudaba tristes vivencias sepultadas bajo costra, como llagas. Continuó meciéndose, sin embargo. Su figura destacaba totalmente extraña en la habitación un poco amorfa; y él sentíase separado de los otros, distinto, intocado por aquella sordidez. Las muchachas pintarrajeadas le miraban desde la sombra con ojos amarillos, vítreos de frustración y de vergüenza. Entre ellas y él se estableció un antagonismo que parecía revivir remotas jerarquías, remotos yugos de bota imperativa y látigo arbitrario. Él sentía todo esto, aparte en la penumbra, y continuaba meciéndose petulantemente, con petulancia que no era, sin embargo, sino lealtad inconsciente a su linaje. Ellas lo miraban con ojos tristes de bestias vergonzantes.

De pronto paró de mecerse y preguntó con voz pulcra, extraordinaria:

—¿Hay cerveza aquí?

Y una de las muchachas, halada de su fascinación, respondió desde la sombra:

—¿Señor?

I

Al día siguiente había ingresado al departamento de Cartografía, cuyo jefe levantó la vista de unos mapas al sentirlo frente al escritorio y produjo un gruñido interrogativo. Él lo reconoció al instante y presentó sus credenciales. Era en efecto el mismo que había visto la noche anterior en el *mess-hall* y que le había producido impresión repulsiva. Allá lo había advertido por el ruido que producía cuando masticaba. Entonces le había observado con asco la boca por cuyo canto chorreaba grasa y en la que faltaba un canino; y el mirar tardo; y el movimiento flácido del cuello que abultaba el paso laborioso de los bocados. Recordaba que, por último, el otro se había retirado después de ensuciar el mantel al

limpiarse la boca y las manos, y ya sobre el umbral había producido un eructo agrio y profundo que sobresaltó a los comensales.

Y él había tenido que estar de pie frente al escritorio, mientras el otro decía su plática inaugural, a la que él no prestaba atención, por tenerla puesta en el recuerdo de lo que viera la noche pasada en el comedor. Y por momentos, ya insoportables la voz y el gesto y la figura toda, él había bajado los ojos hasta los zapatos puntiagudos y los pantalones grises que destacaban bajo el escritorio. Terminó por fin de hablar y entre gruñidos se echaba de nuevo sobre los mapas, cuando él se retiró, tomado de una total y concreta oposición al otro.

II

En aquella obligada subordinación, algo fundamental se rebelaba en él. Se exaltaba en él un sentimiento del que podía saberse dónde terminaba lo personal y comenzaba lo colectivo. A poco fue una profunda sensación de desagrado lo que experimentaba en presencia de aquel hombre que sutilmente trataba a su vez de sojuzgarlo, de ratificar su jerarquía. Aquella aversión se diseminaba sin posible detenimiento. No era una localización racional, era la sensación total de una antipatía de sangre, una oposición inconsciente, medular, que demandaba liberación. Frente a aquel hombre grasiento, frente a aquel patán que pretendía encubrir con lentitud de gesto y de palabra la evidente condición de advenedizo, él afirmaba la vida, clara y sincera como un cuchillo.

Pasaban los días y él constataba cómo el otro lo repelía, cómo trataba de eliminarlo. Pasaban los días y en el otro se manifestaba cada vez más la posibilidad inmanente de ser el objeto de un desahogo violento, de una suprema instancia de liberación. Sin embargo, los empleados del Departamento nada de esto percibían. Nada podían percibir de este secreto proceso. Por las mañanas, por las tardes, él se ocupaba en sus

trabajos de cartografía. Pero sentía que, a través de los compartimientos de la oficina desde el escritorio del otro hasta su mesa de dibujo, estaba tendida —conectándolos— una corriente de repulsión cada vez más alta. Preimaginaba entonces tantas escenas, que el proceso le parecía fatal, determinado. En parajes absurdos, anulada toda circunstancia, él se veía frente a la figura repugnante: la cara grasienta, la camisa blanca de mangas largas, los pantalones grises, los zapatos puntiagudos —los ojos. Sin armas, en el sitio irreal, sólo las dos fuerzas contradictorias. Y él que de pronto saltaba sobre el otro, y las manos duras como garfios que volaban al cuello blanduzco y apretaban, apretaban, hasta el límite, hasta la pesada inercia de la carne. Había huido de estas prefiguraciones mortales; había huido hacia la vida, hacia la luz, hacia los abiertos caminos del verano. Se extenuaba en los deportes. Fue de cacería con otros, varias veces. Jugaba al tenis casi todas las tardes, hasta que comenzaba el rumoreo de los mosquitos que proliferaban en los pantanos escondidos detrás de los árboles. Pero aun en la cancha, mientras jugaba, sentía que desde arriba el otro, en algún sitio, seguía sus movimientos, vigilaba. Él regresaba entonces a la casa del Club, alegremente iluminada, y en un banquillo alto se sentaba al bar, abrigado en su grueso suéter de lana.

Seguramente la necesitaba tanto que ella estaba allí, esperándolo. Él se apartaba del bar y tomaba asiento frente a la mesa de mimbre donde había revistas y periódicos. Desde allí la miraba. Mirándola, recordaba su sonrisa benévola cuando la tarde en que él había llegado, ella se entretenía al ping-pong. Separada de sus ojos por la pista de baile, ella jugaba a las cartas. Él, desde la mesa, no se cansaba de mirarla. Y aunque él leyera, sentía que no dejaba de estar comunicado con ella, que en realidad no se estaban separados. La miraba jugar con los otros, oía su voz precisa y fuerte. Pero él a esa distancia no entendía lo que ella hablaba. Cuánta compensación recibía, sin embargo, cuando ella al salir lo miraba siempre tan despreocupado de su lectura, y sonreía.

Una tarde él había subido de la cancha. Llegó arriba cansado, un poco frío, pálido. Ella estaba allí con los otros, como siempre, cejijunta frente a los naipes. Esta vez él pasó de largo. Saludó a unos conocidos, rehusó sentarse y salió. Salió al atardecer grave, en el que había estrellas. Se sintió solo, segregado, sutil en la dimensión vasta, la sangre replegada en reductos invisibles. De pronto oyó que la puerta a su espalda había sido abierta. Oyó la voz de ella, cordial, enaltecida. Ella venía acompañada. Los otros eran una pareja que partió en un automóvil, casi sin ruidos. Ella le pasó cerca, saludó sin coquetería, con abierta amabilidad que parecía personal. Él la miró caminar. Miró sus hombros anchos, casi varoniles, bajo la tela liviana; su pelo rojo, su cuello descubierto, su andar sencillo, sin voluptuosidad. Ella tomó un automóvil negro, polvoriento, y cuando él comenzaba a moverse, le hizo señas, trató de expresar que le invitaba. Él se acercó y le agradeció en una manera pobre y difícil que le produjo disgusto. Ella insistió, tibiamente. Él temió denunciarse y entró. Cerró con cuidado y energía la portezuela y cuando ella presionó el botón de arranque con el pie izquierdo, él le había mirado gravemente el muslo sólido, redondo bajo la falda clara, y la pierna larga y blanca, brillante como mica.

Sostuvieron un diálogo intrascendente y hasta penoso. Él hablaba poco inglés y ella, según le confesó excusándose, sólo sabía del castellano lo que exigían compras elementales. Él dio su nombre y ella el suyo. Ella había venido de Tulsa, Oklahoma, con su marido que era experto en sismógrafos. No tenían hijos. Actualmente él estaba en Caracas, gestionando traslado. Todo lo expresó precisamente, imitando con gracia un informe de identificación.

El automóvil corría hacia el sur. Ya era noche. Atrás habían dejado las luces del campamento. A ambos lados de la carretera se alzaba la muralla de los árboles y se oía un croar apresurado y numeroso. Él miraba con vaguedad hacia el lado derecho del camino. Ella parecía atender

sólo a la conducción del automóvil. Pero en la luz que difundía el tablero, en el calor que exhalaba el motor, él sentía su presencia inminente, actuante sobre su piel y sus sentidos.

De pronto ella dijo, sin dejar de mirar hacia adelante:

—Usted pensará que yo trato de enamorarlo.

Él se replegó desde la médula, casi visiblemente, mientras preparaba una respuesta en inglés.

—Esa es una preocupación muy femenina —afirmó, abstractamente.

Ella sonrió sin desatender el camino. Después no habían dicho más. El motor se oía ronco. El automóvil corría tableteando un poco en la oscuridad. Pero él la percibía viva de espera, tensa y emocionante como una intriga.

Ella lo percibía varonil y alerta, tendido en la sombra como un esbelto arco.

Desde un sitio ancho de la carretera regresaron. Regresaron al campamento donde todo se veía limpio y verde, reciente bajo la noche. Entraron por el portalón de la cerca, donde había una garita que tenía adentro un borroso vigilante. Él la guió, y a poco ella detuvo el automóvil sin apagar el motor. Entonces se habían mirado a los ojos, serios, extranjeros, pero con algo interno en común, un poco abochornados de que se les viera tanto en ellos. Él dio las gracias y trató de abrir la portezuela, pero sin lograrlo. Ella entonces atrajo con destreza el freno de mano y se inclinó un poco sobre él para abrirla. Súbitamente, su mano había saltado sobre el cuello descubierto. Se aferraba con delicada seguridad sobre la piel sudada. Ella levantó la cabeza y lo miró sin sorpresa en los ojos negrísimos, profundos de concreta hombría. Él le miró los ojos ensombrecidos, abiertos de voluntad corporal. Por un momento no existió circunstancia. Ella lo apretaba crecientemente, le acariciaba las espaldas con lenta franqueza. Él tenía un hombro tibio y redondo

en la mano tensa, leve y tensa como una garra. De pronto ella lo apartó blandamente, con seguridad.

—Aquí no. Mejor entremos.

Y entraron.

Aquellos días que siguieron habían sido luminosos. Cálidos días de luz azul, alta sobre los árboles vivos en el viento que arrastraba las nubes. Detrás de la muralla de árboles proliferaba la muerte en los tibios pantanos escondidos. Mas para ellos sólo había horas cálidas y luminosas, los ojos a la zaga de las nubes, hechizados en el vórtice lento de la entrega verdadera.

Sin embargo, las prefiguraciones recurrieron en la calma que advenía después de aquellas horas plenas. La aversión ya estaba en el tuétano, en la sangre, alerta, vigilante, lista para el salto hacia la liberación.

Ah, pero aquellas habían sido noches tibias. Tibias, silenciosas noches, en el refugio de la habitación íntima como una sola estrella en el oscuro azul que no movía el viento. Ellos allí tan silenciosos, tan puros, dormidos a veces en desnuda confianza. Silenciosos, puros, cada uno aparte sin unión de amor que fuera infortunado. Cada uno aparte y perfecto como olvidada llama, sólo coexistiendo en un mismo hechizo de líneas singulares. Ella a su lado. En la penumbra. Viva su carne donde la luz se detenía como en la carne de las peras. Él a su lado, dorado y tibio como ciervo descansando. No había palabras. Sólo los gestos fundamentales. No había antes, ni después. No había palabras. Sólo la plenitud del momento suspendido como una sola estrella en el oscuro azul que no movía el viento.

Pero las lluvias que a su llegada habían sido rápidas, atravesadas del sol caliente, comenzaron a caer casi sin interrupciones. La humedad invadía, ablandaba la luz y cubría las cosas con un peludo moho gris azul. La vegetación había cobrado exuberancia que oprimía, que derramaba una vasta tristeza en el paisaje.

Con el regreso de su marido ella tuvo que volver a su anterior realidad, al quehacer de las angostas cosas diarias. También él volvía a sus cálculos y sus mapas, a la inevitable presencia del otro que parecía saber de su mutilación y la reavivaba con saña sutil, inadvertida por los otros. Pero ellos retornaban a lo cotidiano con una especial sabiduría de elegidos.

Por entonces llovía copiosamente, cerrando los caminos. La oscuridad venía pronto en las tardes húmedas, a menudo frías. Venía sobre la muralla de los árboles que cercaba el campamento, entre nubarrones y humo bajo de niebla. Anochecía sin estrellas. Él miraba caer la lluvia frente a la ventana, miraba llegar la noche. Caía el agua verticalmente, como para siempre, y se iba fragosa por las torrenteras de la calle negrísima mojada de brillos planos.

Ahora el viento nocturno mueve la seda del silencio. El calor se deposita blandamente sobre las cosas. Las cosas desde la sombra miran. David apaga el cigarrillo. La brasa chilla débilmente en el vidrio del cenicero y en el silencio que se rehace el reloj destila el tiempo. Late adentro el duro corazón oscuro y vivo. El viento afuera hace rumor de agua. Las imágenes se desplazan lentas. Pasan gelatinosas figuras, sombras alargadas, revientan burbujas de lenta gelatina. Suenan cobres violentos y un pulpo sordo se traga toda el agua de los espejos verdes y el silencio se estira pulido y fino como piel de pozo en la noche. El sueño nace en los huesos, como humo. Como humo se abre paso entre la carne sólida y se esparce, como humo. Desde el horario quieto en la sombra un gato de azufre mira.

De pronto un blando aire gris pasa sobre el cuerpo secretamente vivo en el humo del sueño. Desaparece ligero por la puerta de la habitación. Pero en la puerta reaparece, vuelve, vuelve. Desaparece de nuevo, vuelve. Aire negro de sombra alada y loca pasa sobre el cuerpo secretamente vivo en el humo del sueño. Silencio —en el reloj trota un caballo de plata, pequeñito. Vuelve el rápido ruido de seda y

sombra negra y hielo negro por el aire. Pasa; pasa y choca duramente contra la tela metálica que cubre la ventana. Los ojos del hombre se abren, emergen, disipan el humo del sueño. La punta de una aguja de lumbre de vida horada la sombra y busca el ruido sólido y negro que vuelve por el aire y pasa. El viento llega cargado de nocturno ruido de agua lejos. Desaparece el cuerpo negro de hielo y se oye chocar duramente en la otra habitación. Las cosas se repliegan ciegas y duras. La sombra se agita de láminas verdes. Viene ruido de viento y de agua cerca; crece, crece, y entonces se oye la lluvia caer —totalmente. El hombre se incorpora, se alza desnudo como viva llama. Viene de nuevo el cuerpo negro, viene frente a él por el aire —y pasa. Y el aire golpea hielo en el rostro y en la sangre donde aún hay burbujas de humo de sueño. El hombre salta a un lado. Pasa el cuerpo negro y choca pesadamente contra la tela metálica de la ventana. Salta el hombre a otro lado, abre el closet y palpa y toma la raqueta de tenis. Salta luego dentro de la sombra verde llena de ruido de lluvia el cuerpo vivo como llama de cobre ágil. Vuelve el cuerpo negro, alado y negro, desplazando aire de hielo en el aire. El hombre cruza un raquetazo en la sombra y no tiene resistencia. Desaparece el cuerpo negro, alado. La lluvia cae sin prisa, rumorosa, afuera. Vuelve el cuerpo negro, vuelve. Otro raquetazo en la sombra, y otro y otro. Desaparece por la puerta el cuerpo de muerte. Viene de nuevo, viene, pasa. Choca con ruido pesado. Vuelve, vuelve, pasa. Desaparece —se oye desde el corredor el ruido gris que va ciego en el aire. Salta el hombre al corredor. Gira el cuerpo pulido de brillos móviles. Viene por el aire verde el negro cuerpo alado. Pasa. Otro raquetazo cruza. La tela metálica suena con estruendo corto. Cae una cosa negra y agitada en un rincón amarillo en sombra. Aletea, rasguña la pared con las alas negras de seda tensa. El hombre salta y se encorva, oprime el marco de la raqueta contra el animal oscuro que aletea en el rincón. El animal de negra seda aletea

fuerte, más fuerte. El hombre deja la raqueta sobre el animal y vuelve a la habitación. Mira dentro del closet con los dedos finos de instinto, que palpan las repisas. Los dedos encuentran un largo cuchillo enfundado. El hombre desenvaina el cuchillo y regresa con la hoja que fluye de la mano como una cosa viva que acompaña. En el rincón la raqueta tabletea sobre el animal torpe y negro, caído del tiempo. Las alas rasguñan la pared amarilla en sombra. Ya no hay oscuridad para los ojos del hombre. El hombre acerca la punta del cuchillo al aleteo del animal. Toca el cuerpo blanduzco y revientan burbujas de hielo en la sangre que pesa en los brazos y corre por la espalda. Entra la punta en la carne escondida bajo la piel de urna, repulsiva. El animal chilla, lastimeramente. El brazo del hombre hunde más el cuchillo en el cuerpo repugnante. El animal chilla, chilla. Voltea la cabeza a un lado —la cabeza de perro pequeñito. Ya no hay sombra para los ojos del hombre. La cabeza del animal, agobiada, voltea a un lado y a otro, brusca. El animal abre los ojos de rata de ojos de pájaro de ojos de semilla sola de papaya. Se queja y muestra los dientecillos de pez y se queja lastimeramente. El brazo levanta el cuchillo y lo hunde otra vez, otra vez en el cuerpo de seda blanduzco. Chilla el animal y muestra sangre en los dientecillos de pez tragado por una rata. Aletea brusco y por debajo del ala ancha y negra saca una garra pequeña de ave abortada. Afuera suena la lluvia, pausada, rumorosa. El hombre respira anhelosamente, caliente en la sombra, como viva llama de cobre verde. El animal gime, convulso, agobiado. La punta del cuchillo se hunde otra vez, otra vez. El hombre suda, perfectamente solo. Hunde el filo, toca hueso, hace girar el mango del cuchillo en la mano dura como garra. El aleteo en el rincón es ahora epiléptico, convulso, irregular. Sale de bajo el ala de seda la garra pequeña de ave abortada, fría y violácea de muerte. Entonces se hace un silencio grave donde sólo se oye la respiración llena del hombre y el ruido de la lluvia que afuera

cae, como para siempre. Las alas negras del animal se derraman sobre el suelo, anchas de entrega y de muerte. David se estira como lenta llama de aceite, solo y único como un antiguo ídolo vuelto a la vida en otro tiempo. El brazo cae al flanco del hermoso muslo de cobre y ceniza. Se apaga la hoja del cuchillo. La cabeza de David se inclina sobre el pecho que brilla verde, y todo el ruido de la lluvia y del viento se esconde en el pelo negrísimo.

La efigie

Clareaba cuando los dos hombres salieron del poblacho indio. Atravesaron un trecho angosto de sabana y llegaron al linde del bosque. Desde allí enfilaron por una vereda borrosa.

El de adelante rumbeaba con andar acompasado. El otro le seguía con trancos desiguales. Al paso de los hombres parecían congregarse los árboles, el boscaje se espesaba, eran cada vez más frecuentes las lianas y las orquídeas sobre los añosos troncos.

Los dos hombres iban callados. En la quietud destacaban el liviano pasicorto del guía y el chafar abrupto del cazador. Los ojos de éste rozaban las espaldas del indio, el pelo largo hasta los hombros, la faja de cuero de la que pendía un machete enfundado, el taparrabo mugriento, los muslos magros, las pantorrillas nudosas, los enormes pies descalzos.

El indio sentía detrás el tranco torpe del cazador. Oía el crujir de las grandes botas, el retintín de los aparejos de caza, la respiración perceptible a distancia.

Y de pronto quedó inmóvil en mitad de un paso. Con un gesto detuvo al cazador. Con otro señaló hacia la maleza. El cazador aprestó la escopeta, pero sólo alcanzó a ver un viso de fuga entre los árboles. Entonces el

guía completó el paso y prosiguió. El cazador, avergonzado, avanzó detrás con sigilo exagerado.

Trecho adelante el cazador vio una serpiente que subía suavemente por un árbol. Se predispuso a dispararle, pero sintió que el indio sonreía en sus adentros y, confundido, bajó el arma y se quedó mirando como hechizado la fina serpiente que ya alcanzaba las ramas altas.

Así marchaban. Pasaban los árboles. Algunos eran desnudos y delgados; otros eran gruesos y musgosos con el pie poblado de hongos. Arriba en la ramazón había un poco de sol. Abajo la humedad avivaba los helechos, pulía las carnosas hojas, daba su olor a la tierra, irisaba la coraza de los ciegos coleópteros que cumplían con paciencia sus caminos infinitamente renovados.

En el boscaje zumbaban los mosquitos y se levantaba un espeso vaho que a distancia podía suspender un árbol en mitad del aire. En el grave silencio sólo se oía el paso de los dos hombres, el bordoneo de los insectos y, lejos, a intervalos, algún piar inaudito, algún graznido inquietante.

El calor crecía imperceptiblemente como un cuerpo vivo. Se apagaba la alegría del alba y un bochorno precoz invadía el ambiente. Por los claros del alto ramaje se filtraban largos chorros de sol. La quietud sugería la inutilidad de los movimientos. El paraje derivaba en silencio hacia lo remoto. En torno a los dos hombres todo parecía detenerse, aquietarse, inmovilizarse.

Y los dos hombres seguían, callados.

II

Era como caminar por el canto de una enorme rueda. Nada ocurría, nada.

Hasta que el cazador se detuvo y exaltado protestó que aquello era absurdo, que allí nada conseguirían, que aquel... que aquel era un bosque muerto.

Así vinieron a buscar salida y después de algún andar llegaron a una sabaneta soleada donde había un lagunazo.

Como indecisos contemplaron el agua inmóvil en el bochorno. Una garza que levantó vuelo provocó en la reluciente superficie un aletear simultáneo y numeroso. El cazador cambió cartuchos nerviosamente, y como en paso de carga avanzó hacia la laguna. Sentía el sol en las espaldas y el siseo de la distancia y el tamaño opresivo de la tierra abierta. Hubiera querido arrastrarse bajo suelo. Se detuvo para tomar aliento y volvió la vista hacia donde había dejado al guía. Pero el guía no estaba allí.

Se irguió entonces y escudriñó con inquietud la línea frontera del bosque. Pasó y repasó los troncos. Pero no estaba allí. Con las manos se hizo pantalla a los ojos y continuó buscando. Por fin logró verlo, allá, remoto e inverosímil, acuclillado al pie de un árbol frondoso que sobresalía a su derecha.

Pero la bandada de patos ya volaba entre desapacibles graznidos y giraba sobre la laguna en círculos cada vez más altos. Desalentado, el cazador se aproximó al agua. Los terrones retostados de la orilla le molestaban a través de la suela caliente de las botas. Y entonces advirtió, inesperadamente, dos patos que anadeaban desapercibidos en un bajo de la ribera. Hincó rodilla y disparó a tiempo que tomaban vuelo. Uno de los patos cayó en un matorral que había a poca distancia. El cazador trotó hacia allá decidido a cobrar la pieza. Se metió en el matorral quebrando los bejucos resecos que se le oponían, y de pronto sintió que pisaba sobre algo vivo, blando y friolento.

En un salto instintivo se puso a distancia.

Una descomunal serpiente de agua, gorda y embarrada, se extendía casi recta a sus pies. Y ahora se movía ciertamente y levantaba la cabeza con oscilación no exenta de gracia. Sin pensarlo, el cazador apuntó y disparó. La cabeza de la serpiente golpeó el suelo con violencia y el resto del cuerpo quedó inmóvil. Ni siquiera una convulsión movió la gran masa.

Entonces el cazador dio un puntapié cauteloso al cuerpo inerte. Sí, indudablemente la serpiente estaba muerta. En la pequeña cabeza sanguinolenta y desfigurada brotaban dos ojitos enrevesados entre pedazos de sesos.

En su entusiasmo el cazador olvidó el pato y se echó al hombro la cola de la serpiente. Comenzó a arrastrarla con algún esfuerzo. Acezando un poco llegó donde estaba el indio. El indio se incorporó cuando vio acercarse al cazador y a su llegada bajó los ojos y guardó silencio. El cazador dejó caer con desaliento el pesado cadáver y comenzó a limpiarse el barro de las manos. Después sacó del morral algo que comer y dio un poco al indio. El indio, en cuclillas, silencioso, apenas probó bocado y guardó el resto en un atadito.

Ya las moscas zumbaban con avidez sobre la cabeza de la serpiente. En el aire caliente circulaban vaharadas hediondas.

Poco después los dos hombres regresaban. Regresaban por el rumbo de los umbríos árboles. De nuevo los arropaba el aire verde y húmedo, el zumbido soledoso del bosque. El cazador encendió un cigarrillo. Comenzó a sentir sueño, una especie de modorra friolenta. Por largos espacios estaba atento a recuerdos lejanos. Después, insensiblemente, regresaba a la circunstancia presente. Entonces veía el bosque como algo fuera de su alcance, una cosa de inesperada nitidez. Oía otra vez el paso del indio, rítmico, incansable. Había olvidado el incidente de la serpiente. Voluntariamente había depuesto la actitud de caza. Marchaba con pasos sueltos, confiados, la escopeta colgada del hombro derecho. Era un hombre que regresaba.

Pero de repente el guía se detuvo. Pareció haber visto algo entre los árboles. Dio unos pequeños saltos hacia adelante y, corriendo casi, hacía señas al cazador para que lo siguiera. El cazador logró aprontar la escopeta y corrió detrás del indio. Trataba de ver lo que éste le señalaba. Corría atolondradamente como un pesado muchacho, llevándose por delante

las malezas que le cerraban el paso. Y de súbito no encontró piso, se le doblaron las rodillas, dejó caer la escopeta y se fue de bruces en un pantano que ocultaban las hierbas.

El indio había dado un rodeo y se acercaba al pantano. El cazador lo vio venir, vio que se acercaba lentamente. ¿Por qué no corría a socorrerle? ¿Por qué no se movía aquel indio del demonio? Ah, pero sí venía. Ahora desenvainaba el machete. Seguramente iba a cortar una rama. Pero no. Se aproximaba más. En la mirada traía un designio inexplicable. Y el arma le relumbraba en la mano oscura.

El cazador se sintió tenso como un duro nudo de instinto. La vida le saltó como un resorte poderoso. Se estiró bruscamente sobre el pantano. De un manotazo agarró la culata de la escopeta que allí se había enterrado. Con otro movimiento rápido esquivó el machetazo que le tiró el indio. De inmediato el indio le lanzó otro machetazo. Pero el cazador, que se había retirado un poco hacia adentro del pantano, levantó la escopeta con una sola mano, apuntó temblorosamente y disparó a boca de jarro. El indio se dobló en el borde. Soltó el machete. Con un quejido hundió la cabeza en el pecho y se fue de boca en el barro. El cazador se sintió aliviado. Pero pronto se dio cuenta de que ahora estaba más hundido en el pantano. Sentía la materia blanda, babosa y fría que se lo chupaba. Sentía en los pies, en las pantorrillas y en los muslos la presión dura, oscura, sobrehumana del pantano. Con violentos esfuerzos logró estirarse boca abajo sobre la masa gris. Ahora estaba en posición de nado y queriendo avanzar batía el fango con torpes y ruidosas brazadas. Pero no avanzaba. Sólo conseguía producir un ruido fofo y grotesco. Pensó en un instante que quizá no saldría de allí. Quizá aquel era el sitio y aquella la hora de su muerte. Sería algo horrible sentirse tragado lentamente por aquellos labios gordos y babosos del pantano. Sentía la fuerza oscura que lo halaba hacia abajo como un gran peso. Sudó frío. Tenía el barro en la boca, en las ventanas de la nariz. Era un barro hediondo que mareaba.

Frente a él vio el cadáver del indio, jorobado sobre el pantano. El cadáver le sugirió un vago puente. De nuevo se estiró bruscamente. Dio dos manotazos. Pero no lo alcanzaba. Se estiró otra vez, brusco. Dio otro manotazo, y otro. Agarró la melena del indio. Tuvo entre los dedos embarrados la sensación grasienta del pelo. Sintió en la palma de la mano la curva del cráneo todavía caliente. Cuidadosamente, con fuerza sostenida, atrajo la cabeza del indio. La cabeza despedía un olor molesto de aceite rancio. Mordió la cabellera del indio y con un manotón echó garras del lomo. Otro impulso hacia delante y estaba sobre la espalda del indio. Ahora sentía que la cabeza del indio, oscuramente enterrada, le hacía presión sobre el pecho. Las manos se le mojaron en algo tibio. Era la sangre del indio.

El cazador se arrastró todavía más, un poco más. Pasó la nariz y la boca sobre el taparrabo y las nalgas del indio y esto le pareció ridículo aun en el trance. Ahora rozaba con los labios los muslos duros del cadáver. Ya podía oler la tierra seca, los tiernos tallos de las hierbas de la orilla. Pero el pantano le había colgado un peso gigantesco en los pies, lo halaba por las botas con una fuerza profunda, sobrehumana. Con gran esfuerzo logró avanzar un poco más. Jadeando pasó los labios sobre las pantorrillas durísimas. En los dientes tenía arenisca del cieno. Ahora llegaba a los pies. Eran grandes masas sólidas y frías, cubiertas por un áspero cuero córneo. Durante un rato se quedó acezando sobre los pies. Dio otro manotazo, se impulsó hacia adelante y se encontró mordiendo casi las hierbas de la orilla. Por allí saltaban unas arañitas de agua. Era bueno contemplar el salto de las arañitas, tan liviano y rápido. A todo lo largo de su cuerpo sintió la presencia del cadáver del indio. Todavía tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para arrastrarse sobre el borde. Ahora tenía la cara llena del olor áspero de la hierba, de la picazón y el frescor de la hierba. El corazón le retumbaba sobre el suelo duro y húmedo. Hundió las manos en la tierra. Sintió en las uñas la tranquilizadora sensación de la tierra desmoronándose entre sus dedos. Extenuado entrecerró los ojos. El mundo era de cristal verde

y estaba sumergido y quieto y silencioso en un agua de luz de oro. Por el tallo de una hierba subía despacio un escarabajo.

III

El cazador se levantó y se halló solo. Y entonces como un gran animal cansado se arrojó pesadamente hacia la claridad que había en el fondo del bosque.

Cuando salió a la llanura era noche. Había un poco de brisa. Y el cazador se tocó las ropas y sintió que estaba cubierto de costras grises y que todo su cuerpo despedía un olor fétido. Columbró el resplandor de unas fogatas. Con decisión caminó hacia adelante.

Ahora oía distintamente el ruido de tambores. Podía ver varias fogatas en cuya luz rojiza vivían las blancuzcas ruinas.

Se acercó sin ser visto.

Un grupo de indios hacía semicírculo en torno a un tosco monolito. Los indios vestían de blanco y estaban agachados y con las piernas cruzadas en equis. Frente a una fila numerosa de hombres y mujeres que hacían coro, había una fila más corta de indios que activamente golpeaban unos tambores rudimentarios de variada forma y tamaño.

Los tambores producían en las templadas pieles un ruido monótono, que hacía fondo a los lamentos del que oficiaba de sacerdote. Este indio, que llevaba una larga túnica blanca, alzaba los brazos con gran dignidad y se doblaba reverentemente ante un altarete. Luego echaba pedacitos de resina a un brasero. Unas columnitas de humo, activas y ansiosas, se levantaban cada vez que el sacerdote lanzaba al brasero un pedacito de la resina que esparcía un olor más bien agradable. Entonces se elevaba el coro de voces en un ronco gemido. Toda la noche vivía en el punto iluminado donde se efectuaba el rito. El cazador se acercó un poco más. Ya estaba a la espalda de la última hilera de indios.

Quedó oculto a la oscuridad. Los indios estaban extasiados en la contemplación del sacerdote, fascinados por el prestigio de sus gestos y por la presencia serena de la gran piedra que daba centro a toda la figura. Entonces el cazador pasó la vista sobre las cabezas lustrosas. Vio al sacerdote que de nuevo alzaba los brazos y se inclinaba. Siguió el humo que subía en delgadas espirales, se retorcía en misteriosas volutas y después se deshacía temblorosamente. Sus ojos llegaron arriba a la base de la gran piedra. El tumbo de los tambores le aporreaba los oídos, le latía en las sienes. El frenesí que ahora alcanzaba la música y el olor del humo le produjeron náuseas. Miró la base de la gran piedra. Podía percibir dos líneas de jeroglíficos enmarcados en un doble friso de grecas zigzagueantes. Por momentos el humo casi ocultaba la piedra. Miró fijamente. Y entonces logró ver, borrosamente detrás de la humareda, la efigie de una gran serpiente que lo miraba penetrantemente con un ojo iracundo y desproporcionado desde el resplandor de fuego que asaltaba la piedra.

Llueve sobre el mar

Por la calle del caserío —larga calle caliente y llena de polvo— camina a trancos un negro fornido, alto.

De alguna parte sale arrastrándose el grito campechano:

—¡Negro José Kalasán, cará!

Así lo saludaban siempre los amigos.

El negro prosigue, balanceando el cuerpo como un mástil. La cabeza redonda, cubierta de pelo lanoso y pasudo, bien asentada sobre un cuello robusto, voltea a uno y otro lado según sea de donde venga el saludo.

Y para cada uno tiene el negro José Kalasán su risa blanca, ancha, generosa.

—¡Epa, negro Kalasán! ¡Para dónde vas tan apurao!

El negro torna a voltear. Los ojos le brillan alegres. Los labios gruesos y violáceos se estiran, se despegan. Y sale la risa otra vez. Los dientes blanquísimos de José Kalasán —como pedacitos de pulpa de coco— destacan firmes sobre el rostro oscuro.

El saludo llegó de la pulpería y hacia ella va el negro, riendo todavía.

—Gua, vale, ¿y esde cuándo ta usté por aquí?

—Desde hace un rato, mi negro —responde el otro.

El otro (caraqueño esmirriado, cetrino, mirada inteligente, sombrerito de fieltro echado hacia atrás) de vez en cuando se presentaba por el caserío. Nadie sabía a qué iba allí. Pero como era bromista y zalamero, todos los toleraban. Y si alguno —alguna vez—, no pudiendo contener la curiosidad, le preguntase:

—Bueno, caraqueño, no se caliente y dígame una cosa. ¿Usté en qué se ocupa por aquí?

Él respondía sin titubear, evadiendo la respuesta:

—¿La mujer de quién?

—No juegue, caraqueño —lamentábase el burlado— ¡Usté siempre mamándonos el gallo!

Y todos coreaban riendo:

—¡Ah, caraqueño tigre, caray!

Ahora está, sonreído, misterioso, frente al negro José Kalasán, dándole palmadas sobre los brazos robustos.

—No se echa un palito conmigo, ¿ah, negro?

—Caray, mi hermano, ta muy temprano pa eso. Pero viniendo de usté, ¡venga el palito!

—Así me gusta, ¡no ve! ¡Ah, negro, caray! Siempre dispuesto. ¿Verdá, negro?

—Gua, yo soy voluntario y usté lo sabe...

Y el caraqueño, haciendo una transición:

—Oye, negro, ¿y cuándo ponemos otro sancocho como aquel? ¿Te acuerdas, negro?

—¡Y pa no!

—Palo e bicha tenía usté esa noche, negro. ¡Pero así es como se pone usté bueno!

Sobre el mostrador, cubierto con una plancha de zinc, rugosa de huequitos y abolladuras, están los dos vasitos de vidrio grueso, llenos de aguardiente.

El caraqueño toma uno y lo ofrece al negro.

José Kalasán bebe el contenido en un trago. Igual gesto hace el caraqueño. El líquido meloso pasa suave por la garganta, dejando un rastro caliente. Rebrillan los ojos del negro. Entreabre los labios anchos, húmedos, y deja ver su risa blanca, llena de satisfacción.

El caraqueño, bajando la voz y poniéndose confidencial, le pregunta:

—Bueno, negro, ¿y qué hubo de la negrita aquella que estabas bregando en el sancocho?

Y el negro, remedando al preguntón:

—¡Gua, a mí me pueden registrá!

—¡Ya veo que me estás cogiendo los tiritos! —exclama el caraqueño—. ¡Ah, negro bandido éste, caray! De perinola que te la pegaste. ¡Si esa negrita estaba así por usté!

Y hace con los dedos de la mano derecha un gesto significativo. El negro mira los dedos del caraqueño con los ojos brillantes, y de nuevo abre su risota blanca y guapa.

—¿Otro palito, negro?

—Bueno...

En la pulpería hay sombra fresca, acogedora. Afuera, el sol refulge y quema. Cae a plomo sobre la calle polvorienta del caserío. Se derrite sobre el mar. El mar se agita, sudando brillos. Encandila, hace doler los ojos. Adentro en la pulpería, hay fresca, sabrosa sombra.

—¡Otro palito, mi negro!

—¡Échele!

II

En una ensenada mansa de la costa había nacido el poblacho. Los hombres fueron llegando y levantaron sus ranchos donde mejor les pareció. Los unos junto al mar, porque eran pescadores. Los otros se fueron aproximando a la montaña para estar cerca de las haciendas de cacao donde trabajaban. Y los que vivían de los pescadores y los peones los alzaron en el medio. Eran los más grandes. Así, el de la pulpería, el de la Comisaría, el del turco de la tienda y otros más.

El tiempo formó dos hileras de ranchos. En el medio de las dos hileras quedó una larga franja de tierra caliente. Era la calle. La calle nacía, allá arriba, en la entrada de una gran hacienda de cacao y venía a morir aquí abajo, a la orilla del mar.

El embarcadero era en un remanso. A treinta, quizás cincuenta metros de la orilla, había una barrera de arrecifes que en la bajamar asomaba su áspera cresta. En la pleamar ya no podía verse. La barrera de arrecifes separa el remanso del otro mar, bravo, azul, que se ve allá lejos. Por el ancho camino del mar pasan los veleros serenos, raudos, escorados, según esté el viento. Pasan también —sobre el filo del horizonte— los grandes transatlánticos indiferentes tiznando el cielo con su pincel de humo, dejando sobre las olas hondas una estela de espumas trituradas.

Hacia la derecha, el cerro ríspido, pedregoso, cae de bruces sobre el mar. Desde el embarcadero puede verse el caminito calcinado que se escurre por entre rocas y cardones, como con miedo a pincharse. El caminito une al puerto de los pescadores con el puerto oficial que está a menos de una legua.

Allá hay un muelle grande, unas cuantas casas y un cuartel.

Aquí, en la orilla mansa del agua, crecen mangles y cocoteros. Mangles verdinegros, desmayados, quietos. Altos, rumorosos cocoteros. Agi-

tando en el viento recio y salitroso sus penachos rebeldes. Así parecen jóvenes caciques indios.

Pero eso fue hace ya mucho tiempo.

III

Un rancho largo, bien encalado, con dos puertas irregulares. Sobre la pared estas palabras: "Las Brisas". Era la pulpería de Monchito.

De día casi nadie iba a la pulpería. Pero de noche era muy visitada. Sin embargo, casi todos eran los peones de las haciendas cercanas. Escaseaban los pescadores. Éstos, por lo general, tenían algo en que pensar o algo que hacer (el golpe que llevó el bote hoy contra las rocas; el anzuelo que trozó la picúa; el cordel que se enredó). Los otros hombres, los peones, ésos sólo querían olvidar. Inclinado sobre el mostrador, Monchito —mestizo soturno y gruñón— atendía a los contertulios y a ratos mezclábase en su charla.

Los hombres eran mestizos taciturnos y reticentes, mulatos jactanciosos, negros dolorosamente alegres. Del techo de la pulpería pendía una gran lámpara de kerosene que esparcía su luz dura y brillante —unas veces amarilla, otras azul— por todo el local. La luz bañaba los rostros cansados, los rostros alegres, los rostros severos. Un extraño livor los pintaba, cubriéndolos de misterio y de fatalidad.

Más allá de la zona iluminada adivinábanse sumidos en la penumbra rollos de mecate en forma de ocho, alpargatas, potes, machetes.

La luz de la pulpería de Monchito es la última que se apaga en el caserío. Cuando ya la noche es grande y densa todavía se ve en la puerta un grueso chorro de luz. Es muy potente la lámpara de Monchito. Su luz puede verse desde lejos, desde el mar. Así decían los pescadores. Debía, pues, ser verdad.

A un lado un grupo abigarrado charlaba entre risotadas ásperas. A otro, jugaban al dominó. Y más allá, más metido en la penumbra, un hombrecito magro, solitario, punteaba un cuatro. En medio del bullicio de

la pequeña sala, por entre las carcajadas y el seco golpe de las piedras de dominó sobre la mesa, podía percibirse claro, distinto, el sonido menudo del cuatro. Todo el ruido del recinto se filtraba a través de aquel hombrecito oscuro y salía destilado en pequeñas, finas gotas sonoras. Y las notas salían de la pulpería —igual que la luz de la lámpara grande—, se iban con la brisa que retornaba de la tierra adentro y podían oírse, también, desde el mar.

Caían dos, tres, cuatro horas. Y cuando el silencio era macizo en el caserío, Monchito gritaba palmeteando:

—Bueno, pues, ¡vámonos todo el mundo que voy a cerrar! ¡Vamos a ver cuándo pagan!

—Bueno, el sábado, seguro —respondía uno por todos.

Y desfilaban los hombres oscuros, como sombras.

Ya en la calle empezaban a sumirse en la noche. Entonces, ya los hombres se habían ido, cuando ya Monchito había apagado su lámpara, se oía imponente la eterna voz del mar. Arriba, en el cielo, muy arriba, las estrellas. Abajo, el caserío brotaba en la oscuridad, rebrillaba en la noche como una enorme risa de negro. Detrás la montaña negra, más negra que la noche, llena de extraños ruidos. Y envolviéndolo todo, dominándolo todo con su ronco rumor, el mar.

IV

Otro rancho, un tanto más vertical, menos destartalado que los otros, con un zócalo azul añil y remiendos donde los demás mostraban agujeros y grietas, era la Comisaría. Arriba, sobre la puerta, aleteaba una desteñida bandera venezolana. Las puntas de la bandera eran jirones, como si la hubiese azotado una tempestad.

Era gente apacible la del caserío y el Comisario poco tenía que hacer. Este no era uno de aquellos terribles, de grandes bigotes, machete y revól-

ver al cinto. No; este Comisario era un hombre aindiado, sin relieves, un poco tímido, amigo de todo el mundo. El revólver que le habían entregado por gracia de su cargo nunca precisó usarlo en los cinco años de su residencia allí y a veces hasta se le olvidaba sacarlo a la calle, tan inútil le era.

El Comisario tenía una hija, Nieves: una trigueña de carnes recias, robustas caderas y un raro color soñoliento en las piernas. Miraba de un modo inquietante, misterioso. Debía oler a cama revuelta, tibia.

Nadie en el pueblo sabía qué hacía la niña Nieves, además de acompañar y atender a su padre. Casi nunca salía de la casa. Algunas veces, a mediodía, cuando más sola estaba la calle, se la veía caminar con un paño de mano sobre la cabeza. La brisa le pegaba el vestido al cuerpo potente. Entonces, los hombres que estuvieran en la pulpería se asomaban a la puerta para verla.

La niña Nieves pasaba pisando fuertemente, con un despreocupado taconeo y su paño de mano sobre la cabeza. Los hombres le miraban las piernas desnudas, con un extraño color sueño y decían:

—¡Qué hembra, mi hermano!

—¡Quién pudiera!

—¡Qué va, negro, ésa no es pa' nosotros!

Era la conclusión de siempre.

V

En la hacienda de cacao vecina al caserío trabajaban treinta, cuarenta, hasta cincuenta hombres.

El cacaotal es soledoso, lleno de fresca humedad. La humedad —olorosa a caracol, a escondido musgo— enfría la piel y es buena para que vivan el cacao y los mosquitos. El sol resbala por entre los bucares y guamos altísimos y forma pequeños trocitos de luz sobre la tierra tapizada de hojas.

A veces el sol se oculta detrás de una nube. Entonces es casi noche en el cacaotal. El follaje parece compactarse. Los cacaos parece se pegaran unos a otros y se hicieran más bajos. Entonces se hace un silencio grave, un silencio profundo, un silencio inquietante. Puede oírse el vuelo de un insecto, la caída de una hoja.

Los hombres salen al cuaimeo: limpiar de monte el pie de los árboles. Van curvados. Algunos llevan los torsos desnudos. Otros usan franelas. Desteñidas franelas a rayas. Sucias franelas blancas.

El garabato agarra el monte y desnuda el débil tallo de las hierbas. Entonces pasa el machete a ras de tierra.

—¡Juaj! ¡Juaj!

Los hombres siguen avanzando por entre el cacaotal. Los torsos desnudos brillan. Los otros se presienten a través de las franelas sudadas. El machete sigue pasando, veloz, a ras de tierra.

—¡Juaj! ¡Juaj!

El zancudo sanguinario se para sobre las espaldas duras. O sobre el cogote. Se queda quieto un instante como si estuviera pensando. Luego, con el pico busca el poro sobre la piel. Entonces se va a fondo. Planta su taladro y empieza a chupar. El hombre, distraído, sigue manejando el machete.

—¡Juaj! ¡Juaj!

El zancudo se va hinchando poco a poco. El abdomen le va creciendo, llenándose de sangre. Cuando está harto saca el aguijón y se va volando pesadamente. Parece como si ya fuera a desprenderse, ahíto, borracho de sangre.

Pasan algunos días y puede venir la fiebre. Entonces el hombre curvado dentro del chinchorro, tiembla y delira.

Otras veces el hombre siente el pinchazo y de un manotón instintivo aplasta el mosquito. El hombre, entonces, maldice en voz baja y sonríe.

Otra cosa son las culebras. Casi siempre es la cuaima terciopelo. Otras veces es la coral o la macaurel.

El hombre mete el garabato para desnudar las hierbas y alcanza a ver la culebra que huye o que se enrosca para morder. El hombre voltea a todos lados buscando un bejuco.

El hombre piensa: no se debe matar culebra con palo. Con machete tampoco. Si se separa la cabeza del cuerpo, la cabeza sale disparada, volando, y puede alcanzar a alguno. Entonces el hombre muere con la cabeza podrida prendida al cuerpo.

Otras veces se clava la cabeza en el tronco de un árbol. El árbol, entonces, se seca.

El hombre corta un bejuco y le cae a bejucazos a la culebra. El bejuco pasa silbando por el aire:

—¡Juij! ¡Juij!

La culebra hace bruscas contorsiones. Lanza mordiscos desesperados. El bejuco sigue cayendo recio, inclemente.

—¡Juij! ¡Juij!

Las contorsiones se hacen más lentas. Ahora son voluptuosas. La culebra se mueve como una mujer. La culebra agoniza. Ya muerta, todavía distiende los anillos con extraño, misterioso movimiento. Entonces el hombre coge un palito, engarza la culebra y la tira a un lado. El hombre se estira, alto, vencedor. Piensa en la culebra un instante y se vuelve a curvar.

Tibio sol chorrea por entre los árboles. El silencio es grave, el silencio es profundo, el silencio es inquietante.

VI

El negro Kalasán también avanza con la cuadrilla. La espalda ancha y musculosa se cubre de sudor. Brilla la piel cuando la toca la luz que se

mete entre los árboles. Brilla el machete como la piel. La izquierda empuña el garabato. La derecha maneja el machete con ritmo acompasado.

El negro suda y piensa. Piensa que es duro el trabajo y que después no habrá sino para el vasito de ron malo. No hay ni siquiera para una buena mujer. ¿Y la niña Nieves? Qué va, ésa no puede ser para él. "Qué va, negro, quítate eso de la cabeza". Así le dicen los amigos cuando él la mira pasar con su paño sobre la cabeza. Con su andar pendenciero y su extraño color soñoliento en las piernas.

"Qué va, negro, quítate eso de la cabeza". Era la conclusión de siempre.

Las palabras vibran, laten en su cerebro. Caen lentas como gotas en su sangre. Le corren por el cuerpo todo. El cuerpo bañado en sudor. La mano aprieta con fuerza el machete. Los antebrazos se hinchan. Las venas se llenan de sangre, levantan la piel. Los golpes caen recios, acompasados, tajando el silencio del cacaotal.

—¡Juaj! ¡Juaj!

El negro sigue avanzando. El monte primero es una masa de troncos rugosos, de hojas y mazorcas rojas, violáceas, amarillas. Poco a poco se va esfumando. El negro suda y piensa. Ya no ve por dónde pisa. Avanza, avanza.

Súbitamente, un agudo dolor. Alto, como un grito de la carne. Dolor afilado y caliente que le muerde, taladra, quema la carne, y le sube por las venas. Y un rabo aterciopelado que huye por entre la hojarasca, se pierde sin ruidos, desaparece.

—¡Maldita bicha!

El negro suelta el machete y se agarra fuertemente la pierna con ambas manos.

Las palabras volaron a través del cacaotal. Los otros hombres vinieron a asistir al negro José Kalasán.

Ya los ojos se nublan. Ya la pierna comienza a hincharse. El dolor es agudo, tremendo. Muerde, abrasa. La carne gime y se retuerce. El negro se estira y tiembla. Se muerde los labios violáceos.

—¡Maldita bicha!

La saliva espesa sale en burbujas lentas por el canto de los labios apretados.

—¡Maldita bicha!

Entonces uno de los hombres dijo:

—Vamos a llamar a Simangal...

Simangal: el nombre raro, misterioso, enciende un fuego reverente en la mirada de los hombres rudos.

Simangal: el brujo, el curandero. El nombre que nadie pronuncia, pero que ninguno olvida.

Simangal: único recurso en los momentos de trance, cuando los hombres se mueren y hay que salvarlos.

No es natural del pueblito. Llegó un día cualquiera y levantó un rancho. ¿Cuándo? ¿Con quién? Nadie lo sabe.

Simangal tiene la edad del tiempo. Los más viejos del caserío, cuando niños, habían aprendido a respetar a Simangal.

El rancho del brujo es como cualquier otro. La única diferencia es que tiene la puerta siempre cerrada.

Alguna mujer caritativa del pueblo le lleva comida de vez en cuando. ¿Cómo es? ¿Qué aspecto tiene? Nadie lo recuerda. Hace años no sale de su rancho. Primero practicaba las curas y los ensalmos personalmente. Después, cuando pasaron muchos años, no volvió a salir más. Ahora envía su sombrero andrajoso y mugriento para que lo pongan sobre la herida. El sombrero es como una prolongación de él mismo. Mientras está sobre la herida, él —allá en la fosca penumbra de su rancho— alar-

ga sus manos huesudas, entorna los hondos, extraños ojos y reza sus secretas oraciones.

Por eso los hombres dicen:

—Vamos a llamar a Simangal...

El que lo dijo esta vez partió presuroso por entre los árboles, hacia el pueblo.

Los otros hombres llevaron a José Kalasán en peso hasta su rancho y allí aguardaron. Pasaron diez, veinte minutos.

Los hombres rodeaban al negro José Kalasán en la semioscuridad del rancho. La pierna estirada del negro aparecía levemente hinchada. La piel estaba febril. Entonces apareció en la boca del rancho el que había ido en busca de Simangal. Todos voltearon hacia él. Preguntaban con los ojos.

El hombre permaneció silencioso y miraba extrañamente al negro Kalasán.

—¿Qué hubo? —inquirió roncamente uno de los hombres—. ¿Y Simangal?

Todavía se arrastraron unos instantes de angustioso silencio. La tensión se estiraba. Ya iba a reventar. Entonces el hombre habló:

—Simangal dice que no tiene que venir.

Cayeron despaciosos otros segundos. El hombre continuó:

—Simangal dice que al negro José Kalasán no le hace nada la culebra. Simangal dice que él sabe...

Las palabras brotaron lentas de los labios del hombre. Quedaron flotando en la penumbra del rancho. Fueron trepando por la sangre de los hombres. Chocaron, rebotaron y después se quedaron fijas, vibrando en el interior.

“Simangal dice que al negro Kalasán no le hace nada la culebra. Simangal dice que él sabe...”.

Nadie habló más. Los hombres se quedaron confundidos, pensando.

VII

"Simangal dice..."

La noticia se metió en todos los ranchos del caserío. Entraba pronto en el alma de las mujeres humildes y supersticiosas. Invadía lenta el pensamiento de los hombres, y allí se quedaba girando, misteriosa.

"Simangal dice...".

VIII

El negro José Kalasán sanó a los pocos días. Volvió al trabajo. Pero ahora ya no tenía su risa ancha, blanca, siempre en los labios. Él mismo no se comprendía ya.

Parecíale como si él, el negro José Kalasán, había muerto y ahora era otro distinto. Ya le costaba abrir los labios gruesos y hacer sonar su risa guapa y bulliciosa. Y cuando hablaba, las palabras eran otras y sonaban raro.

Los hombres observaban al negro y decían:

—¡El negro Kalasán está cambiao!

—¿Estará embrujao?

A veces, en el cacaotal, mientras él estaba inclinado cortando monte, los otros dejaban de trabajar y se lo quedaban mirando intrigados.

—Aguáitelo, hermano, aguáitelo. ¡Parece que va dormido!

IX

"A mí no me hace nada la culebra. La culebra que pica y mata. Simangal lo dijo. ¡Yo soy el negro José Kalasán!".

Las palabras resuenan en su cerebro. Se le meten en la sangre y él siente que la sangre acelera su marcha, que las venas se le hinchan y le brotan bajo la piel.

Hace un calor sofocante aún bajo los bucares en el cacaotal. El calor se tiñe de humedad y se hace espeso. Casi puede tocarse con las manos.

Los hombres avanzan curvados. Los machetes resuenan.

—¡Juaj! ¡Juaj!

El negro Kalasán agarra el monte con el garabato y descarga recios machetazos.

—¡Juaj! ¡Juaj!

“Soy un negro caliente y la culebra que pica y mata no me hace ná. Simangal lo dice y es verdá”.

El negro suda. Por debajo del pantalón grueso y burdo, él siente las piernas musculosas, recias, rezumando caliente sudor. El sudor le hace cosquillas en las piernas, en los muslos potentes.

El calor cae sobre los hombres curvados.

El pensamiento vuela hasta el caserío. Sabrosa que está la niña Nieves. Sabrosa y dura. Con sus piernas gordas y amarillas. Con su extraño color soñoliento sobre la piel. Sabrosa cuando ella pasa con su paño sobre la cabeza, a mediodía, cuando el sol está caliente, sabroso. “Quítate eso de la cabeza, negro”. Así decían siempre. Qué va, él es el negro José Kalasán. Si lo pica la culebra no lo mata. ¡Simangal lo dice y es verdá!

X

Noche grande, inmensa sobre el caserío. Arriba, muy arriba, la luna amarilla, redonda, brillando. La luna pinta las cosas con extrañas tonalidades. Cae sobre el mar y el mar brilla y suena de un modo distinto. Saca filos a las hojas de los cocoteros que relucen como cuchillos. Chorrea la luz friolenta sobre los ranchos destartalados y los ranchos brillan, parecen más blancos que de día. Clara, clara se ve la calle. Larga, desde el monte

hasta el mar. Las dos hileras de ranchos blanquean; refulgen en la noche como una inmensa risa de negro.

En la playa los pescadores conversan. Los pescadores hablan tranquilos y miran el mar.

Es raro. Hay luna y parece que va a llover. Nubes hinchadas, oscuras, van por el aire devorando estrellas. Amenazan ocultar la luna. La luna, redonda, amarilla, resbala por el cielo y nunca acaba de caer. La brisa húmeda, potente, llena de olores removidos, silba ronca sobre el mundo. Es raro: hay luna y parece que va a llover.

Las nubes negras, como humo de incendio, pasan raudas. La luna —inquieto color de sueño— resbala por el cielo y nunca acaba de caer. Abajo, en la playa, los pescadores han dejado de hablar. Ahora miran fijamente el mar. El mar gruñe como un borracho y escupe espuma contra las rocas. Después chupa la arena que suena con áspero, hondo ruido.

Desde el fondo remoto de la noche y del mar vienen truenos sonoros, inquietantes.

Allá lejos se estremece el cielo agrietado de relámpagos.

XI

Adentro, en la pulpería de Monchito, los hombres beben. El negro José Kalasán juega dominó en una mesa y toma precipitadamente vaso tras vaso de aguardiente.

—Te vas a rascá, negro...

El negro sigue bebiendo. Por la puerta de la pulpería sale un raudal de luz. Desde adentro puede verse un pedazo de calle. Es una mancha ocre. La mancha ocre de la calle se llena primero de puntos oscuros. Se va poniendo más y más oscura.

Alguien dijo:

— ¡Viene el agua!

Comienza a llover. Sobre el ambiente tibio y sabroso de la pulpería se oye caer el agua. La lluvia hace como si mascara la paja del techo.

Arrecia la lluvia. Las gotas se sienten ahora más gruesas, como piedras. Suena fuertemente el agua. Avanza, cerca los ranchos. A veces viene una racha de viento del mar y el ruido se hace ensordecedor. El rancho de la pulpería tiene ahora una enorme importancia. Parece como si afuera no hubiese sino lluvia. De la calle llega un olor sofocante de polvo mojado.

José Kalasán bebe otro vaso de aguardiente.

—¡Buena noche cogió usté pa' rascarse!

—Sí, buena noche.

Las palabras hacen eco en su interior y le regresan profundas, redondas, como dichas por otra persona.

El negro se pasa la mano por la cara como si quisiera quitarse algo que le molesta. Siente gruesa, enorme la nariz. La respiración se hace difícil, sonora.

Del abismo de su vida le vienen trepando torvos pensamientos. Las voces se han hecho sordas en el interior de la pulpería. Afuera, suena recia, compacta la lluvia. El negro echa la silla hacia atrás buscando una posición más cómoda. Siente sobre sus espaldas algo que lo empuja a levantarse, a irse no sabe adónde. Son unas largas manos huesudas, con grandes uñas encorvadas, amarillas.

La lluvia ha levantado un vaho caliente que invade la pulpería.

—Monchito, mi hermano, ¡écheme otro!

La voz del negro es áspera, gruesa.

XII

Cuando se sintió bien borracho salió de la pulpería.

La calle, antes dura y polvorienta, era ahora un fangal oscuro, resbaloso. En el turbio espejo de algún charco podía verse deformada la cara de la luna resbalando en el cielo, abandonadamente.

El negro Kalasán avanzó. Los pies se le hundían con torpeza en el fango baboso. El viento pasaba ululando sobre el caserío. Allá lejos, el mar, como un insomne monstruo contenido, quejándose.

Ahora siente otra vez las flacas manos huesudas que lo empujan. Las largas uñas encorvadas, amarillas.

Cuando llegó a la Comisaría empujó violentamente la puerta.

El negro caminó en el interior como un torpe animal. Se balanceaba, apoyándose en las paredes para no caer. El Comisario saltó de la cama. Todavía en la penumbra del sueño cogió el revólver y gritó al negro. El negro avanzó hacia él, siniestramente.

El Comisario disparó dos, tres, cinco veces.

En la oscuridad sonaron los golpecitos como pequeños chispazos alumbrando el silencio.

Entonces el negro tumbó al Comisario en un rincón.

La niña Nieves, allá en el cuarto, lanzó un grito.

El negro caminó guiado por su instinto. Apareció inmenso en el umbral como una alta sombra arrancada a la noche. En el interior dio lentos, pesados pasos. Los brazos extendidos buscaban el cuerpo de la hembra entre las sombras.

El tiempo hizo un poco de luz en la habitación.

En la penumbra la cama extendía su amplitud lechosa. La mujer temblaba inmóvil, pegada a la pared. El negro avanzó todavía más.

—¿Dónde tas tú, mi vida?

Un grito delató su presencia. El negro ahogó en un lento, interminable beso los otros gritos que luchaban por salir.

Afuera en el patio el viento mecía las ramas de los árboles. Las hojas cabeceaban golpeadas por las gruesas gotas.

Bajo la noche —sobre el mar— la lluvia batía en el viento sus metales.

XIII

El Comisario corrió hacia el puerto. Tramontó atropelladamente el cerro ríspido chocando contra las rocas, hiriéndose con las espinas de los cardones.

Allá explicó, jadeante, demudado, lo que ocurría.

—Un negro embrujado, un negro borracho, loco. Le disparé cinco tiros y ninguno salió. A ese negro no lo mata nada. Así lo dijo el brujo. ¡Es verdad, capitán, es verdad! Le digo, ¡cinco tiros y ninguno salió!

El militar echó una mirada entre burlona e incrédula sobre el hombrecito tembloroso y mojado.

Respondió secamente, ordenando:

—¡Vamos a ver!

Cuando llegaron ya el negro había huido.

La niña Nieves, entre sollozos, les indicó por dónde. Los hombres armados avanzaron. Atrás venían los otros, los de la pulpería.

Allá lejos —en el fondo de la calle— la luna hizo saltar de la oscuridad la figura del negro.

Sonaron tiros.

—¡Va herido! ¡Va herido! —gritó alguno.

La silueta se perdía a ratos en la noche, protegida por la sombra y la

lluvia cenicienta. Después aparecía más adelante.

Continuó la persecución unos instantes. Otros tiros atravesaron la noche.

Frente a un rancho desvencijado encontraron al negro muerto. Tenía la cara casi hundida en el barro. Gotas de agua enlunada que se enredaban en la greña lanosa comunicaban a la cabeza un raro brillo.

La lluvia —ya menuda— caía sin ruidos sobre el cuerpo todavía redondo de vida.

Los soldados miraron el cadáver con sus impasibles miradas de soldados.

Entonces uno de los hombres que venían atrás alzó la vista y, mirando el rancho con ojos sorprendidos, dejó caer estas palabras:

—Tenía que morir aquí. Frente a este rancho.

Bajo la noche —sobre el mar—la luz de la luna bajaba al sesgo en la lluvia blanca.

Hechizo

Estaba lejos, muy lejos el ancho camino rumoroso del mar. Los hombres de España se habían metido en los montes empujados por la secular audacia bizarra y poderosa. Era un destacamento español: ochenta soldados sedientos de oro, agitados por la fiebre de conquistar la fantástica ciudad del oro, hundida en la remota leyenda misteriosa.

Penosamente se iban abriendo paso entre la compacta maraña del bosque. Salían sudorosos a un claro del campo, acentuada de espinas la voluntad conquistadora, y acometían como en delirio una nueva lejanía. Andando, andando siempre, buscando siempre más allá del verde y del azul el duro amarillo alucinante.

Repechaban una cuesta, jadeantes, sonando hierros. Las armas a la mano, adivinando la muerte que pudiera esconderse detrás. Bajaban al valle, tomaban un breve descanso, y otra vez la marcha ansiosa hacia la tierra de maravilla que estaba siempre más allá de la última loma.

Caminaban, caminaban. El roce de los días ásperos les hizo precisa, escueta, la figura altanera. Ya sobre el cuerpo quedaban sólo harapos, y al extremo de los brazos la mano sobre el arcabuz o apretada tras el gavilán de la tizona.

Era una dura marcha tensa, inquietante. Al brusco sobresalto de las noches seguía el vasto misterio de los días llenos de luz violenta. Avanzaban, y de pronto el bosque espinaba alaridos. Y detrás de los alaridos venían las flechas, volando. Y en las puntas de las flechas la húmeda muerte venenosa.

Entonces quedaban algunos hombres, muertos, sobre la tierra. En una escaramuza morían tres, en otra de más allá dos o seis. Y así, cada día más reducida la columna que avanzaba.

Amanecía y la mansa luz del alba iluminaba la mueca espantosa, el duro perfil magro de muerte, y en la espalda la flecha —delgada, exacta— clavada al abrigo de la sombra.

Un día la refriega fue ya pelea grande. Los indios cayeron inesperadamente sobre el destacamento español. Era una abigarrada masa oscura, increíblemente móvil, erizada de gritos espantosos. Fue crudo el choque. La gente española, repuesta de la sorpresa, acometió con bríos. Los conquistadores se les iban encima a los asaltantes con los guapos caballos peleadores. Clavaban con regusto furioso las lanzas en los cuerpos desnudos. A tiros de arcabuz, a lanzadas y mandobles recios de tizona los derrotaron. También atropellando con el caballo cuando el indio, ya sin tiempo para tender el arco, huía.

El campo quedó sucio de muertos, y los indios que pudieron escapar se perdieron despavoridos entre los árboles.

Pocas bajas sufrió el destacamento. Los españoles quedaron bajo tierra, con sus improvisadas cruces de palo verde arriba.

Y prosiguieron la temeraria andanza. A poco, traspuesta una arboleda llena de antigua sombra, se les atravesó un río brusco de aguas leonadas. Buscaron el vado y el río quedó atrás rubricando la hazaña.

Cerca encontraron el poblacho de los indios, abandonado, quieto y silencioso bajo el rumor profundo de la selva. Llegaron cautelosos, des-

confiados ya por las muchas sorpresas recibidas. Pero esta vez, nada. Ni una vida que perseguir y derribar y atravesar con la lanza. Resolvió el jefe hacer un alto para reponer las fuerzas y proveerse de bastimento que ya escaseaba en demasía. Después de la tensión de la llegada, el poblacho les fue entregando su silencio y las voces y los gestos se acomodaron a su dimensión salvaje.

Los días eran de ocio para los soldados, y por las noches el corro gárrulo en torno a las fogatas.

Tiempo adelante un soldado vio pastando cerca del pueblo, en la linde del campo, un venado que al ser descubierto lanzó un delgado y potente bufido y se perdió bruscamente en el herbazal.

El soldado regresó y contó lo que había visto.

Formáronse entonces partidas de caza que por haberla abundante daban exitosas batidas en las cercanías. Uno de los cazadores más animosos y afortunados era el soldado Orejón: espíritu simple, despreocupado, valiente sin alardes, metido dentro de un corpachón alto y gordo. Orejón regresaba siempre con alguna pieza apetecible.

Ganada ya la fama los compañeros comenzaban a hacerle encargos:

—¿Traerás hoy liebres, Orejón?

—Pues verás, no. Voy por un venado que ayer se me ha escapado otra vez. Lo he perseguido, pero cuando estoy por darle alcance desaparece como por encanto. Casi estoy por pensar que es un animal hechizado.

—¡Vamos! ¡Tonterías!

—¡Hemos visto tantas cosas extrañas en esta tierra!

Orejón traspuso la arboleda que rodeaba el poblacho y salió a la sabana, sigilosamente. El caballo pisaba paso como si entendiese la intención del jinete. La mirada buida del cazador escudriñaba todos los claros y en cada matorral creía descubrir el venado bellaco.

A veces paraba en seco el caballo y aprestaba el arcabuz. Pero era un fantástico animal que la tensión y la codicia formaban entre las hierbas.

Proseguía paso a paso, metiéndose cada vez más en la sabana. Era ya casi centro inquieto del campo.

De pronto allá estaba la silueta del venado, nítida, esbelta sobre el herbazal. La brisa le llevó el olor del hombre. Paró las orejas, avivó el brillo de los ojos redondos, volvió grupas y se fue en una retozona fuga silenciosa, casi insultante para el cazador.

—¡Maldito!

Orejón soltó un riendazo al caballo. El venado apresuró el paso sintiéndose perseguido y, lejos, casi en el filo de la sabana, se paró e irguió el cuello en actitud desafiadora.

Era imposible así alcanzarlo. Entonces Orejón corrió el venado un poco más, procurando acercarlo a un bosquecillo que aparecía a su izquierda. Luego torció y se entró por él acechando el venado, que parecía tranquilizado al desaparecer la imagen perseguidora.

La idea de alcanzar la presa ocupaba ya todo el pensamiento de Orejón. Desmontó. Deslizándose entre el bosque le salió al venado cerca, por la espalda.

Apuntó.

Cuando el aire se hizo claro otra vez, el venado era una mancha parda sobre el suelo.

Orejón corrió regocijado a constatar su acierto. Allí estaba, tibio y blando de vida sobre la hierba, húmedo el brillo de los ojos quietos. Entonces Orejón tornó por la bestia y amarró el venado a la grupa. Montó y se dispuso a regresar. Columbró lejos una arboleda azulenca y creyéndola ser la que rodeaba el poblacho, trotó hacia allá apresurado y lleno de íngrimo contento.

En el aire lila del atardecer quedaba un poco de luz de sol sobre los herbazales. Llegado a la arboleda Orejón buscó el camino que debía conducirlo al campamento. Pero se encontró de pronto enredado en un breñal y volvió atrás. Salió de nuevo a la sabana opacada por la noche.

Aún anduvo un trecho más para intentar la salida. Todo inútil.

Pero Orejón era hombre cargado de aventuras. Detuvo el caballo en el medio de la sabana, hizo una mueca de solitaria burla y resolvió apearse. Sin desesperar pensó que lo más sensato era aguardar el alba para mejor orientarse. Así se dispuso hacerlo y luego de asegurar la bestia a un haz de hierbas recias, se tendió a contemplar el alto cielo que ya goteaba estrellas.

Oscuras sombras llegaban en el vasto cauce del viento. Se fue quedando dormido.

Era ya espesa noche cuando de pronto una brusca luz lo hizo volver la cara soñolienta. Desde el confín del herbazal en sombra ascendía a prisa una redonda luna enorme que hacía más puro el silencio.

Pasado el sobresalto, Orejón dio espaldas a la luz molesta y buscó tranquilizar el sueño alborotado.

Primero fue un inquietarse del caballo cuyo instinto denunciaba la proximidad de algo extraño. Después un desapacible ruido en el herbazal que apagaba el ruido del viento. Y bruscamente la irrupción de chillantes alaridos que llenaron la noche de una pavorosa algarabía.

Orejón no tuvo tiempo ni para incorporarse. Tres, cinco, diez sombras ágiles le inmovilizaron brazos y piernas. Y otra —alta sombra enloquecida— levantó en la luz de la luna la otra luz dura e instantánea de la espada. El filo cayó sobre el cuello, atravesó la carne y el hueso y se hundió con ruido fofo en la tierra.

El caballo espantado logró evadir las manos temerosas que trataban de sujetarlo y se fue desbocado como una dura racha.

Los indios levantaron la cabeza ensangrentada, torcida por una mueca pavorosa, y se perdieron en la noche elevando inaudito vocerío.

En el pueblo enlunado y rumoreante, los compañeros aguardaban.

Primero se cruzaban bromas por la intriga de lo que pudiera traer Orejón. Luego las bromas se tornaban poderosa inquietud por su tardanza.

El jefe del destacamento no pudo contener su angustia. Ordenó:

—¡Disparad los arcabuces!

Un redondo ruido lento voló sobre los árboles y llenó de rumores las soledosas sabanas distantes. El viento llevó el eco innumerable hasta el caballo que tejía sobre la sabana una absurda red de espanto.

El instinto lo jineteó certero.

Los soldados revueltos en la sombra apretada bajo los primeros árboles oían aproximarse el redoblar de los cascos.

Se encendió una pequeña luz de esperanza.

Bruscamente la noche les echó encima el caballo que traía un pavor inmenso en los ojos desorbitados. La bestia dio un relincho medroso y comenzó a hacer contradictorios movimientos, como si buscara salirse del cerco de los soldados.

De pronto, como si fuera a hablar, se quedó inmóvil, despavoridos los ojos, temblorosos los belfos, tenso el cuerpo sudoroso de luna.

El cocuyo

Among all lovely things my love had been,
Had noted well the stars, all flowers that grew
About her home; but she had never seen
A glowworm, never one, and this I knew.
Wordsworth

Arropado en la cobija y el sombrero tumbado a los ojos, el hombre sobre la mula venía bajando ya tarde por el camino quebrado y tortuoso que descendía apenas rojizo al resplandor frío de la noche en que iba a salir la luna detrás de una loma.

El hombre venía bajando en la noche y hacía frío, y aunque arriba estaba tibio sentía frío en los muslos y debajo el calor moviéndose de la muía que bajaba poco a poco.

El pueblo estaba allá abajo entre árboles, silencioso y desierto, y blanqueaban las tapias y los muros, y cerca del hombre en la mula las tumbas y las cruces del pequeño cementerio.

El hombre sobre la mula llegó a un rellano, pasó delante de la iglesia, bajó por la calle costanera, cruzó en la primera esquina, adelantó pegado a una tapia larga y desconchada, y vino a dar al portalón por donde la mula torció y se metió bruscamente.

Adentro en la penumbra el hombre vio la ropa blanca de otro hombre —el peón— que esperaba. El peón se movió, se acercó, agarró las bridas. El hombre se apeó y le entregó la mula. No dijo sino:

—Buenas.

Y siguió.

El peón también dijo:

—Buenas.

Y no pensó en nada. Ni siquiera en el hombre que ya trasponía el patio y la puerta que daba a otro patio interior de la casa.

Entonces fue cuando el hombre vio el cocuyo.

Y se acordó que ella, Cynthia —y ahora pensaba el nombre— nunca había visto un cocuyo. Se acercó a la mata de cayena, se tuvo que acercar mucho hasta que el cocuyo volvió a encenderse y entonces cortó la hojita donde estaba parado, y se iba para adentro, pero pensó que era mejor dejarlo afuera, ahí mismo cerca, al pie de la mata de cayena.

Cuando la mujer vio al hombre pensó el nombre —Juan.

Y el hombre dijo:

—Te traje algo. Algo que yo sé que tú no has visto nunca.

Ella puso empeño en parecer interesada:

—¿Qué? ¿Qué, Juan? ¿Dónde?

—Ahí afuera lo dejé. Ven asómate por aquí.

Y la llevó a la ventana.

—Ahí abajo, al pie de la cayena.

El hombre sintió tibia a la mujer al lado. Más tibia que el cuarto que estaba lleno de un aire tibio e inmóvil. Sabía que detrás de ellos estaba la cama y que pronto se acostarían. Sentía esto y no hacía resistencia, aunque esa noche le hubiera gustado estar solo. Sabía que todo eso de coger un cocuyo y traérselo y todo esto de ir a la ventana era algo pensado, planeado, porque convenía, porque había que hacer algo —ambos— para enderezar las cosas. Pero precisamente ahora cuando completaba la escena sentía agolparse todo aquel recuerdo doloroso de lo que les había obligado a buscar un ambiente distinto y por eso se habían ido al pueblo.

El hombre sintió que la mujer se le acercaba y el brazo de ella rodeándole la cintura, porque él de pronto había estado abstraído. Ella levantaba la cara pálida de mujer y le decía:

—Pero no veo nada. ¿Qué se hizo?

Él rápidamente miró al arbusto oscuro en la noche y no vio la luz del cocuyo. Sólo vio la quieta oscuridad del patio que aclaraba y sobre lo más oscuro entre las hojas una gran cayena mustia, apagada como ceniza de sangre.

Entre las sombras

Dejaron atrás el camino que iba hacia el sur a través de la tierra pantanosa, cruzaron la carretera que se estiraba sola a ambos lados en la noche, y entre las sombras comenzaron a bajar hacia la playa.

Él la llevaba al lado y muy cerca, el brazo alrededor de la cintura, y ella caminaba dócil de amor, pero con todo dirigiendo los pasos de ellos hacia el escondrijo. Desde que comenzaron a bajar a la playa por el senderito arenoso tuvieron que separarse. Ella siguió adelante. Él iba detrás de la gasa blanca del cuerpo enlunado que entraba en la sombra bajo los uveros y almendrones.

Aunque sin prisa, parecían buscar refugio, porque la luna brillante y ladeada en el cielo desnudaba las cosas, y el aire era demasiado abierto y transparente y se sentía incómoda la excesiva claridad de la noche.

Cuando ya estaban bien metidos en la hondonada ensombrecida bajo las ramas de los uveros y almendrones, un ruido brusco los detuvo. Se escondieron detrás de un tronco. Había sido allí, al fondo, casi en la playa. Dos sombras trataban de ganar salida precipitándose en la oscuridad sobre las piedras y las hojas secas.

Las dos sombras huían haciendo mucho ruido. Eran claramente dos amantes y se habían sentido sorprendidos. Él y ella presenciaban la atro-

pellada fuga de las dos sombras desde detrás del tronco duro y ajeno en la noche.

Él le miraba el cabello rubio bajándole a la espalda en la sombra y sobre los hombros le puso las manos como protegiéndola. Ella estaba tensa y asustada, suave y sedosa y olorosa a un jabón extraño, y como desnudamente blanca y azul frente a él en la noche bajo los árboles junto al mar que se oía sosegadamente golpeando la playa que relucía en la luz de la luna.

Por fin todo quedaba solo y quieto, y el mar seguía golpeando sosegadamente la playa. Entonces ella comenzó a bajar con cautela. Él la siguió pisando paso sobre la arena blanca, a través de las formas oscuras de las hojas y las sombras de las hojas.

Sobre la arena muy fina y seca se sentaron, uno al lado del otro, rozándose, pero todavía sin poder hablar. Todo había sido inesperado y brusco y embarazoso. Ahora frente a ellos estaba el mar suavemente surgiendo hacia ellos y como acezando en la orilla en pequeñas olas casi sin espumas. Desde la hojarasca bajo los almendrones y uveros los cangrejos hacían un ruido abrupto que sobresaltaba. Ella estaba tan inmóvil y separada que no hubiera sido posible hablarle. La luz de la luna atravesaba el ramaje y robaba el color de las hojas y las piedras y los pedazos de caracol que había en la arena. Él se veía muy oscuro vestido de blanco que restallaba en las medias y los zapatos, y la miraba por largo espacio como esperando que regresara. Pero ella permanecía como dentro de un halo, ceñida por un traje estampado cubierto por una cota de gasa que la brisa de otro modo imperceptible movía como humo sobre la piel de los brazos intensamente blanca.

Él le tomó la mano, buscando la conexión interrumpida y la miró al fondo de los ojos claros en el pálido rostro ensombrecido. Ella también sentía la separación incómoda y buscaba como cegarla. Su voz, sin embargo, venció el ruido que hacían los cangrejos en la hojarasca y el golpe

de las olas en la playa y la luz de la luna que venía entre las hojas de los almendrones y uveros.

—Y finalmente no me dijiste cómo se llamaba.

Hasta entonces él no había querido entregar el nombre. Pero en el silencio estaba la insistencia de ella, su decisión de derrumbar aquella efigie de recuerdos. Él miró hacia la derecha y vio lejos sobre el agua las luces del puerto.

—Se llamaba Olga.

—Olga es un nombre muy ruso —dijo ella.

Él nunca había pensado que el nombre de Olga era ruso.

Velando a pensamientos desatados

Quizá de casa lo que me quedará siempre, lo que no perecerá, son los cuentos de mi padre y de mi madre. Los cuentos de casa. Más que las cosas y los lugares, más que las épocas y los incidentes —lo que pasó—, más que las personas, que fueron tantas, recordaré los cuentos. Cuentos dispersos, incompletos muchos; otros, simples anécdotas, bocetos de retratos, rasgos apenas, pero tan firmes y expresivos que por sí solos evocan un mundo en torno a las personas, las definen y explican, y aún las justifican en algunos casos. Porque no hay cosa que hagamos que valga aisladamente. Es la unidad del conjunto lo que da tono a nuestra vida y coloca cada acto en la perspectiva y con la proporción que le corresponde, y es también lo que da valor a cada línea, a cada luz y cada sombra.

De los cuentos de casa hay uno que me impresionó poderosamente.

Un día tuve el anuncio de este cuento. Era un domingo a la hora del almuerzo. En casa —¿en qué casa no es así?— el almuerzo de los domingos tenía algo de especial. Nadie se lo proponía. Era así, sencillamente.

El comedor era penumbroso. La luz que entraba por la ventana era tenue y fría. Aunque afuera, en el aire del jardín y en el cielo muy alto, la luz era brillante y tibia, cuando llegaba abajo, a la ventana, después de

pasar por entre las ramas y las hojas oscuras de los eucaliptos, había perdido intensidad y calor. Adentro se esfumaba tan finamente que sólo se la veía brillar en las lágrimas de la lámpara, en el limpio contorno de los cubiertos y los platos, en la cristalería y los muebles oscuros y pulidos, en los ojos de mi madre, en algún rizo de su pelo gris, y al borde de la cabeza gris de mi padre. Era una luz de alcoba más que una luz de comedor.

Siempre, al comienzo del almuerzo de los domingos, había algún plato desconocido entre la sopa y la carne, que desde luego siempre era gallina guisada; y mi padre destapaba una botella de vino tinto, y había también pastelitos o algún pan especial que hubiera comprado aquel domingo en la panadería que para ese momento fuese de su predilección. Porque mi padre fue siempre así. Le daba por comprar en un sitio, hasta que se cansaba —y se cansaba pronto—, y después "descubría" otro sitio y se hacía cliente allí con una cierta habilidad natural para amistarse y con una cordialidad admirable.

Pues bien, con el destapar de la botella de vino y la sopa que se enfriaba porque todavía estábamos comiendo los pastelitos, se producía el desconcierto que digo. Pero al fin y al cabo el almuerzo se encaminaba, y la sopa, que nunca alcanzábamos a tomar verdaderamente caliente, siempre estaba sabrosísima.

A todas estas —porque no había cuándo empezar ni terminar— mi padre hablaba. No discurría, sino que casi siempre contaba. Contaba lo que le hubiera ocurrido a él o a otro aquella misma mañana, o lo que hubiera sucedido hacía meses y aun años. A veces no eran cosas que él había presenciado, o contemporáneas suyas, sino del pasado de la familia. Cosas que pertenecían a gentes perfectamente delimitadas, grupos, familias, pero que por alguna razón tenían sabor de historia del país, de lo que habría sucedido o podido suceder a muchas otras personas, grupos o familias, y que, por eso quizá, tocaban esa zona más alta, más impersonal y de líneas más rotundas y simplificadas, que era la historia.

Un domingo, aquel domingo, no recuerdo precisamente por qué motivo, hubo un momento en que mi padre estaba contando este cuento (que no es propiamente el que yo quiero contar, sino el que le precedió o anunció).

Y decía:

—Cómo eran las cosas antes, cuando esas revoluciones de por allá. Federico Kraus, el que llamaban el Diablo, que también era enemigo de tu abuelo don Román, se alzó y se vino peleando por toda la costa hasta que tomó el pueblo. Entró por el río. Y para que tú veas lo guapo que era, guapo y malo —precisó mi padre en un rápido vistazo a mi madre—, dicen que en el asalto él mismo iba al frente de su gente, con un revólver en una mano y con la otra les hacía así a los hombres que iban con él, y les decía: "Echen p'alante, muchachos, echen p'alante, ¡que la que no es para uno no le pega!". ¡Y p'alante era que iba, en medio de ese tiroteo!

Mi padre hizo una pausa de asombro y miró de soslayo a mi madre, que oía el cuento sin inmutarse, y con la expresión contenida de quien tiene la respuesta a una aseveración falsa o una acusación. Él la miraba, así como serio sin tomarse en serio, como quien está contando algo y quiere que se sepa que no es responsable del cuento en sí.

Y prosiguió:

—No se le puede quitar que era guapo. De esos hombres de antes, guapos y malos. Un tipo alto, cabeza redonda. Alto, así como tu abuelo don Román, pero colorado, con el pelo colorado y la barba colorada también. Figúrate, ¡un hombre alto y con esa barba colorada y los ojos azules! (Mi padre hizo un gesto rápido con la mano derecha, en zigzag, como queriendo indicar que el azul era un azul de relámpago.)

—Se enfría la sopa— interpoló mi madre en la pausa.

Y mi padre y yo, que desde hacía rato teníamos la cuchara suspendida entre el plato y la boca, terminamos ligero lo que nos quedaba.

—Pero espérate para contarte el final del cuento (mi padre usó la servilleta). ¿Tú sabes lo que hizo aquella vez que tomó el pueblo, que fue la primera vez? Pues resulta que el Diablo era enemigo a muerte de un tal capitán Méndez, que defendía la plaza. Un hombre guapo también, militar. Un tipo así, español. (Mi padre hizo un gesto vertical con los dedos, casi tocándose la nariz.) Porque el Diablo era más bien tipo alemán. ¡Enemigos a muerte! Y en la confusión de la pelea, cuando salían derrotadas las fuerzas del gobierno, cayó herido el capitán Méndez. Porque el hombre era guapo, como te digo, y había salido a dar el frente con la tropa. Y en la confusión de la cosa no hubo quien lo recogiera, y quedó tendido allí, inutilizado, en una esquina del pueblo. Y dicen que apenas entró el Diablo al cuartel lo primero que preguntó fue por el capitán Méndez. Y van y le dicen. Y se pone aquel hombre como un verdadero diablo, y agarra un caballo y se pone a recorrer las calles del pueblo, buscándolo. Y llega y lo encuentra, tendido en aquella esquina. Y con la misma le tira el caballo encima y desde arriba del caballo le grita: "¡Así te quería ver, carajo!", ¡y de un solo machetazo le tumbó la cabeza!

Fue una explosión.

La cara de mi padre era impresionante.

Pero ahora, la voz de mi madre diciéndole, severamente:

—Yo no sé qué de bueno le ves tú a eso, para que se lo estés contando a ese muchacho...

Entonces mi padre, con una expresión de asombro o de pavor que cambió inesperadamente en un reír convulso, contenido, mezcla de travesura y sentimiento de superioridad sobre lo que estaba contando, exclamó:

—¡Imagínate! ¡Qué bárbaro! Así mismo: ¡Carajoijuaj! ¡Y le puso ese machetazo en todo el pescuezo!

Y mi madre, de nuevo dueña de sí, por encima del menudo reír convulso de mi padre, dijo con voz precisa y densa:

—Algún día te voy a contar otro cuento de ese mismo Diablo, que era enemigo acérrimo de tu abuelo, mi papá, y que hizo tantas maldades en aquel pueblo que con todos los años que hace de eso todavía lo recuerdan.

No recuerdo si era domingo o día de fiesta, pero el almuerzo era algo especial y se contaban cuentos que tenían que ver con la familia y con los amigos y enemigos de la familia. Y, como ocurría a menudo, el tema era el pueblo, el pueblo de nosotros, y las cosas del pueblo. Y hubo un momento en que hablaba mi madre —como si le tocara hablar aquella vez— y decía:

—Si te cuento lo que hizo tu abuela mi mamá para salvar a mi papá aquella vez que el Diablo estaba otra vez en posesión del pueblo.

(Yo los recordaba viejos, ambos de pelo blanco. El perfil de mi abuela, tan fino, la cabeza ligeramente tirada atrás. Y mi abuelo: un hombre alto de cabeza grande, la frente amplia, y aquel cuerpo varonil que heredó mi tío Martín.)

—Porque eso empezó casi desde que eran muchachos. Como las haciendas lindaban...

("Castilla", que es el apellido materno de mi madre, era una gran hacienda de coco. Las piezas de adelante se extendían a lo largo de una ensenada en el golfo, y hacia atrás lindaba con potreros de otra hacienda de coco, "Tres Bocas", de los Kraus, y con los terrenos bajos de "Bucaral", una gran hacienda de cacao, de los Gris, que es el apellido paterno de mi madre. "Castilla" es una hacienda limpia, llena de sol y de viento del mar. "Bucaral" es una hacienda sombría, salvo en la loma con la casa rodeada de bucares, donde hacen sus nidos colgantes los arrendajos, y en los naranjales tibios y brillantes en la falda de la loma.)

—Desde joven Federico Kraus, que era hijo de un alemán que llegó a la costa y se casó con una mujer de La Salina y compró después la hacienda "Tres Bocas", mostraba inclinación por mi mamá, que entonces era jo-

vencita. Pero ella prefirió a mi papá, que era como decir más de su gente. Lo cierto del cuento es que el tal Federico Kraus no se olvidó más nunca de eso, ¡y le cogió un odio, una inquina...!

(Noche de baile en la casa de “Castilla”. Las mujeres de largo vaporoso, los hombres de oscuro ceñido. Y Federico Kraus, rojo y rudo, que ofrecía una copa a Viviana Castilla, la hija de don Vicente —hija de hacendado rico, muchacha de cargadora negra y goleta con su nombre—. Y Román Gris, apuesto, sereno —mi abuelo joven—, que también en el preciso momento, pero con parsimonia, seguro, ofrecía otra copa a Viviana. Y la mano joven y llena de Viviana que tomaba la que le ofrecía Román Gris y no la otra.)

—Y mi mamá y mi papá se casaron. Federico Kraus después se desapareció de por allá. Pasó tiempo...

(El pueblo, las haciendas —tumba de coco, cosecha de cacao—, la playa, el río. Sólo notaba cambio el que regresaba después de años. La casa de “Bucaral” —había que subir en bestia por el camino empinado y quebrado. La casa de “Castilla” —del pueblo a caballo por la playa, o por el camino de La Salina, o embarcado— frente al mar salobre del golfo que en la bajamar se retiraba increíblemente lejos, y entonces se podía caminar por lo que era en realidad el fondo del mar a coger cangrejos para hacer calalú... Calalú, aquella sopa espesa y verdeoscura, hecha de acelgas, quimbombó, cangrejos y masitas de harina de trigo. “Y, ¿por qué le pondrían ese nombre a ese muchacho? ¡Las cosas de los negros de la Costa! ¡Mire y que José Calalú!”. El negrito José Calalú, hijo de *mesié* Yosef —aquel negro martiniqueño flaco y cenizo, contrabandista y revolucionario y hasta un poco brujo—, que se lo dieron (el negrito José Calalú) a mi abuela cuando era la señorita Viviana, la hija de don Vicente, “para que lo fuera enseñando, y para que cuando esté casada con el señor Román los acompañe mientras tanto...”. Y José Calalú le llevaba el burro del cabestro cuando en la hacienda ella iba a bañarse a “la poza” y había

que decirle: "Voltee la espalda ahora, José Calalú". Y en el pueblo ella lo vestía de rojo —"ese negrito tinto relumbroso, vestido de colorado"— y lo sentaba con ella en la ventana cuando había bajado el sol y le tocaba visita al señor Román. Y cuando iba a la iglesia, José Calalú, todo de blanco, llevándole el reclinatorio. Y en los días de semana, le hacía los mandados en el vecindario —que si "ve y dile a la señora Carmita", que si "llégate donde el señor Tomasito", que si "ve y pregúntale al señor Popó"—. Y en los mediodías pesados, "José Calalú, vamos a la lección". Y aquella vez ya grandecito, cuando le salieron unas llagas en todo el cuerpo, "la misma señora Viviana se las bañaba y curaba, sin saber si eso se pega...". Y, por último, ¿qué te crees tú que hizo ese muchacho? Se le metió en la cabeza, y en una de esas revoluciones, cuando la pelea de la plaza frente a la iglesia, José Calalú estaba viendo la cosa detrás de un pilar, y cuando empezaron a caer los muertos él se fijó en uno chiquito, así como de su tamaño, y fue y le quitó los pantalones y la camisa y todo, y así dicen que fue como José Calalú se metió en la revolución. Murió muchachito, el pobre).

—Después, una vez que entró otra revolución, se supo que uno de los jefes era el mismo Federico Kraus aquel. Ya entonces le decían el Diablo. Mi papá era secretario del Banco, y el coronel Rojas le había tomado mucho aprecio —como tu abuelo era medio literato y el coronel Rojas era el jefe de la fuerza...—. Parece que todo fue muy de sorpresa, porque mi papá no tuvo tiempo ni siquiera de mandar a mi mamá para la hacienda ni nada, y cuando cayó la plaza lo pusieron preso junto con el coronel Rojas y todos... Y ese mismo Federico Kraus, que aquel día estaba de su cuenta, hizo llevar a todos los presos a la plaza y los obligó a bailar la pava delante de todo el mundo, y él muerto de risa llevando el compás de la banda con el sable, y al que se resistía le caían a planazos... Mi mamá estaba encerrada en su casa y desde allá se oía la música y el griterío. Pero como por obra del cielo —por eso yo siempre te digo— entre los revolucionarios estaba metido *mesié* Yosef y, lo que son las cosas, se acordó de

cómo habían sido mi mamá y mi papá con José Calalú, y les facilitó que se escaparan, él y el coronel Rojas y otros. Ahora, imagínate a mi mamá dejada sola en aquel pueblo amedrentado, y con la única compañía de Amelia, la negra Amelia que había sido su cargadora y que por fortuna era como decir de la familia...

Mi madre hablaba con gran intensidad, como aguantando el tropel de las imágenes.

Mi padre exclamó:

—¡Imagínate tú esa situación!

(“¡Ave María Purísima! ¡El señor Román huyendo y ese demonio aquí!”. La casa allanada esa misma noche. Los hombres armados abriendo las puertas a culatazos, puyando las cortinas y los roperos con las bayonetas, “volteando la casa”. Y mi abuela aparte, y detrás Amelia, disimulando el odio y el desprecio de los atropellados. “Pero ya irá lejos. Conseguirá un caballo. Le pondrán un bote en la playa”. Y de pronto aquellos hombres enfurecidos, burlados —el jefe de la revolución había advertido:

“El que le falte a una mujer lo hago fusilar”—, ya no encontraban qué romper y le iban a caer a machetazos al piano, su “Pleyel” que su papá le había hecho traer desde París y en el que ella tocaba a cuatro manos con Román. Pero ella saltó y se les atravesó y se cuadró delante del piano con una escoba en alto. “¡Acabaron con la casa, pero no le tocaron su piano!”)

Después los ojos toda la noche por el postigo mirando el cuartel en la otra esquina de la plaza y el ir y venir de gente frente al portón y el ruido detrás del muro con centinelas.

—Estuvieron toda la noche en vela, rezando. Y en la madrugada se oyó que abrían la puerta del cuartel y salía la comisión que iba a perseguirlos. Entonces mi mamá cogió las morocotas que guardaba escondidas y que le había regalado su papá para que le fuera haciendo una alcancía a tu tío Martín y a mí, y corrió a la puerta de la calle por donde venían los solda-

dos, y cuando pasaban se metió en la fila y les abría las manos y les ponía una morocota y les decía: "Tomen, mijitos, tomen, es para ustedes. ¡Tomen, pero no me lo maten! Ustedes lo conocerán. Él es el alto que siempre está al lado del coronel. ¡Por lo que más quieran, no me lo maten!".

Yo oía la voz de mi abuela en la voz de mi madre, y levanté los ojos a la voz. Acezaba, sudaba, y sentía los ojos calientes, turbios de lágrimas.

El punto

El muchacho con la escopeta se mete detrás de las ramas y mira al baquiano alejarse entre los árboles. Oye los pasos en las hojas secas y sigue con la vista la mancha de la blusa sobre el monte pardo.

Momentos antes, cuando caminaban hacia el veladero —el baquiano adelante, él atrás—, le había observado las piernas oscuras y flacas, y notó que tenían un brillo opaco, como si se les hubiese secado jabón encima, y unos pocos pelos negros y separados como las cerdas en la barriga de los báquiros. Entonces, sin poder dejar de mirar las piernas oscuras, lazarinas y flacas y los talones callosos en las alpargatas viejas, había sentido un calofrío de repulsión y había sentido vergüenza. Después, el baquiano le había construido el parapeto de ramas —él ayudando un poco—, y cuando se iba le había dicho:

—A la tardecita vuelvo.

Y había añadido:

—Si camina por el monte, no se aleje, ¿sabe?

Ahora, desde detrás de las ramas en el claro del bosque donde hay un ojo-de-agua casi seco, ve al baquiano alejarse y oye sus pasos en el monte y sigue con la vista la mancha de la blusa, y de pronto no la ve más, ab-

solutamente. Pero sigue oyendo los pasos que se atenúan, hasta que los pasos cesan. Entonces se ve solo en el bosque, y siente agudamente que es distinto de todo lo que lo rodea. Siente que el sol invisible y remoto comienza a calentar el aire, y mira un poco alrededor hacia el monte seco y después se sienta sin prisa en el suelo y cruza las piernas en una x desplomada y descansa la escopeta en las piernas y mira cómo el sol que viene sesgado a sus espaldas hace guiños en el pavón de la escopeta y observa cómo el guiño registra el movimiento que hace cuando respira, y en la luz que se abre y se cierra sobre el acero ve los ojos quietos de un gato agachado que lo mira.

Entonces se pone a escuchar el monte y absorbe el pulso del silencio, el vaho quieto de la soledad. Siente que lo toma una pasión tranquila, secreta, intensa, que ahora, como otras veces cuando está solo, mana y se revela; y siente que ahora la puede revelar, dejar libre, como era posible pensar abiertamente en Dios en la capilla del colegio que había dejado hacía cinco años y a la que nunca había vuelto.

Por un momento largo, que percibe como la inmovilidad y el silencio de las cosas, siente la desconfianza de la soledad, pero se encuentra fuerte y alerta y tiene su escopeta sobre las piernas cruzadas y de reojo ve el pomo del cuchillo de monte en la cadera y siente el peso de la canana cargada de un extremo a otro con cartuchos entre los cuales brillan los más nuevos.

Se acomoda poco a poco a la soledad y a la inmovilidad del monte que lo rodea, y cuando piensa que el baquiano irá lejos y no regresará por él hasta la tarde, siente que aquel sitio profundamente metido en el bosque, muy lejos de la carretera y del rancho del baquiano, es en aquel momento como suyo en cierta manera, porque se siente libre en él, sin testigos para ni siquiera las cosas más extravagantes que se le ocurriera hacer ahí; y entonces se ve el protagonista de una aventura indeterminada y extraordinaria que tiene la armonía y formalidad de una antigua danza en la que él despliega su valor y su destreza. Mientras divaga de esta manera no le

ocurre la mínima sospecha de que pudiera no salir con bien de lo que se presentara.

Mirando por entre las ramas y las hojas examina el ojo-de-agua casi seco frente al cual está velando, y observa que en el barro de la orilla hay muchas huellas de distintas formas y tamaños: huellas de patas de pájaros y huellas de animales de pezuña —éstas, huellas angostas y profundas, probablemente de venados y báquiros— y observa también cómo el progreso del verano puede verse en el barro, que es oscuro y pastoso cerca del agua y gradualmente más claro y seco y resquebrajado a medida que se aleja del agua, hasta donde la costra cuarteada del fondo, cenicienta y escamosa, alcanza el borde netamente marcado, como un labio, antes de tocar el suelo terroso que es el límite de la charca en invierno.

Oculto detrás de las ramas pasa la vista por todo el monte bajo que rodea la charca, preparado para tropezar (se imagina) con la figura de un venado acercándose a beber, y con los oídos también dispuestos a percibir el menor ruido *(aunque, piensa, nadie puede oír a un venado acercándose a un bebedero; a un báquiro sí, los báquiros son escandalosos y bruscos y andan en bandos por el monte; el venado no, el venado es un animal solo y fino que se acerca con malicia contra el viento y con las orejas paradas y los ojos pelados y nunca deja caer la pezuña; la adelanta, poco a poco, la pone en la tierra).*

Observa los pájaros que se acercan a beber. Algunos revolotean nerviosos, cautelosos, por las ramas cercanas. Otros se aproximan bastante, se agarran de una rama colgante, flexible, miran desde un ángulo y otro con movimientos cortos, rápidos, geométricos. Después, sin tocar el suelo, revuelan sobre el agua, pellizcan un sorbo y se van a parar en otra rama cercana, y miran desde un ángulo y otro con movimientos cortos, rápidos, geométricos.

Ahora oye el ruido que empiezan a hacer las chicharras, como si el tiempo y el calor las fuera despertando, y nota que hay algunas (él sabe que son las pequeñas) que primero hacen un ruido tentativo, y después el

ruido se hace reiterado, como un latido, exigente, suplicante; y que hay otras (las grandes, que ellos llaman *cocas)* que después de ensayar un poco pareciera que las arrebata el ruido y el ruido se vuelve canto y se prolonga cada vez más intenso y melancólico y desesperado por el aire y parece que no cesará nunca, que la chicharra se deshará en su propio canto hasta desaparecer. Y entonces, oyendo el ruido de las chicharras, sin querer se pone a formular en la mente cómo es realmente ese ruido, ese canto de las chicharras, y recuerda haber leído que las chicharras *estridulan,* pero esta palabra no le oculta el ruido que está oyendo, no lo sustituye, se queda separada, sin conexión con lo que oye, y no se siente satisfecho y busca en la mente cómo expresar ese ruido que ahora se oye por todo el monte y le barrena los oídos, y entonces piensa, recuerda el salto de los trompos en el patio de cemento del colegio y se dice, *tataratean, tataratean,* y ahora lo que ve es un trompo que cae y da unos saltos cortos y gira en un círculo como un gallo y después se queda en un punto y se pone sereno, *serenito,* y el color de las franjas se le ve apenas como detrás de una gaza y el ruido que hace es como un prolongado siseo y se ve *serenito* como dormido, y después lo que ve es la zaranda grande que había tenido cuando niño y que primero se resbalaba sobre el piso de mosaico y después resoplaba y zumbaba y después *se ponía derechita y serena, serena y sedosa, como el sueño,* sí, como el sueño. También a intervalos en el clamor de las chicharras oye ruidos lejanos y apagados y ruidos pequeños y abruptos cerca, sorpresivos, que no sabe identificar y que lo sobresaltan; ruidos de cosas que se mueven con el calor o quizá de animales indeterminados que anduvieran sin localización precisa por el monte, y entonces siente otra vez desconfianza de la soledad y todo él se reúne y cohesiona y tiene conciencia de que está lejos, muy lejos del rancho del baquiano y de la carretera y de sus cuatro compañeros de cacería que también habían sido repartidos por el baquiano en otros puntos alejados y dispersos en el monte. Entonces le parece que se sale de sí mismo y se pone a rondar por el contorno, sin

peso, sin ruidos, y pasa sobre la luz del agua de la charca y se va alejando como había visto alejarse al baquiano y desde el chamizal seco debajo de los árboles altísimos se ve a sí mismo sentado detrás del parapeto de ramas y hojas en el suelo con las piernas en una x desplomada y la escopeta descansando sobre las piernas y se encuentra como pequeño pero muy definido en el medio del vacío en el bosque rodeado de los árboles magros y mudos que levantan sus ramas hasta muy alto, y ve que sobre él está ahora la luz del sol que no parece estar definidamente en ninguna otra parte porque todo el monte alrededor se ve opaco y pardo, seco, rígido y callado.

Está quieto, y se mira las manos sobre el acero de la escopeta, su buena escopeta francesa de Saint Étienne, y observa con admiración la gracia y el cuidado con que están labrados los grandes tornillos que aseguran el cuerpo de acero a la culata, y siente placer contemplando su escopeta que es enteramente suya, y derrama afecto sobre ella como sólo puede hacerlo un muchacho sobre la primera escopeta que ha comprado con sus ahorros después de desearla con sufrimiento y en secreto durante años.

Siente el fresco de la casi brisa en la frente y en el cuello y mira con sosegado cuidado por lo bajo de los árboles, examina el monte inmóvil y se detiene un poco cada vez que percibe una posible entrada de animales a la charca. Siente el peso de la mano derecha sobre el cuello rugoso de la culata. Está listo.

De pronto oye una algarabía lejos en lo bajo del monte. Mira acuciosamente, pero no puede precisar de qué se trata. Sólo distingue dos manchas pardas que se desplazan alargándose en un sentido y en otro, disparadas como cosas, y oye un atropello de ladridos ahogados y dentelladas, un fragor de ramas quebradas. Inesperadamente las figuras que luchaban se separan y se van ligero en direcciones contrarias, desaparecen. *Parecían zorros,* se dice, *zorros peleando.* Y entonces siente que se ruboriza un poco, y se contenta de que está solo, y después, íngrimo, sonríe.

Ahora se contempla de nuevo la mano sobre la escopeta, y entonces se adormila un poco. Se siente bien así, adormilándose en el calor creciente de la mañana. En la quietud del bosque todo parece dedicado a su propósito. Respira lentamente, y como si el cuello fuese de cera, la cabeza le cae poco a poco sobre el pecho. Percibe su propio olor y el olor del monte seco, y en ese olor destaca un tenue perfume agradable y salvaje. En el sopor recuerda las grandes colmenas de avispas como conchas de cachicamo muy arriba en el tronco de los árboles y sabe que ese perfume viene de ahí y piensa vagamente en el acierto de haber llamado a aquellas avispas *avispas cachicamos.*

De pronto cabecea y se despabila, y cuando mira ve un animal. Neto, en el ambiente pardo está esta cosa viva, cuidadosamente callada y quieta. Es redondeada, y su textura y color son espectacularmente diferentes de todo cuanto la rodea. Brilla gris en la luz como plomo cuando se le corta, y es cerdosa y perfectamente terminada. Es un picure.

Lo fija la figura del animal. Está sentado en las ancas, y pareciera lavarse las pezuñas delanteras en la charca. El cuerpo gris y brillante se distiende y se encoge elásticamente, se desperereza, ensaya los músculos bajo la piel cerdosa. Baja después la cabeza y acerca al agua la trompa típica de roedor y apenas toca la superficie. Se queda así un rato, absolutamente inmóvil. Pareciera estar ocurriendo algo misterioso. Él le observa los largos bigotes blancos donde da el sol y las orejitas azulosas, y le parece que mientras el animal bebe agua las orejitas quedan arriba, alertas, como centinelas.

Lo mira un largo espacio. No siente impulso de matarlo, pero se ve llegando de regreso adonde están sus amigos, desde lejos levantando la pieza, y los ve acercarse y rodearlo de preguntas y exclamaciones y elogios. Y entonces, mientras mira al picure, del cerebro le baja un estremecimiento espeso como una serpiente que se deslizara por la rama caída de un árbol. Piensa sin embargo que tiene la escopeta cargada con cartuchos de guáimaros para venados y que a esa distancia destrozaría a un animal

del tamaño del picure. *Él está velando venados, báquiros, animales grandes, se dice, y ahora un picure...* Sin embargo, la pieza en sí es bonita y recuerda lo que ha oído decir, que *la carne del picure es muy fina, muy fina, como gallina, mejor que gallina, es como la lapa y si no ha bajado un venado hasta ese momento además los venados son muy escasos ésa es la verdad en realidad casi no existen a cuántas cacerías no ha ido él y no ha visto ni un solo venado a veces pero uno siempre dice vamos a cazar venados y lo principal es siempre ir con el baquiano a un punto a un veladero y quedarse ahí horas sin moverse del sitio esperando a ver si le baja a uno un venado y si es un lance con perros quedarse solo en el punto pendiente oyendo el ladrido de los perros en los cañaotes hasta que...* El picure levanta la cabeza, busca el viento con las orejas, escucha un instante, olisquea el aire y la vuelve a bajar —y otra vez apenas toca la superficie del agua (así le recuerda al sacerdote en la iglesia en el momento de la elevación). Después el picure levanta otra vez la cabeza y se encoge y se le ve brillar la piel cerdosa sobre el movimiento de los músculos.

Decide cambiar cartuchos y matar el picure. Cuando baja la vista ve la serpiente. Le está pasando por debajo de la pierna derecha, negra, roja, blanca, negra. *Coral,* piensa, y casi pronuncia, *una coral, venenosa, muy venenosa, mortal, no hay antídoto para la coral, sitio malo, detrás del muslo, cómo ponerse un torniquete ahí; sangrarse.* Se ve envenenado buscando salida por el monte hacia la sabana, perdido en el monte. Sabe que esto es una posibilidad cierta. Está inmóvil y en la malla de la piel córnea ve las escamitas dibujadas por una finísima línea de polvo. El último segmento, que es negro, desaparece ligero bajo el pantalón, como succionado. No la siente, no sabe si la tiene debajo del muslo o si ha seguido camino y se aleja. Se queda inmóvil un largo rato, los ojos fijos en el suelo, mientras se prepara para saltar. Entonces salta.

En el repentino desorden alcanza a ver el picure volverse y correr rebotando hacia el monte. Cuando desde arriba busca con los ojos por el sue-

lo, ve la coral justo detrás de donde había estado sentado. Está detenida en una onda de su movimiento. Es pequeña y bonita, el rojo le resalta. Nada en ella expresa su peligrosidad. La cabeza es apenas el extremo más grueso y no se le ven ojos. Por un momento la contempla, la examina de un extremo a otro, como tratando de comprender cómo es, cómo está hecha. Luego, mueve la escopeta en ademán de apuntar, pero desiste. Quiebra la escopeta, saca los dos cartuchos sin dejar de mirar hacia la serpiente, se los mete en el bolsillo de la camisa, cierra de nuevo la escopeta. La serpiente no se mueve. Entonces a distancia mide el golpe y le asesta un culatazo en la cabeza. La cabeza se entierra, la cola se retuerce sobre la culata, pero resbala en la madera pulida, se bate contra el suelo, revela el vientre amarillo anillado, se anuda sobre sí misma en una convulsión intensa, lenta, reflexiva. Después se distiende, ciegamente, como buscando algo a tientas. Por fin, queda encogida en calambre, como hecha de cera.

El muchacho, con la escopeta en la izquierda, aparta el despojo, pateándolo con el lado de la bota. Después vuelve a quebrar la escopeta y desliza los dos cartuchos en los cañones. Con el cuchillo como machete limpia el sitio alrededor, barre el suelo con los pies, pateando de lado, ásperamente.

Un momento después se sienta otra vez detrás del parapeto de ramas y hojas —las piernas en X, la escopeta sobre las rodillas.

Ahora examina sospechosamente las ramas que tiene ante los ojos. Mira por ellas y las hojas hacia la charca.

Nada hay en la orilla. En el agua ve los árboles, el cielo. Mira hacia la maleza. Nada se mueve. Se siente aislado, constreñido, vigilado. Piensa en sus amigos, en el baquiano. Los imagina lejos, vagamente. De pronto una chicharra hace *erre, erre, erre.* Él la oye, la escucha, la busca con los ojos por el tronco de los árboles, en las ramas. Pero no la ve, no la descubre, no la encuentra.

Cáchalo

Ni magnitud, ni derroche, sino forma.
Melville

Hay dos dinamismos: el del que monta una fuerza libre
y se va con ella en suelto galope ciego; el del que coge esa fuerza,
se hace con ella, la envuelve, la circunda, la fija,
la redondea, la domina. El mío es el segundo.
Juan Ramón Jiménez

***L**a casa estaba sobre la colina y por abajo iba el río y era verde y transparente y cuando uno se acercaba a pie por el camino se oía el ruido del agua, como lluvia.*

El muchacho había lanzado al pozo dos anzuelos cebados con carne fresca y atado los cordeles a dos palos cortos que clavó en la orilla, y en la oscuridad diáfana de la noche velaba sus anzuelos y podía ver el movimiento del río y oía el ruido del agua que resbalaba como vidrio sobre el muro de la represa y caía en una pequeña catarata baja y espumosa.

Mientras vigilaba sus anzuelos pensaba en los bagrecitos que probablemente pescaría, y también pensaba que quizá pescaría sólo anguilas —y esto le desagradaba. Pero, sobre todo, ahora que estaba solo en la noche, pensaba en el cáchalo —un corroncho enorme que habla visto hacía una semana en un pocito que la última creciente había hecho al lado del pozo grande frente al cual velaba, justo en una esquina del muro de la represa.

Solo en la noche pensaba libremente en el cáchalo, y mientras vigilaba sus anzuelos percibía el movimiento del río y oía el ruido del agua.

Lo había visto hacía una semana, la tarde del sábado pasado, cuando bajó hasta el pozo para ver cómo había quedado después de la creciente y dónde convenía montar los anzuelos esa noche. Entonces se había aso-

mado al pozo pequeño y llano en la esquina del muro de la represa y en el fondo había visto este enorme corroncho negro pegado a una roca blanca que reflejaba la luz que le llegaba por el agua.

Quedó inmóvil cuando descubrió el corroncho y mientras contemplaba la nítida silueta sobre la piedra dejó de ver las cosas que lo rodeaban y sólo oía el ruido del agua. Miró a los lados, como con miedo de que alguien lo estuviera observando, y luego se entregó totalmente a mirar el pez en el fondo del pozo cristalino y quieto que apenas temblaba al alcance mismo de la mano. Pero su gesto fue percibido por el pez, y meneó la cola, y entonces él se acercó al agua y lo miró intensamente y en el dorso taraceado le vio los ojitos que eran como los de una careta detrás de la cual miraba el pez, y sintió entonces como que el pez y él se estaban mirando. Agachado así, observando al corroncho, de algún sitio en sus recuerdos le vino una palabra, y la dijo bajito, como hablándole:

—Cáchalo.

El aire de la voz tocó el agua del pozo y, abajo, el corroncho meneó la cola y se deslizó por el lado abrupto de la roca y graciosamente se escondió bajo el borde. Ahora no podía ver el corroncho, pero sabía que estaba ahí, bajo la roca. Sin que pudiera verlo, el muchacho se puso móvil e intencionado y examinó de un vistazo el pozo y vio que no parecía tener salida y sintió que el corroncho no podría escapar, que sería suyo (porque en un segundo o menos había pensado que de una vez se iría para arriba y buscaría el saco de coleta con el aro de alambre en la boca y la caña de hurgar bajo las rocas y se metería en el pozo y pondría la boca del saco debajo del borde de la roca donde se había escondido el corroncho, y con la caña, hurgaría por los otros lados hasta que el corroncho saldría y se metería en el saco). Miró otra vez el pozo y las rocas afelpadas del fondo donde ahora no había nada, y dejándolo intacto se retiró despacio sin darle la espalda y cuando estuvo un poco alejado se volvió de repente y echó a correr por el senderito empinado y pedregoso hacia la casa.

Regresó al cabo de un rato, hizo todo como lo había pensado, y cuando levantó el saco y se escurría el agua miró al fondo. Pero no había nada.

—No cayó.

Probó otra vez con aun mayor cuidado. Volvió a levantar el saco y así que se escurría el agua, miró. Nada.

Miró de soslayo hacia el pozo, sintiéndose burlado, y el pozo estaba ahora un poco revuelto y agitado, el agua meciéndose en el cuenco de piedra, afeado por las huellas de sus pies y de sus manos. Se lo quedó mirando por largo espacio mientras se le asentaba la arenilla que había levantado, hasta que apareció tan claro y quieto como antes. Pero ya no estaba el corroncho sobre la piedra.

Entonces sintió el frío del aire sin sol y vio que anochecía y oyó de nuevo el ruido del agua.

Solo en la noche frente al pozo grande vigilaba sus anzuelos, y (ya todo dispuesto, nada más por hacer sino esperar) pensaba abiertamente en el cáchalo.

Desde el sábado anterior no lo había vuelto a ver. Había pasado la semana en la ciudad, en el colegio, y esa tarde, de nuevo en la casa de campo, lo primero que hizo apenas llegó fue ir al pocito. Parecía exacto, pero el cáchalo no estaba ahí. Por lo menos no se le veía. ¿Estaría debajo de la roca? ¿Se habría ido? Volvió a examinar el pozo. No parecía tener salida, por lo menos para un corroncho tan grande.

Se agachó y miró al fondo a través del agua. Parecía esperar una aparición prometida. Y quieto así mirando en el pozo dejó de ver las cosas del alrededor y sólo oía el ruido del agua.

Así se estuvo largo rato. Y de pronto, por un instante, se vio la cola del cáchalo, negrita, que se asomó bajo la roca y desapareció.

El muchacho sonrió maliciosamente, porque pensó que él había visto al cáchalo, pero el cáchalo no lo había visto a él.

—Ahí está.

Corrió a la casa, buscó el saco y la caña, regresó corriendo; acezando entró despacio en el pozo, colocó la boca del saco donde convenía, hurgó con la caña por debajo de todo el borde de la roca, levantó el saco y miró al fondo mientras se escurría el agua. Nada.

Miró en el pozo, ahora revuelto, y le pareció que seguía revolviéndose, como si algo invisible corriese en todas las direcciones por el fondo. Receloso, se salió con cuidado del pozo, y miró a los lados y hacia el monte sombrío de la otra orilla, y volvió a mirar el pozo, y en la quietud oyó de nuevo el ruido del agua.

Así estuvo otro rato, lamiéndose la sal del sudor sobre los labios, respirando acompasadamente, mientras se iba haciendo de noche.

Comió poco, ensimismado, solo a la mesa del comedor de la casa bajo la luz de la lámpara cónica, mientras sentía que desde la puerta que daba a la cocina lo observaba en silencio una mujer delgada y oscura que con su marido cuidaba la casa.

Y apenas terminó bajó a la orilla del río con los cordeles y anzuelos y su cuchillo de hoja ancha y mango de corcho y la carnada que la mujer le había apartado. Abajo en la orilla del río (había dejado a un lado el pocito, pero seguía pensando en él) montó los anzuelos y los lanzó al gran pozo oscurecido y quieto donde había bagres y anguilas y sardinas y corronchos también, pero ninguno como el cáchalo.

Vigilaba los anzuelos y pensaba en el cáchalo y sentía el frío del aire de la noche y oía el ruido del río y a veces miraba un poco alrededor por todo el campo oscuro y callado.

Más tarde, y como nada tiraba de los cordeles (era lo normal en esta forma de pesca), resolvió dejarlos así por la noche y subir a acostarse. Otras veces se había quedado hasta tarde pescando, aun hasta la madrugada. Pero esta vez no tenía interés en lo que hacía. Se sentía solo

e impaciente. Pensaba en la mañana y en cómo haría para pescar el cáchalo.

Y pasó la noche y fue de día otra vez, y cuando él se asomó por la ventana y miró hacia el río vio los cordeles rectos, sesgados por la corriente, y el pozo grande y sereno todavía en sombra, y desde arriba oyó otra vez el ruido del agua. Miró vagamente hacia el campo, solicitado por la soledad, y vio el valle en la claridad de la mañana, la luz del sol en el flanco de los cerros, las hileras de repollos en las vegas del río, el camino solo, todavía en la sombra de los taludes rojos. Pero mientras tanto sabía que terminaría por mirar hacia donde estaba oculto el pozo del cáchalo. Y ahora, todavía soñoliento, lo pensó de nuevo exclusivamente e imaginó su posesión.

Se le había ocurrido cegar el pozo. Pero no, no era tan pequeño, y además, como seguramente tenía alguna conexión con el río, al tratar de desaguarlo podría escapar el cáchalo. Y entonces, también de algún sitio en sus recuerdos, le vino:

—Arponearlo.

Eso era. Una caña, y en la punta, en la punta (para jugar béisbol ellos hacían pelotas de pabilo y las cosían con largas agujas de acero), en la punta una aguja de coser pelotas. Pero entonces —¿una semana más?

—¡Carmen!

La mujer le dio una aguja, la más grande que tenía (no era tan grande como las de coser pelotas, pero era lo suficientemente grande.)

Bajó a la orilla del río y cortó una caña delgada pero fuerte, le cepilló un extremo con el cuchillo, y con cordel fino amarró duro la aguja en una punta. Contempló entonces el arpón, balanceándolo en la mano. Fascinaba esta cosa siniestra.

Fue hacia el pozo, y acercándose lo vio transparente y quieto en la mañana fresca donde las cosas aún no daban sombra. Llegó despacio sin ha-

cer ruido y miró, y vio la silueta nítida del cáchalo al fondo sobre la roca, maravillosamente cierto, absoluto.

Lo contempló así algún tiempo y luego, sin doblar el cuerpo ni apartarle la vista, se fue quitando los zapatos con los talones. Entró en el pozo, cuidadosamente, sin perturbar el agua. Por entre los dedos de los pies sintió la arena del fondo, suave como harina, y el frío del agua subiéndole por las piernas. Miraba sólo el cáchalo mientras los dedos delicados equilibraban el arpón en la mano que supinaba.

Se oyó respirar, y por arriba el ruido del agua.

Cuando el frío le llegó a los muslos metió la punta del arpón en el agua. Vio cómo se quebró la línea de la caña, pero sabía que esto ocurriría y lo tomó en cuenta, y siguió metiendo lentamente el arpón en el agua. La punta de acero se acercaba despacio a la silueta negra del cáchalo, destacaba ya sobre la recamada textura del dorso. Y súbito lo clavó.

El cáchalo se sacudió vigorosamente y, girando en la aguja, levantó una pequeña polvareda del fino barro que había sobre la roca hasta limpiar el sitio donde había estado. Entonces el muchacho como paleando levantó el cáchalo atravesado por la aguja, lo sacó del agua, y saltó a un lado estirando el brazo para tenerlo seguro sobre tierra. Lo contempló ahora, doblado y tembloroso sobre la aguja, el cuerpo de dorso oscuro y vientre nacarado. Se sacudía y daba coletazos que le estremecían la caña en la mano y abría las aletas translúcidas y espinosas como abanicos.

Alzado así el muchacho lo vio agonizar un rato en el sol.

Después le acercó la mano y tocó el cuerpo córneo y grueso todavía relumbroso atravesado por la aguja de acero. Lo deslizó entonces de la aguja y lo tuvo en la mano, húmedo y frío y áspero. Palpitaba ligero, asfixiándose.

El muchacho sintió en la palma de la mano cómo el cáchalo dejaba poco a poco de respirar y, abriéndola, le dio vuelta y vio que los ojos eran

ahora dos plaquitas grises y opacas en el mosaico de pequeñas escamas de la cabeza recamada con equívocos arabescos.

En el aire el cáchalo dejó pronto de brillar y el muchacho lo sentía inerte y frío en la palma de la mano, dúctil y tibia.

Lo contemplaba mientras sentía el sol caliente en la cabeza y lo veía brillar en sus pestañas y en las hierbas de la orilla cerca de sus rodillas prensadas, y en la sombra de los bambúes veía apenas deslizarse el río y oía el ruido del agua.

Tenía el cáchalo muerto en la mano y lo recordaba sobre la piedra como lo había visto la primera vez, y le pareció verlo deslizarse por un lado de la roca y de un solo coletazo esconderse bajo el borde.

Ahora lo contemplaba, negro y opaco sobre la mano, y le dio vuelta y le miró el vientre blanco en el que se veía el punto cárdeno por donde le había salido la aguja. Con la yema de un dedo tocó la cavidad áspera de la boca y los pequeños dientes romos y palpó los labios fríos y babosos de ventosa. Desagradado lo puso en el suelo y luego le pasó los dedos por el dorso escamoso y le tomó la cola y se la torció hacia un lado. Lo contempló otra vez, se irguió y lo miró desde arriba, doblado sobre la tierra, y se fue alejando despacio hacia la casa.

Sabía que no le diría nada a nadie.

Fue a los anzuelos. Recogió un cordel. Por el agua vio venir la camada empalidecida. Recogió el otro cordel, y por el peso supo que había pescado algo. Era un bagrecito de apenas una cuarta, todavía debatiéndose débilmente en el anzuelo desproporcionado que le deformaba la cabeza. Lo desenganchó, y agarrándolo duro lo sacudió en el agua para lavarlo. Al sacarlo vio cómo la sangre le corría diluyéndose por el vientre de ópalo.

Llevó el bagrecito arriba para que la mujer se lo preparara para el desayuno, frito en harina. Desayunó luego, secreto y apresurado, y regresó en seguida adonde había dejado al cáchalo.

Después del desayuno, mientras bajaba hacia el río, se sentía tibio y cómodo, y el sabor de comida en la boca, la sensación de los dientes y la lengua, los ojos con calor como de trasnocho.

El cáchalo estaba ahí, disimulado bajo las hojas de una maleza en la orilla del agua. El muchacho lo observó de cerca y no le encontró los ojos y vio que a su alrededor y sobre el cuerpo mismo había ahora un tráfico alborotado de hormigas.

Así lo estuvo mirando un rato mientras sentía que el sol le calentaba la espalda. Lo tomó luego por la punta de la cola y en un movimiento súbito hacia arriba lo tiró al río. Cayó en la corriente y no se le vio más. El muchacho siguió con la vista el agua donde había caído el cuerpo hasta donde el río se alejaba silencioso y ajeno por el paisaje. Una hormiga le hacía una cosquilla muy fina en la mano, y el muchacho se la sacudió y se limpió los dedos en el pantalón.

Ahora, en ese preciso momento ocurrió esto: un martín pescador que venía volando río abajo se paró en la orilla opuesta en una rama de bambú inclinada sobre la corriente. El muchacho respondió al guiño de la luz en el pavón azul de las alas. El martín pescador se desprendió de la rama y se fue volando río abajo, rasando el agua. El muchacho lo siguió hasta perderlo de vista, y después se quedó mirando la rama que cabeceaba sobre la corriente.

No se oía sino el agua.

Crótalo

Había sido un día caluroso y ahora estaba puesto el tiempo y el viento gemía tristemente y las ramas de los árboles se agitaban con repentina violencia y se oían los truenos severos rodando lejos por el cielo. Sin embargo, el suelo permanecía seco y tibio porque no había llovido en muchos meses y la piedra desde la que vigilaba despedía un calor agradable.

Tan inmóvil como la piedra, ella había estado mirando buen rato hacia la cabaña. No sabía por qué. Sólo sabía que cuando el hombre bajó los escalones y caminó hacia el galpón y la mujer se quedó en el corredor con el niño en los brazos, ella tuvo que detenerse en su excursión de caza y mirar hacia la mujer y el niño, y que su cabeza había comenzado a oscilar como un fusil que apunta hasta quedar a ras del piso de la cabaña donde estaban los pies de la mujer. Algo después, cuando la mujer entró, su cuello como de cera fue depositando lentamente la cabeza sobre la arena tibia. Entonces sintió que en las fauces se le inquietaban los curvos colmillos y que segregaba con mayor abundancia su veneno en las bolsitas receptoras que pronto empezó a sentir bastante cargadas.

Así estuvo largo rato vigilando detrás de la piedra, mientras el veneno rezumaba secretamente. Oía por el suelo el ruido de carpintería que hacía

el hombre en el galpón y por la lengüita bifurcada que palpaba el aire percibía de la cabaña un crepitar inaudible que ocurría en las maderas que se resecaban en el sol.

Así estuvo largo rato —el cuerpo en 8 y la cabeza sobre la arena mientras la lengua palpaba el aire intermitentemente.

Poco a poco cesó el viento y los truenos se fueron alejando. El sol comenzó a declinar hacia las lejanas lomas del oeste y vino un sosiego al lugar, y un lado de la cabaña y los árboles tomó sombra y la hierba seca y la tierra se volvieron del color de su piel.

Y así, con la fatalidad del día que termina, llegó el momento en que desde atrás de la piedra ella comenzó a fluir espesamente y en silencio cruzó el claro de la cabaña con un suavísimo movimiento que sólo podía vérsele a los costados como el viento cuando pasa sobre los trigales. Se desplazó de una manera impecable, y fue sólo cuando llegó a los escalones y se revolvió en una rápida vuelta y se enrolló apretadamente en el recodo que hacían con el zócalo, cuando sacudió la punta de la cola donde sus ocho crótalos vibraron con un chischeo seco y corto, lleno de melancolía y de misterioso imperio.

Mas no se detuvo allí sino el tiempo necesario para tomar respiro y apreciar la nueva situación. Subió enseguida por un lado de los escalones, como creciendo, y se deslizó por el piso del corredor y pasó apretadamente por debajo de la puerta.

Adentro se detuvo completamente.

Aquella sombra fresca le era extraña. Por la lengua y por los ojos percibió la luz que había en la sombra, el silencio que reposaba entre los muebles quietos, la tenue humedad; separó los olores que permanecían allí después del almuerzo de ese día y aun captó otros, más pungentes, que parecían originarse en una habitación contigua; oyó y constató la inalterabilidad de un goteo de agua que venía de más lejos y que no podía

ver y oyó los últimos truenos que se alejaban. Reunió después todas estas sensaciones dispersas y se las reservó y las puso a trabajar en su interior hasta que su sangre se tranquilizó y pulsó acompasadamente otra vez.

Entonces los ojitos opacos le brillaron un poco, como si alguien de un soplo los hubiese desempolvado; la lengua palpó el aire en los sitios claves y la cola sacudió sus crótalos con confianza, casi al mismo tiempo que se oyó un suave y acompasado ronquido que venía del cuarto de al lado.

Avanzó sin proponérselo. Pero esta vez se desplazaba por el piso con el cuello retraído en una profunda curva, lista para golpear, mientras el resto de su cuerpo se desenvolvía en una larga línea recta.

La otra habitación parecía tener más cosas adentro y tuvo que detenerse otra vez para tomar nota del sitio antes de seguir. Se veían muchas patas de muebles y objetos pequeños por el suelo. Levantó entonces un poco la cabeza, atraída por unas vibraciones muy fuertes, y vio al niño. Estaba parado y en pañales y se agarraba con las manos al borde de la cuna. Brincaba sobre el colchoncito cuyos resortes hacían un rítmico chirrido. Se estaba muy callado un momento y enseguida comenzaba a lalear alegremente, más recio cada vez, mientras brincaba sobre el colchón y hacía movimientos torpes con un brazo fuera de la cuna tratando de alcanzar con la mano un osito que estaba patas arriba en el suelo.

Ella vio todo esto y, sin saber por qué, se sintió molesta y contrariada. Atraída hacia el niño —cuyos movimientos estimaba injustificadamente agresivos— y, sin embargo, sin verdadera voluntad para repelerlo. Otra cosa parecía haber en aquella habitación que requería su más íntimo y secreto deseo. Pero sólo podía ver al niño, que se movía tanto y hacía tanto ruido y que parecía querer salirse de la cuna doblándose pronunciadamente sobre el borde y estirando el brazo y la mano hacia abajo, hacia ella.

De nuevo empezó a desplazarse. Y, de pronto, cuando estuvo cerca de la cuna, el niño la vio.

Sí, evidentemente la había sorprendido. No podía engañarse. Podía apreciarlo y, además, se lo decían su lengua agitada y los crótalos que no dejaban de sonar en una recia y continua vibración de alarma.

Y ahora era otra vez esa mano que se le acercaba, agrandándose, desde la cuna donde el niño saltaba. Le era difícil, muy difícil contenerse. Los músculos del cuello estaban tensos en una curva muy cerrada, sus colmillos querían incorporarse, y los pequeños odres del veneno estaban a rebosar.

En ese momento el niño dejó de saltar y de hacer ruidos. Se paró en una esquina de la cuna, se agarró de los bordes con las manos gordezuelas y relumbrosas, y doblando apenas las piernitas rollizas, se quedó muy quieto y serio un rato mientras gradualmente el pañal mojado se le descolgaba pesadamente entre las piernas.

Pero apenas pasó esto, reanudó alegremente sus ruidos y saltos y volvió a sacar el brazo fuera de la cuna hacia ella, que estaba tratando de pensar en otra cosa. La mano del niño la haló repentinamente a su propósito anterior. Y fue tan fuerte aquel estímulo que la cabeza se le armó sobre el cuello y toda ella tomó la forma precisamente necesaria para dar un golpe súbito y certero.

En este instante se oyó un tumbo y el niño había desaparecido.

Rápidamente se reorientó y siguió con la vista aquella figura que corría atropelladamente hacia la puerta y alcanzó a verle los talones —rosados, torneados, sedosos.

Fue una revelación esclarecedora. Los había visto al fin —después de ocho largos y tediosos crótalos. Lo supo, inmediatamente, y se ensimismó en aquella inesperada claridad. Sintió entonces que si no lograba morder en aquellos sonrosados talones por lo menos se había movido certeramente hacia ellos, resistiendo otras muchas tentaciones.

Oyó voces y pasos que se acercaban. Tendría que luchar, y quizá moriría. Fervorosamente comenzó a prepararse para ambas cosas.

El mosaiquito verde

Tarde gris de octubre. Ráfagas de aire frío arrastran por la calle papeles arrugados y hojas amarillas, haciendo un ruido menudo y seco que va rasguñando el pavimento. Mujeres que caminan cabizbajas y presurosas afánanse por alisar la falda asustadiza que se esconde entre las piernas. Más allá de los tejados de rojo mortecino, más allá de las cúpulas adustas, extiéndense dormidos montes verdinegros, lejanías zarcas que cubre lenta neblina. Raudo corre el viento arremolinando el polvo. Tarde gris de octubre.

Calle abajo patinaba Enrique. Ruidos subterráneos parecían despertar a su paso. Patinaba despacio. La ausencia de preocupaciones reflejábase en su rostro, que ya comenzaba a perder las suaves redondeces de la niñez. Revuelto el pelo ensortijado, firmes las piernas, toscas las manos de colegial, duro el cuerpo por el pelear frecuente.

Enrique pensaba muchas cosas sin pensar en nada. Era octubre y octubre significaba poco estudiar. ¡Los exámenes estaban tan lejos! Y ya eran recuerdos los sustos de julio. Aquellos exámenes no habían sido tan difíciles como dijo serían el bachiller Monzón. Todos los años era igual. "Estudien, estudien mucho, porque este año sí es verdad que van a estar fuertes los exámenes". ¡Ah, ese bachiller Monzón sí que gustaba asustarlos! Pero

después, todo era lo mismo. ¿Y ahora? Ahora era octubre. Mes sin libros. Mes de viento frío, cortante, que hace llorar los ojos.

Y el viento pasa llevándose la tarde gris. La noche se va metiendo sigilosamente en la ciudad. De puntillas sobre el algodón de la niebla que ya cubrió los montes zarcos.

Enrique paró en la esquina. Frente a él estaba la pequeña plaza, con sus árboles enhiestos, su estatua procera en el medio y sus faroles grandes iluminando las esquinas. Enrique escudriñó la plazuela. Buscó a sus compañeros de juego. Pero ninguno estaba allí. Volvió la cara con un gesto de fastidio hacia la calle que aparecía a su izquierda y tornó a patinar. Casi no hacía esfuerzos por patinar. Tanto patinaba que ya era acción inconsciente. Simple hábito. Igual que caminar.

Pero, he aquí que, pasando frente a una casa verdosa situada casi al llegar a la otra esquina, notó que en una de las ventanas una muchacha leía en un libro. ¿Quién era aquella muchacha? Él no recordaba haberla visto antes. ¿O sí la había visto? Quizá sería nueva en el barrio. Quizá no. Pero la verdad era que le había gustado. ¡Ah, por fin le gustaba una muchacha! Era una emoción inesperada.

¿Qué era eso de tener una muchacha? Recordó que, en el colegio, los internos —casi todos— tenían en sus cuartos retratos de mujeres. Y ellos decían: “Es mi muchacha”. ¡Una muchacha de uno! Una muchacha de uno es la que le da a uno su retrato y le pone el nombre abajo.

Pero, ¿qué hacía él parado en esa esquina? Ya era noche. Tendría que irse. A su padre no le gustaba que él llegara cuando ya estaban sentados a la mesa. No lograba resolver nada. Los amigos siempre decían cuando les gustaba una muchacha: “Me le voy a parar en la ventana”. ¿Pero, qué diría él si se paraba en la ventana?

Tornó a patinar, ahora calle arriba. Sentía un frío extraño y grasiento en las manos. Dentro del pecho el corazón le rebotaba como una pelota de goma.

Ya estaba frente a la ventana. La niña, sorprendida por tan inesperado visitante, apartose instintivamente de los balaustres. Pero Enrique, aplacándose el pelo revuelto y pasándose la mano por la cara que sentía caliente y roja, la atajó:

—Señorita, este... dispénseme, pero ¿usted no sabe, por casualidad, dónde vive la familia... Rodríguez?...

La niña contrajo las cejas fingiendo interés.

—¿Rodríguez? ¿Familia Rodríguez? No, no sé...

—Sí, Rodríguez, ¡caramba!, me dijeron que era por aquí.

—¿Sí? —contestó la niña, ya definitivamente extrañada por tan absurdas palabras.

La situación era realmente angustiosa. Enrique pudo notar que ya la niña parecía impacientarse. Pero él permanecía aferrado a los balaustres de la ventana, mirando a uno y otro extremo de la calle. No encontraba qué decir. Pensamientos cruzaban por su mente y él los iba atrapando para dejarlos ir inmediatamente sin atreverse a expresarlos. Apenas de sus labios se escapaba una musitación involuntaria:

—Uhmm... ¡Caramba! ¡Rodríguez! ¡Qué broma!

Pero ya él estaba allí y había que continuar. Además, ya su corazón no rebotaba como una pelota de goma dentro del pecho. Y las manos las tenía ahora tibias.

A todas estas la muchacha le miraba y remiraba pareciendo encontrar placer en ello.

Enrique habló:

—Bueno, señorita, dispénseme. Usted sabe: yo soy Enrique Rojas. Yo estudio, ¿sabe? Y usted, ¿no estudia?

La niña comenzó a interesarse por el muchacho audaz, de pelo revuelto y ojos llenos de picardía.

Respondió, procurando parecer indiferente:

—Sí, yo también estudio...

—¡Ah, estudia! En el colegio de las monjas, ¿verdad?

¡Y por qué había de ser en el colegio de las monjas! Él pasaba siempre por el colegio de las monjas y allí había muchachas bonitas. Pero:

—No, casa de las monjas no. Yo estoy aquí mismo, donde la señorita Padilla.

—Ah, sí, la señorita Padilla. ¿Es por aquí mismo, verdad?

—Sí, aquí mismo, al voltear la cuadra —explicó la muchacha acercando la cara a los barrotes y sacando una mano como para indicarle dónde era.

—Y ¿es fastidiosa la señorita Padilla? —inquirió Enrique.

—¡Fastidiosa! —respondió la niña visiblemente incomodada.

Enrique sintió la angustia de haber dicho una tremenda indiscreción. ¡Cómo se había atrevido a decir que la señorita Padilla era fastidiosa! ¿Sería como la señorita Rosa Elena, la que le dio clases en tercer grado?

—No —prosiguió la muchacha—, ella es muy buena...

—Yo no tengo maestras desde tercer grado —dijo Enrique orgullosamente—. Ahora tenemos un bachiller. ¿Usted no conoce al bachiller Monzón?

—No, no lo conozco —respondió la niña como lamentándose.

¡Claro! ¡Qué iba a conocerlo, si el bachiller Monzón era un hombre grande ya y ella no era sino una muchachita!

De adentro de la casa llegó una voz:

—¡Luisa! ¡Luisita! ¡Salte de esa ventana, que ya es tarde!

—¡Ay! ¡Mi mamá! —exclamó nerviosamente la muchacha haciendo un pícaro mohín, y tomando el cojín que le servía de apoyo preparose a entrar.

Enrique dijo:

—Bueno, señorita, dispénseme. Voy a ver si encuentro la casa de la familia... de la familia Rodríguez.

Soltó uno de los balaustres, pasose la mano por el costado del pantalón y alargándola dijo:

—Bueno, ¡me perdona la lata!

—No, de nada —respondió ella, estrechándosela—, si todo...

—¿Ah? —apresurose a inquirir Enrique.

—No, nada —respondió Luisa evadiéndose.

—Ah, bueno, bueno, pues...

¡Qué sabroso era patinar así, después de tanta aventura! La noche aparecía inmensa sobre él. La brisa que venía de más allá de las cúpulas y los tejados oreaba su frente. Cuando llegó a la esquina paró y volvió la vista hacia atrás. Por entre la fosca penumbra de la calle buscó los ojos de Luisa. Apenas si podía distinguir la ventana en sombra. Y creyó ver los ojos de ella también buscándolo.

II

Ya lo que faltaba por hacer era bien poco. Y muy pronto Enrique lo tuvo hecho. Ahora, las tardes tenían para él un encanto particular. Eran una sola angustia las horas tediosas del mediodía en el colegio. Apenas oía las explicaciones del bachiller Monzón sin atender a ellas. Pasábase largos ratos abstraído, mirando por la ventana del salón de clases, hacia el cielo, como si quisiese liberarse. Dejar volar su espíritu hasta donde él quería.

Mas difícil era comunicarse con Luisa. Su padre vigilaba, ayudado en estos menesteres por el hermano de ella, mocetón huraño y pendenciero, no tanto por serlo de naturaleza, cuanto por imponérselo la guarda de niña tan codiciada por los mozos y rapaces del barrio.

Cierta tarde, ya puesto el sol, Enrique charlaba con Luisa en la ventana, pues ya comenzaba a gustarle enamorar a oscuras, como que así estaba a buen seguro de los guardianes y era también mayor el placer siendo menos las palabras.

Atareado estaba en uno de esos tan naturales escarceos, donde tanto papel juegan las manos, cuando —por movimiento del azar— golpeó un mosaiquito verde de los que enlosaban el alféizar de la ventana. Fue grande sorpresa para ambos ver que el mosaiquito, mal ensamblado, levantábase por un extremo al ser presionado por el otro. Enrique, como consecuencia de la natural curiosidad, propúsose levantarlo totalmente y lo hizo sin grandes esfuerzos.

Como si hubiera sido una idea ya pensada y repensada, se le ocurrió la de usar el mosaiquito a guisa de buzón donde depositar sus misivas amorosas.

Inmediatamente le dijo a Luisa, iluminando sus ojos la alegría del descubrimiento:

—¡Mira, Luisa! ¿Qué te parece si lo usamos para meter nuestras cartas? Imagínate, aquí nadie puede encontrarlas. ¿No te parece?

Luisa observó por un momento el mosaiquito y preguntó dudosa:

—¿Y tú crees que sirva?

—¿Cómo? —exclamó Enrique—. Pero fíjate para que veas.

Y acompañando sus palabras de los gestos necesarios, prosiguió:

—¿No ves? Mete uno aquí el papelito, lo acomoda bien y entonces lo tapa y ya está. ¿Ves como no se nota?

—Verdad, chico —asintió Luisa, demostrando grande júbilo—. ¡Está magnífico! Así podremos hablar siempre y evitamos que papá lo sepa...

Desde aquella tarde el mosaiquito verde ocupó sitio de importancia en el pensamiento de ambos. Ya no era un simple mosaiquito que enlosaba

el alféizar de la ventana. Era algo así como un confidente. Un cómplice de su fechoría.

Así, cuando no era posible ver a Luisa, Enrique se acercaba silenciosamente hasta la ventana, cuando ya hubiese anochecido, y luego de explorar las cercanías para cerciorarse de que nadie lo espiaba, palpaba el mosaiquito con los dedos, temblorosos de emoción. Lo oprimía en un extremo, y con la otra mano retiraba con cuidado el papelito primorosamente doblado.

Tornaba a colocar el mosaiquito con toda la cautela y delicadeza de que era capaz, y continuaba calle abajo aligerando el paso a medida que se alejaba de la ventana.

Doblaba la esquina, y luego de suspirar hondo por encontrarse a salvo, se acercaba al farol más cercano y loco de curiosidad comenzaba a leer aquello, sin duda delicioso, escrito en el papelito.

Mas no era Enrique solamente quien gustaba de Luisa en el barrio. La belleza cada día más acentuada de la muchacha la había convertido en presa codiciada por más de un tenorio parroquiano.

En la misma calle, en una ancha casona de cuatro ventanas y marquesina barroca de cristales coloreados, vivía la familia Soto, cuyo jefe, don Eduardo Soto, desde hacía muchos años estaba al servicio del Gobierno, lo que la había convertido en una de las más prominentes de la ciudad, por gracia de este peculiar linaje.

Hijo de don Eduardo era Ernesto —mocito quinceañero, esmirriado, paliducho y pelinegro— y que, a más de todo esto, usaba unos anteojos de gruesa montura de carey, los cuales, al tiempo que servían para mitigarle una precoz deficiencia visual, contribuían a hacer más atractiva su persona.

Pero poco o nada habrían significado estos requiebros si no hubiera sido porque Ernesto gozaba del apoyo y amistad del hermano de Luisa. Esto, claro

está, significaba grave peligro para Enrique, toda vez que Ernesto bien podía penetrar impunemente en casa de Luisa. Además, y como para hacer más inquietante la presencia del patiquín, era objeto de grandes agasajos por parte de los interesados padres de Luisa, quienes haciendo caso omiso de la corta edad de ambos, ya comenzaban a gestar planes para el futuro, planes que, de realizarse, habrían de significar grandes beneficios para la familia.

Enrique no se amilanaba por esto. Sentíase perfectamente seguro. Por algo ella no dejaba de escribirle, y en ocasiones propicias habíase deslizado con sigilo hasta el zaguán y allí habíase besado con él; besuqueos que primero fueron inocentes y cándidos, pero cuya inocencia y candidez iban desvaneciéndose a medida que Enrique se volvía habilidoso en la faena.

Sin embargo, la presencia de Ernesto era todavía inquietante, y ya Enrique había dicho a Luisa que algún día tendría que darle unos golpes al estorboso patiquín.

III

La amistad de Ernesto y el hermano de Luisa se estrechaba cada día más. Y con ello aumentaba la inquietud de Enrique. Ya salían juntos a patinar y de tarde en tarde se les veía volver de jugar pelota y estarse largo rato conversando. Así las cosas, una tarde se encontraba Enrique parado en la ventana parloteando con Luisa, y era tal la abstracción de ambos que no columbraron a Ernesto y al hosco hermano, quienes venían calle abajo por la misma acera de la casa.

Cuando Enrique pudo verlos ya estaban a pocos pasos de él. Inmediatamente, una gran emoción le subió por todo el cuerpo y el corazón comenzó a latirle apresuradamente. Era la emoción intensa que produce el sentirse descubierto en algo que se estima delictuoso. Luisa también se dio cuenta de lo que ocurría y se apartó bruscamente de la ventana, haciendo esfuerzos por cerrarla lo antes posible, y diciéndole a Enrique con voz ahogada en angustia:

—¡Vete, vete, anda!

Enrique separose de la ventana y empezó a caminar. Sintió como si sus piernas trataban de andar más a prisa de lo que su voluntad quería, y esto le producía una desagradable sensación de inestabilidad. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y elevó las cejas en un gesto despreocupado, sin percatarse de que quienes venían siguiéndole no podían verle la cara.

Mas, a poco sintió un "¡pst!, ¡pst!" agudo y penetrante que taladró sus oídos y se le metió hasta lo más íntimo de los huesos.

Volvió la cara y vio que los dos muchachos venían hacia él. Dos segundos más y los tenía delante.

—Mira —comenzó el hermano de Luisa mirándole de alto a bajo—. ¿Tú como que estás bregando a mi hermana? ¿Qué te'stás creyendo tú qu'es ella? Uhmm... cuidado, pues, como t'echas una broma. ¿Oíste? Mira que te puedo dar unos cipotazos, ¿sí?

Enrique sintió que las palabras le azotaban el rostro. La rabia le subía poco a poco por las venas. Pero no tuvo fuerzas suficientes para responderle. Sentía el cuerpo como débil, incapaz de sostener una lucha.

—No juegue —apenas pudo decir, e hizo ademán de retirarse.

Trataba de consolarse pensando que eran dos contra quienes tenía que pelear, cuando en eso el patiquín, quien a todas estas permanecía callado, sintió bríos por la retirada de Enrique y tomó también la ofensiva.

—Ahí está, pues, ¿por qué no nos gruñes?

Enrique reaccionó violentamente:

—¿Qué tiene usted que ver con esto? ¿Ah?

E inmediatamente le espetó:

—¿Tú te quieres pegar conmigo?

—¡Claro que se quiere pegar! ¿O qué te estás creyendo tú? —terció el hermano de Luisa. Y dirigiéndose a Ernesto:

—Anda, métele que ése es un...

Ernesto, después de vacilar un poco, asegurose los anteojos y comenzó a bailotear delante de Enrique, buscando la pelea.

Enrique también se cuadró y lo invitaba con los puños apretados:

—¡Vente! ¡Vente, pues!

Chocaron violentamente. Dábanse golpes con fuerza increíble. Pero después de los primeros cambios ya Ernesto no podía resistir el empuje de Enrique. Los gruesos anteojos se le habían caído y ya no hacía sino gritar:

—¡Un momento! ¡Un momento! ¡No me pegues a traición!

Pero Enrique, cegado por la excitación de la pelea, no hacía caso a las exclamaciones. Ernesto vino al suelo. Enrique hizo ademán de lanzarse sobre él. Pero una voz ronca y oscura lo contuvo:

—¡No le pegue en el suelo, catire, que usté es noble!

Entonces intervino el hermano de Luisa.

—¡Párate, desgraciao! ¡Le vas a seguí pegando!

Y le cayó encima a Enrique.

La algarabía de la pelea había reunido algunos transeúntes que procedieron a desapartarlos.

Después que se hubieron pasado las manos por la cara para constatar si había sangre y de proferir unos cuantos denuestos, se alejaron en direcciones opuestas.

Los transeúntes desocupados quedaron comentando el suceso.

IV

Ernesto no podía tolerar el haber sido tan duramente golpeado por Enrique. La idea de vengarse había hecho presa de él y día a día se convertía en una verdadera obsesión. Pero, naturalmente, no pensaba en vengarse

por propias manos. La experiencia de su derrota le aconsejaba no intentarlo. Mas, bien pronto halló el medio adecuado.

En una casa de abasto situada en la esquina hacía oficio de repartidor a domicilio un mocetón trigueño y fornido, muy amigo de reyertas.

Ernesto pensó en él para realizar su venganza.

Efectivamente, desde el día de su determinación diose a la tarea de conquistarlo a fuerza de buenas propinas y frecuentes dádivas, las cuales operaron tal transformación en el ánimo del muchacho, que a poco fue amigo incondicional de Ernesto. Esperó éste que la sumisión estuviera cimentada y entonces, un día, sin muchas premisas, propúsole:

—Oye, ¿tú supiste la varilla que me quiso echar ese tercio? Bueno, yo quiero que tú lo embromes ¿sabes?

—Uhmm —gruñó el otro—. Gua, si tú quieres. ¡Ese es una sopa pa' mí!

—Bueno, entonces ya sabes —concluyó Ernesto, suspirando de maligna satisfacción al ver realizado su propósito—. Tú lo buscas entonces...

—¡Sí hombre! —exclamó el mandadero, sonriéndose siniestramente y a medida que se retiraba—. ¡Dispreocúpate! ¡Dígame!, ¡si ése es una sopa pa' mí!

Cierto día por la tarde, mientras Enrique distraíase en sus ya habituales coloquios amorosos, pasó por la acera de enfrente el repartidor. Llevaba una caja grande sobre un hombro, cargada de potes y paquetes. Al pasar frente a la ventana gritó burlonamente:

—Gua, ¡miren donde está el caribe, pué! ¡Y 'stá pega'o!

Enrique volteó instintivamente.

Al mirar al buscapleitos, quien había seguido camino, y cuando hubo observado lo recio de su musculatura, una honda inquietud le estremeció el cuerpo. Luisa, fingiendo no haber oído preguntó:

—¿Qué dice?

No nada —apresurose a responder Enrique—. ¡Zoquetadas!

Pero bien sabía Enrique que no lo eran aquellas palabras. Ya conocía la fama del otro, y pensando que no tardaría en pasar de nuevo, puesto que evidentemente iba a entregar un pedido, se inquietaba cada vez más. A cada segundo volvía la vista con insólita nerviosidad, como si esperase un ataque repentino.

Tantos eran sus movimientos que Luisa le preguntó al fin:

—Pero, Enrique, ¿qué te pasa? Estás como nervioso...

Las últimas palabras de Luisa, dichas con un cierto dejo burlón e hiriente, terminaron por exasperar a Enrique.

—Ah, ¿tú crees que yo le tengo miedo a ése? Ya vas a ver. Ya vas a ver...

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando alcanzó a ver al guapo que venía calle abajo. Caminaba a trancos, balanceando el cuerpo. Los brazos muy largos daban a su figura un aspecto grotesco. Venía silbando estrepitosamente, acompañándose la tonada con un desapacible tamborileo sobre la caja ya vacía.

—¡Ay, papacito! ¿Desde cuándo no caribeas a uno más débil que tú? ¿Desde cuándo, ah? ¡Fuiste a sacar tu tarea con Ernesto! ¿Verdad, papá?

Enrique comprendió que no le quedaba otro recurso sino pelear. Se desprendió de los balaustres, resignado, y fue al provocador, que ya había puesto la caja vacía en el suelo. Acercose lentamente, con más miedo que cautela.

El otro, en cosa de segundos, lo molió a golpes. Y no satisfecho con darle bastantes le cayó a mordiscos y patadas, y echó mano de otros infames recursos, en tal forma que el pobre Enrique hubo de huir, con las ropas deshechas y todo el cuerpo magullado.

Enrique no atinaba a pensar. Después de aquel "estás como nervioso" que Luisa le dirigiera tan burlonamente, y después del terrible desastre,

que no otra cosa había sido el encuentro, sintió estar definitivamente perdido.

Pero todavía conservaba esperanza, y pensó para consolarse que quizá podía arreglarse la situación.

Así pues, al día siguiente de la pelea, se llegó hasta la ventana para ver si había algún mensaje que le trajera sosiego.

Acercose a los balaustres. Palpó el mosaiquito verde. Lo oprimió por un extremo y con la otra mano hurgó nerviosamente en la pequeña cavidad. Mas sólo un polvillo arenoso quedó entre sus dedos.

Colocó entonces, desconsolado, el mosaiquito verde, como una pequeña losa sobre su pequeño y difunto amor, y se alejó despacio por la calle.

Cronología

1920	El 2 de febrero, nace en Güiria, estado Sucre. Segundo hijo de Rafael Díaz Fermín (abogado) y Dolorita Solís.
1923	La familia se traslada a Puerto España, Trinidad, hasta 1930, cuando se residencia en Caracas.
1930	En Caracas ingresa en el Instituto San Pablo, donde lo ponen en tercer grado. La familia vive de Miranda a Maderero. En esa cuadra estuvo la casa de *El mosaiquito verde (1941).*
1933	Su padre hace construir una casa de campo cerca de Turmerito. Es la casa sobre la colina del cuento *Cáchalo.*
1936	Pasa del Instituto San Pablo al Colegio San Ignacio, donde termina el primer año y cursa el segundo completo. Comienza su interés por la literatura.
1937	La familia se muda a una casa en Puente Brión, al este de Parque Carabobo. Deja el Colegio San Ignacio y entra en el Liceo Andrés Bello, entonces en San Lázaro. En vacaciones regresa a Trinidad, viaja a Barbados y a Güiria, conoce la parentela: ambientes para futuros cuentos.
1938	Termina el bachillerato en el Liceo Andrés Bello. Da clases de 4° grado en las escuelas para obreros del Ministerio de Obras Públicas. Escribe su primer cuento, “Curandero”, que le publica la revista *Élite* (n° 655, 23 de abril de 1938).
1938-1939	Comienza a estudiar Derecho en la Universidad Central de Venezuela, entonces en la esquina de San Francisco (hoy Palacio de las Academias). Escribe algunos cuentos breves. Se emplea de oficinista en el Ministerio de Relaciones Interio-

res, donde conoce al poeta Samuel Barreto Peña y al crítico Fernando Cabrices. En la Universidad participa en el grupo Vide, dedicado a estudiar y divulgar asuntos literarios, sociales, artísticos; escribe para la revista del grupo. Como su padre, es funcionario de aduanas, pasa vacaciones en Carúpano y Ciudad Bolívar.

1040 Selecciona seis de sus cuentos y Fernando Cabrices le hace el prólogo. A sus expensas publica el libro *Marejada.*

1941 Escribe "El mosaiquito verde", que publica en *Élite* y "La voz del cacaotal" que ilustra Martín Durban y publica en *Crítica* el 20 de abril de 1941.

1942 Deja el empleo en el Ministerio. Escribe "Llueve sobre el mar", que gana el primer premio en el II Concurso de Cuentos Nacionales de la revista *Fantoches.* Forman el jurado Rómulo Gallegos, Pascual Venegas Filardo, José Nucete Sardi, Juan Oropeza y Julio Ramos. El veredicto sorprende y la difusión extraordinaria de *Fantoches* en todo el país divulga ampliamente el cuento premiado. Escribe "Detrás del muro está el campo", publicado en la *Revista Nacional de Cultura* (n° 35). Un viaje por Apure suscita un reportaje para *Élite* y un relato costumbrista, "Las diez reglas", publicado en *El Nacional* el 22 de agosto de 1943.

1943 Con el título "Llueve sobre el mar" la Asociación de Escritores de Venezuela (AEV) recoge, en su Cuaderno n° 41, tres cuentos: el premiado que da título al libro, más "El mosaiquito verde" y "Detrás del muro está el campo". El rector Pizani lo designa para que hable en el Acto Solemne de apertura del año académico 1943-1944. De unas vacaciones en Paraguaná le quedarán impresiones para dos cuentos: "Tiempo de semerucos", publicado en *El Nacional* el 12 de mayo de 1946, y "Vendaval de abajo", aparecido en la revista *Fantoches* el 16 de agosto de 1946. Se emplea como

oficinista en el Ministerio de Hacienda. Escribe “Hechizo”, que publicará *El Nacional* el 24 de octubre de 1943.

1944 Escribe otro cuento, “La derrota”, que aparece en la *Revista Nacional de Cultura* (n° 45). Cuando se funda el Partido Democrático Venezolano (PDV) participa en la juventud del partido y colabora en el periódico *En Marcha.* Del Ministerio de Hacienda pasa a una oficina de divulgación del recién creado Seguro Social Obligatorio y solicita una beca al Institute of International Education para estudiar seguridad social en Estados Unidos. Poco antes de graduarse de Doctor en Ciencias Políticas, recibe la beca para estudiar en Washington University, en Saint Louis, estado de Missouri. El Gobierno venezolano le asigna un complemento de beca.

1945 Cumplido un año de la beca, se casa en Saint Louis con Hilde Gutmann, también estudiante en la misma Universidad, hoy licenciada en Psicología (UCV). A fines de año regresa a Caracas. Se emplea en la Creole Petroleum Corporation. Lo destinan al campo petrolero de Caripito, estado Monagas, cuyo ambiente evocará dos años después cuando compone el cuento “Arco secreto”.

1946 Renuncia al cargo en Caripito. Es nombrado Consultor Jurídico del Ministerio de Educación por el ministro Humberto García Arocha. Comienza estudios en el Instituto Pedagógico Nacional. Nace su hijo Álvaro. Escribe “Ophidia” y “La efigie”, publicados en la *Revista Nacional de Cultura* (n° 57 de 1946 y n° 68 de 1948).

1947 Escribe “Arco secreto”, que gana un premio en el Concurso de Cuentos de *El Nacional* ese año. El jurado está formado por Ramón Díaz Sánchez, José Fabbiani Ruiz y Rafael Angarita Arvelo. Comienza a dar clases de inglés en el Curso para Periodistas Profesionales en la recién fundada Escuela de Periodismo de la UCV.

1949 Después de tres años de estudios en el Instituto Pedagógico de Caracas se gradúa de profesor de Educación Secundaria y Normal (inglés). Es incorporado al profesorado del Instituto.

1950 Director de la Escuela de Periodismo de la Universidad Central de Venezuela. Escribe “El niño y el mar”, publicado el 28 de mayo de 1950 en *El Nacional.* Con Humberto Rivas Mijares y Pedro Francisco Lizardo redacta el periódico *Plana,* órgano de ejercitación de la Escuela, que cuenta con la orientación técnica del profesor argentino Guillermo Korn. Escribe artículos en defensa de la Escuela y divulga su orientación y métodos. Contribuye con una columna en *El Nacional* titulada “Cajón de sastre”. Publica a sus expensas, en México, el libro *Cuentos de dos tiempos.*

1951 Escribe “Entre las sombras”, publicado en *El Nacional,* el 14 de enero de 1951, y “El cocuyo”, también en *El Nacional,* el 29 de abril de 1951. El conflicto universitario de este año lo lleva a separarse de la Escuela de Periodismo junto con un numeroso grupo de distinguidos profesores. Se emplea en la Compañía Shell de Venezuela, en el campo de los servicios sociales.

1952-1953 Trabaja año y medio en el estado Zulia (Cabimas, Lagunillas y Maracaibo). Escribe un cuento de ambiente petrolero, “Todo esto antes era agua” y otro donde evoca experiencias de familia, “Velando a pensamientos desatados”. A mediados de 1953 regresa a Caracas. Se reincorpora al Instituto Pedagógico y reanuda las clases de Literatura Inglesa.

1954 Escribe cuatro reportajes sobre temas venezolanos para la revista *Tópicos Shell,* dirigida al personal de la empresa. Antiguos alumnos de la Escuela de Periodismo le solicitan un curso de “Ética y legislación de prensa”. Esta promoción toma su nombre cuando se gradúa en 1957.

1955 Se retira de nuevo de la Universidad Central. Es elegido presidente del Colegio de Profesores de Venezuela para el período 1955-1956: una directiva memorable en circunstancias difíciles.

1958 A raíz del cambio en la situación política regresa a la Consultoría Jurídica del Ministerio de Educación y sirve con el ministro Pizani hasta fines de 1960, cuando renuncia y regresa a la Universidad Central.

1959 Recibe la Orden Andrés Bello.

1960-1965 Intensa actividad universitaria en la cátedra de Literatura Inglesa y Norteamericana de la Escuela de Letras de la UCV, en el Consejo de la Facultad de Humanidades y Educación y en la Asociación de Profesores. En 1962 escribe "Crótalo". En 1963, la Asociación de Escritores de Venezuela publica *Cinco cuentos* con prólogo de Oscar Sambrano Urdaneta. En 1964 escribe "Cáchalo". Traduce y presenta *Seis poemas de Robert Frost,* que la UCV publica en homenaje a la memoria del poeta. Traduce la gran *Elegía* de Walt Whitman a Lincoln, publicada en "Papel Literario" de *El Nacional* el 18 de mayo de 1965.

1965-1966 La Asociación de Estudiantes de Letras de la Universidad Central publica, en cuaderno artesanal, su traducción del cuarteto "East Coker", de T.S. Eliot y, a sus propias expensas, publica *Cáchalo* en edición especial dedicada a la promoción de Licenciados en Letras de 1965. Escribe "El punto". Durante el año sabático, y con una beca del Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico (CDCH) de la UCV, estudia Literatura Inglesa y Norteamericana en la Universidad de Chicago. Como parte del trabajo académico escribe en inglés once ensayos de crítica literaria los cuales, traducidos al castellano por el autor, formarán el libro bilingüe *Exploraciones críticas / Exploration in Criticism.*

1968 Monte Ávila Editores publica *Ophidia y otras personas.* Contiene once cuentos seleccionados por el autor. Es candidato a Decano de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV.

1971-1972 Se encarga de la Dirección de la Escuela de Letras de la UCV por solicitud de los estudiantes en el período post Renovación.

1973 Con prólogo de José Balza, Monte Ávila Editores publica *Arco secreto y otros cuentos,* que añade a la edición anterior de *Ophidia...* el cuento "Crótalo".

1974-1976 Es director de la Escuela de Letras de la UCV. Defiende, por la prensa y en el tribunal, la libertad de creación literaria, con motivo del juicio a Salvador Garmendia por el cuento "El inquieto anacobero". Por elección del Claustro universitario es secretario de la Universidad Central de Venezuela para el periodo 1976-1980.

1977 Recibe de la UCV la Orden "José María Vargas" (en primera clase).

1978 El rector Miguel Layrisse lo nombra Orador de Orden para el acto académico solemne de imposición de la Orden Vargas a un grupo de profesores de la misma Universidad. Se jubila del Instituto Pedagógico. Recibe ascenso en la Orden "Andrés Bello".

1980 Es candidato a rector de la Universidad Central de Venezuela. Cumplido su mandato como Secretario, recibe la jubilación a los sesenta años de edad.

1982 Es elegido miembro del Consejo General de la Casa de Bello.

1986 Escribe el estudio crítico "Gallegos: su manera de ser cuentista", que se incluye en *Multivisión,* libro conmemorativo del centenario del natalicio de Rómulo Gallegos publicado por la comisión *ad hoc* de la Presidencia de la República.

1987 Monte Ávila Editores publica su traducción *Baladas líricas de W. Wordsworthy S.T. Coleridge* (prólogo, selección y traducción) en la colección Memorabilia. En agosto es nombrado presidente de la Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg), cargo que desempeña hasta febrero de 1991.

1989 Sale la segunda edición de *Ophidia y otras personas;* con el título de la edición de 1968, recoge el contenido del libro de 1973. Traduce el cuento de Ernest Hemingway "Cerros como elefantes blancos", publicado en la revista *Imagen.*

1991 Aparece en Monte Ávila Editores su traducción de *Cuatro cuartetos,* de T.S. Eliot. Prepara y prologa una selección de cuentos de Horacio Quiroga que publica la Biblioteca Ayacucho en su colección Claves de América.

1994 La Escuela de Letras de la Universidad Central le rinde un homenaje en el que participan, con discursos alusivos, las autoridades académicas del Rectorado, de la Facultad de Humanidades y de la propia Escuela. Se publica un folleto conmemorativo del acto y, en las Jornadas de Investigación que se celebran durante una semana, se leen y discuten, entre otras, tres ponencias interpretativas de sus cuentos.

1995 La Casa de Bello publica su traducción al castellano del libro *Bello and Bolívar. Poetry and Politics in the Spanish American Revolution,* del escritor chileno Antonio Cussen, editado por Cambridge University Press en 1992. Se le confiere el Premio Nacional de Literatura. El jurado lo forman Pedro Beroes, Víctor Bravo, Alexis Márquez Rodríguez, Francisco Pérez Perdomo y Oscar Rodríguez Ortiz.

1996 El 7 de mayo recibe los símbolos del premio de manos del presidente Caldera, en acto solemne en el Palacio de Miraflores.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Preprensa e impresión
Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN
978-980-440-084-1

Depósito Legal
DC2022000406

Caracas, Venezuela, agosto de 2022

La presente edición de
Cuentos escogidos
fue realizada durante el mes
de agosto de 2022,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

En Carabobo nacimos "Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia". Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó "el equilibro del universo". Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la "mayor suma de felicidad posible", de la "igualdad establecida y practicada" y de "moral y luces" para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.

Cuentos escogidos Las trece narraciones presentadas en este libro tienen la particularidad de haber sido seleccionadas y preparadas por Gustavo Díaz Solís para su primera edición por Monte Ávila en 1997. Por consiguiente, es posible reconocer no solo su predilección por los relatos que consideraba mejores, sino variaciones de estilo, ambientes y elecciones temáticas. Desde la lúdica atmósfera del oriente venezolano en “El niño y el mar”, pasando por la fatalidad inusitada de la venganza en “Ophidia” hasta la opresión del campo petrolero en “Arco secreto”.

La narrativa de Díaz Solís construye un universo simbólico donde se concibe una dimensión del ser humano y su entorno totalizadora. La atmósfera toma gran relevancia y trastoca la misma condición humana, por lo que en varios relatos, de carácter más intimista, se puede observar cómo sus protagonistas van perdiéndose en el laberinto de su propia fatalidad. En algunos cuentos, la alteridad entre hombre y naturaleza llega hasta las antípodas, cuestionando nociones aparentemente claras para la mayoría, como animalidad e instinto. Para José Balza, el lenguaje en Díaz Solís es producto de una “sensibilidad verbal”, cuyas frases breves y directas nos conducen a la alteración lógica de la causalidad, abriendo la puerta al absurdo de la existencia y develando paradojas que terminan siendo profundamente transgresoras.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200 BATALLA DE CARABOBO

ISBN: 978-980-440-084-1

9 789804 400841